

# El insólito caso de Máximo y Bartola

Las diferencias humanas en el imaginario del siglo XIX

Miguel Ángel Díaz Perera

(editor)



# El insólito caso de Máximo y Bartola

Las diferencias humanas en el  
imaginario del siglo XIX

Miguel Ángel Díaz Perera  
(editor)



# El insólito caso de Máximo y Bartola

Las diferencias humanas en el  
imaginario del siglo XIX

Miguel Ángel Díaz Perera  
(editor)



EL COLEGIO DE LA FRONTERA SUR  
UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS  
CENTRO DE ESTUDIOS SUPERIORES DE MÉXICO Y CENTROAMÉRICA

972.8104

l4

El insólito caso de Máximo y Bartola: las diferencias humanas en el imaginario del siglo XIX / Miguel Ángel Díaz Perera, editor ; traducción de Ulises Rodríguez Guzmán. - Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México : El Colegio de la Frontera Sur. Unidad San Cristóbal : Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, 2017. 129 p.; retratos. 22x17 cm.

ISBN: 978-607-8429-33-2 (ECOSUR)

ISBN: 978-607-8410-76-7 (UNICACH)

1. Siglo XIX, 2. Historia, 3. Mayas, 4. Enanos, 5. Descubrimientos geográficos, 6. Restos arqueológicos, 7. Exploradores, 8. Crítica e interpretación, 9. Guatemala, I. Díaz Perera, Miguel Ángel (editor), II. Rodríguez Guzmán, Ulises (traductor).



ECOSUR



cesmecca

El insólito caso de Máximo y Bartola. Las diferencias humanas en el imaginario del siglo XIX  
Primera edición: febrero de 2017

ISBN ECOSUR: 978-607-8429-33-2

ISBN UNICACH: 978-607-8410-76-7

Impreso en México

D.R. © EL COLEGIO DE LA FRONTERA SUR, UNIDAD SAN CRISTÓBAL

Carretera Panamericana y Periférico Sur s/n Barrio María Auxiliadora  
San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México, CP 29290

Tel. 967 674 9000

ecosur.mx

La edición de la obra estuvo a cargo del Grupo Académico de Procesos Culturales y Construcción Social de Alternativas, Unidad Villahermosa

D.R. © UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS

1ª Av. Sur Poniente 1460

Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México, CP 29000

unicach.edu.mx

CENTRO DE ESTUDIOS SUPERIORES DE MÉXICO Y CENTROAMÉRICA

Calle Bugambilia 30, fracc. La Buena Esperanza

San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México, CP 29243

Tel. 967 678 69 21

cesmecca.unicach.mx

Fotografía de portada: *Máximo y Bartola*, The Special Collections Processing Center (SCPC) of the University of Pennsylvania's. Acceso público en: <https://pennrare.wordpress.com/>.

*Memoir of an Eventful Expedition in Central America; Resulting in the Discovery of the Idolatrous City of Iximaya, in an unexplored region: and the possession of two Remarkable Aztec Children, Descendants and Specimens of the Sacerdotal Cast (now nearly extinct) of the Ancient Aztec Founders of the Ruined Temples of that Country, Described by John L. Stevens, Esq., and other Travellers. Translated from the Spanish of Pedro Velasquez of San Salvador.* Digitalizado del original conservado en la Biblioteca Ludwig von Mises, Universidad Francisco Marroquín de Guatemala (972.801 V434 CWE504), colección Siglo XXI. Acceso público en: <https://archive.org/details/memoiroeventoostevguat>.

Se autoriza la reproducción del contenido de esta obra, siempre y cuando se cite la fuente.

Este libro fue dictaminado por pares académicos.

# Índice

**13**

El insólito caso de Máximo y Bartola. Una revisión sucinta sobre las *Crónicas de una asombrosa expedición en América Central*, de Pedro Velasquez

Miguel Ángel Díaz Perera

**59**

*Crónicas de una asombrosa expedición en América Central; Descubrimiento de la fascinante ciudad de Iximaya en una región inexplorada donde se hallaron dos niños extraordinarios: los últimos ejemplares descendientes de la casta sacerdotal (casi extinta en la actualidad) de los aztecas, antiguos fundadores de los templos en ruinas de aquel país descrito por John L. Stevens y otros viajeros. Traducido del español por Pedro Velasquez de San Salvador*

Traducción de Ulises Rodríguez Guzmán.

Revisión de Miguel Ángel Díaz Perera.

**91**

*Memoir of an Eventful Expedition in Central America; Resulting in the Discovery of the Idolatrous City of Iximaya, in an unexplored region: and the possession of two Remarkable Aztec Children, Descendants and Specimens of the Sacerdotal Cast (now nearly extinct) of the Ancient Aztec Founders of the Ruined Temples of that Country, Described by John L. Stevens, Esq., and other Travellers. Translated from the Spanish of Pedro Velasquez of San Salvador*



*Homenaje al antropólogo Juan Comas*





# Agradecimientos

Este libro no hubiera sido posible sin el acompañamiento de varias personas, todas jóvenes mujeres sobresalientes. En el plano profesional, en primer lugar, por haberme mostrado en El Colegio de Michoacán, en aquel lejano año de 2004, el texto de Juan Comas *Dos microcéfalos “aztecas”: leyenda, historia y antropología*, a la Dra. Laura Cházaro García, académica brillante, quizá la más inteligente que he conocido, y quien me mostró el poco valorado legado de Comas. Esta lectura despertó en mí una curiosidad insistente que alentó posteriores intereses, los cuales crecieron como lumbrera en la oscuridad, lo que se expresó en la tesis de doctorado que presenté en el año 2008 con el título *De viajeros y coleccionistas de antigüedades, Frédéric Waldeck en México: historia, origen y naturaleza del hombre americano en los albores de la modernidad*. Después de algunos tropiezos, ahora de nuevo revive en la revisión que aquí se presenta en forma de libro.

Durante los doce años siguientes coincidí con otras mujeres notables. En 2009 ingresé como investigador de El Colegio de la Frontera Sur (ECOSUR), Unidad Villahermosa, en el estado de Tabasco. Me mudé del occidente al sur de México. Aquella curiosidad inquietante no desapareció, al contrario, siguió brotando con artículos en la entonces joven revista *LiminaR. Estudios Sociales y Humanísticos* del Centro de Estudios Superiores de México y Centro América (CESMECA), en un primer momento cuando todavía no tenía el reconocimiento del Índice de Revistas Mexicanas de Investigación Científica y Tecnológica del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACyT), y después cuando merecidamente se le procuró. Por correos

electrónicos, tuve el placer de conocer a la Dra. Astrid Maribel Pinto Durán y a la Lic. Irma Cecilia Medina Villafuerte, a quienes después visité y con quienes tejí una amistad maravillosa. Fue así como entre los años 2009 y 2012 fui testigo mudo del esmero, dedicación, vocación y resultados ganados por el equipo humano de esta revista, hoy referente en los estudios sociales en el sureste de México; un equipo pequeño, modesto, pero grande en frutos y enorme en bondades y ambición, para fortuna de la academia de esta descuidada región del país.

Al mismo tiempo, mientras veía cómo *LiminaR* crecía fuerte como un roble, por otro libro que escribí en honor al presbítero tabasqueño José Eduardo de Cárdenas y Romero con título *Memoria a favor de la Provincia de Tabasco en la Nueva España*, conocí a la Lic. Laura López Argoytia, coordinadora del Área de Fomento Editorial de ECOSUR, y después a su amable cómplice en estas modestas pero importantes actividades, la Mtra. Carla Quiroga Carapia; de nuevo, observé esmero, dedicación, vocación y resultados, con no pocas circunstancias en contra. Gracias a ellas participé con algunos artículos en la revista *Ecofronteras* de ECOSUR, pilar como estrategia de difusión en esta institución.

Para finales del año 2015 presenté la propuesta al CESMECA para publicar este libro. Lo consideré así pues fue esta institución, y las mujeres antes mencionadas, quienes vieron prosperar aquella curiosidad insistente que nació en El COLMICH y que tuvo eco en los artículos de *LiminaR*; esta institución llevó el liderazgo en los dictámenes, revisión y preparación de la edición, con total y absoluta confianza de mi parte. No me equivoqué. Se refrendó (de nuevo) al ser testigo otra vez del valioso trabajo de la Mtra. María Isabel Rodríguez Ramos, coordinadora del Área Editorial, quien, en compañía de la Dra. Pinto Durán y la Lic. Medina Villafuerte, llevaron a feliz término la edición.

Todo el tiempo este proceso tuvo el cuidadoso acompañamiento de la licenciada López Argoytia y la maestra Quiroga Carapia, quienes me orientaron, casi regañaron cuando hubieron de hacerlo, y siempre me sentí conducido, socorrido y asesorado, con también una total y absoluta confianza de mi parte. Por esta razón, quiero dedicar este libro a todas estas mujeres valiosas, poco reconocidas, que luchan contracorriente ante la creciente pérdida de fe en la labor editorial. Desde luego, también a la Dra. Laura Cházaro, quien moldeó y orientó al investigador que ahora soy; a la Dra. Astrid Maribel Pinto, la Lic. Irma Cecilia Medina Villafuerte y la Mtra. María Isabel Rodríguez Ramos por darnos el placer de leer *LiminaR. Estudios Sociales y Humanísticos*, pero sobre todo porque, al igual que la Lic. Laura López Argoytia y la Mtra. Carla Quiroga Carapia, hacen con valentía una labor extraordinaria. Por ellas emergen libros y revistas que son cimientos para la ciencia en el sureste mexicano. Mis respetos y admiración por la voluntad inquebrantable,

humildad y cuidado que las dignifica. Asimismo, mi gratitud y afecto al CESMECA por aceptar este libro como parte de su fondo editorial.

En el plano personal, proseguiré una promesa: dedicar un libro a cada uno de mis hijos. Uno anterior llevó el afecto de mi primogénito (Miguel Ángel), y éste con todo mi corazón va para Diego. También dedico este libro a los amigos que marcan mis pasos académicos: Dora María Frías Márquez, Lily Gama Campillo, Jorge Luis Capdepon, Pablo Marín, Raymundo Vázquez, Jesús Arturo Filigrana, Ramón Castellanos, Leticia Rodríguez, Elías Balcázar, Carlos Enrique Ruiz, Rogelio Everth Ruiz, Carlos Armando Preciado, Dora Ramos, Alejandro Espinosa, María Azahara, Mercedes Castillo, Alejandro Ortega, Yolanda Renaud, Francisco Cubas, Armando Hernández, Rodimiro Ramos, Fernando Limón, Cecilia Limón y Pedro Narváez, y a mis estudiantes (de quienes creo que aprendo más que ellos de mí), Federico, Pamela, Irma, Arturo, Lupita Cerino y Marisol Salaya. Muchos de ellos, amigos del Submarino.

Y siempre, por siempre, a mi domadora mientras siga aguantándome.

Gracias.  
Miguel Ángel Díaz Perera



# El insólito caso de Máximo y Bartola

## Una revisión sucinta sobre las *Crónicas de una asombrosa expedición en América Central*, de Pedro Velasquez

Miguel Ángel Díaz Perera

A mediados del siglo XIX viajaron por Europa como parte de un espectáculo público dos jóvenes americanos conocidos médicamente como “microcéfalos”. Más común que en la actualidad, la exhibición de enanos, siameses y gigantes en las ferias y circos despertaba la curiosidad de un público ansioso por conocer los entresijos de continentes lejanos y excitantes como África y América. Con un imaginario ávido de lo exótico, donde se creía que fieras amazonas se escondían en las selvas tropicales, que existían ciudades perdidas de oro y plata y que manantiales dadores de eterna juventud se encubrían en un letargo lejano y desconocido, estos microcéfalos fueron atrapados por el hambre de conocer la naturaleza y el pasado del hombre americano que sin diferencias se calificaba como azteca, antecedentes de la entonces joven nación mexicana que había exigido autonomía después de trescientos años de colonialismo español.

En este contexto se ubica el folleto titulado *Memoir of an Eventful Expedition in Central America; Resulting in the Discovery of the Idolatrous City of Iximaya, in an unexplored region: and the possession of two Remarkable Aztec Children, Descendants and Specimens of the Sacerdotal Cast (now nearly extinct) of the Ancient Aztec Founders of the Ruined Temples of that Country, Described by John L. Stevens, Esq., and other Travellers. Translated from the Spanish of Pedro Velasquez of San Salvador (Velasquez, 1850)*, que en aras de la brevedad nombraré *Crónicas de una asombrosa expedición en América Central* (ver imagen 1). Se trata del relato de una incursión al corazón de Guatemala donde existía una ciudad perdida que preservaba costumbres

milenarias intocadas por la mano española y una casta genuina azteca. Se decía que, después de varias peripecias, un par de viajeros logró arrebatar a dos miembros de la realeza para llevarlos ante el público europeo y norteamericano; huellas de un pasado glorioso, pero degenerado, malformado, síntoma de prácticas barbáricas de una raza de dudosa humanidad. El éxito fue rotundo. Ambos microcéfalos se convirtieron en objetos apreciados, vendidos, comprados y rentados para las veladas de la alta sociedad; la gente asistía anhelante de ver a los dos aztecas auténticos, puros, que habían logrado conservar su lengua y pasado primitivos; se les anunciaba como “‘microcéfalos aztecas’, ‘niños aztecas’, ‘raza azteca’, los ‘aztecas’, ‘microcéfalos americanos designados como aztecas’, ‘enanos aztecas’, ‘liliputienses aztecas’, ‘dos microcéfalos atribuidos a la raza americana’, ‘indios enanos exhibidos como aztecas’, etcétera” (Comas, 1968: 5); y su mánager llegaba a cobrar a los científicos hasta mil francos franceses por un solo día y trescientos por una velada. La eficaz propaganda alrededor de su origen y naturaleza excitó a los más renombrados expertos de la época, médicos, antropólogos, eruditos que se vieron sacudidos ante estos ejemplos de la raza mexicana que ponía ante ellos un espécimen vivo, palpable, digno de análisis y observación (ver imágenes 12 y 13).

Como relató en 1968 el magno antropólogo Juan Comas en *Dos microcéfalos “aztecas”: leyenda, historia y antropología*, se les conoció como Máximo y Bartola (ver imagen 2) y su estatura en 1853 era de 875 y 781 milímetros respectivamente; en 1891 habían crecido un poco más, hasta medir 1,335 y 1,385 milímetros. Asimismo, sus cabezas eran más pequeñas de lo común, con una superficie facial mucho mayor que la craneal, con narices excesivamente grandes y abultadas, ángulo facial de unos sesenta grados, frente compacta, chata, que la hacía parecer como una continuación angular de la nariz; protrusión maxilar sin correspondencia con la mandíbula; es decir, mentón retraído, casi inexistente, con los dientes superiores que envolvían y propasaban a los inferiores; cabello profuso, rizado, al modo de una peluca gigante. Ojos con exoftalmia (saltones), brillantes, vivos. Máximo no podía extender su codo más de 130 grados; sus pies presentaban malformaciones, pie equino y algunas inmovilidades musculares; Bartola manifestó también alteraciones similares en los pies aunque en menor grado, si bien con excesivas callosidades. Las manos con distribución anormal de los pliegues palmares, crecimiento inconcluso de los pulgares, atrofia de los meñiques; órganos sexuales con escaso desarrollo. Para 1875, momento en el que también el médico Paul Tignonard (1830-1911) los midió cuidadosamente (ver imagen 14), en el caso de Máximo, cuando éste debía tener 32 años, el médico y anatomista francés Paul Broca (1824-1880) detectó que su sexo correspondía al de un niño. Su color variaba según la apreciación del observador, pero las descripciones iban desde piel oscuro-amarillenta, “más clara que la atribuida generalmente al indio”, “algo más oscura

que la piel del mulato”, olivo oscuro, hasta café rojiza (ver imágenes 3 y 4). En ese mismo año su vocabulario alcanzaba sólo unas quince palabras que no comprendían totalmente, necesitaban ayuda para vestirse y comer, entendían sólo cosas simples, imitaban pero carecían de iniciativa. Para 1851, su comportamiento y hábitos eran parecidos a los de un niño de tres años (Comas, 1968: 26-28). Juan Comas enfatizó:

[...] en el transcurso de los años, de toda una vida, no se observaron cambios psíquicos sensibles. En 1901 afirmaba Virchow, conocedor de ambos microcéfalos desde 1866, que “su desarrollo mental no ha mejorado sensiblemente, se puede entender con ellos acerca de algunas relaciones sencillas, pero carecen de toda iniciativa”, “su sonrisa tiene siempre un carácter mecánico”, “los sentimientos más profundos les son ajenos” (Comas, 1968: 28).

La supuesta ciudad virgen de donde provenían estaba localizada en El Petén, Guatemala, en una zona inexpugnable, resguardada por la selva. El célebre John Louis Stephens (1805-1852), en su viaje con Frederick Catherwood (1799-1854) por la península de Yucatán y Centroamérica, había dejado testimonio en su *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatán* (1841) de ciertos rumores de los pobladores de Chajul y de un viejo cura de Santa Cruz del Quiché, que aseguraban la existencia de una gran ciudad perdida, prehispánica, aislada desde un principio de los conquistadores, que conservaba su modo de vida intacto, su lengua, sin modos de intercambio monetario, sin animales de carga, sólo aves —escondían los gallos para evitar ser descubiertos— y mataban a todo extranjero que penetraba en sus tierras. Stephens no exploró la zona. Sin embargo, el pasaje emocionó a más no poder a los múltiples lectores estadounidenses, ansiosos de aventuras provocativas que avivaban la curiosidad por aquellas tierras que guardaban secretos fascinantes (Catherwood, 1841: 7-8; Stephens, 1841: 474).<sup>1</sup> Así lo atestiguó Brunhouse:

---

<sup>1</sup> Stephens apuntó: “Pero el asunto que nos excitó fue la aserción del padre que a 4 días de camino hacia México, del otro lado de la gran sierra, existía una gran ciudad habitada, grande y populosa, ocupada por indios precisamente en la misma condición en que se hallaban antes del descubrimiento de América. [...] [El cura, cuando era joven, fue al lugar y] descubrió una inmensa planicie que se extiende hasta Yucatán y el Golfo de México, y vio una gran ciudad tendida sobre un vasto espacio, y con torrecillas blancas que relucían al sol. La versión tradicional de los indios de Chajul [donde tuvo noticias de la ciudad el cura,] es que ningún hombre blanco ha llegado jamás a esta ciudad; que los habitantes hablan lengua maya; que saben que una raza de extranjeros ha conquistado todo el país alrededor y que matan a cualquier hombre blanco que intenta penetrar en su territorio. Que no tienen moneda u otro medio de cambio; no tienen caballos, ganado, mulas ni otros animales domésticos, excepto aves; y a que los gallos los guardan en los sótanos para evitar que su canto sea oído. [...] Una mirada a aquella ciudad valdría diez años de una vida cotidiana. Si él está en lo cierto, queda todavía un lugar donde los indios y una ciudad indígena existen tal como Cortés y Alvarado los encontraron; hay vivos que pueden resolver el misterio que se cierne sobre las ciudades en ruinas de América;



Qué duda cabe de que Stephens disfrutó ampliamente de los libros que escribió sobre América Central. Conquistaron una popularidad inmediata y continuaron vendiéndose con el transcurso de los años. Se informa que de *Central America [Incidents of Travel in Central Akmerica, Chiapas and Yucatán (1841)]*, editado en dos volúmenes, se vendieron 12,000 ejemplares en cuatro meses [...] Dos años después, cuando Stephens hizo *Yucatán [Incidents of Travel in Yucatán (1843)]*, estuvo en posibilidad de poner condiciones [...] Además de varias ediciones que tuvo en las islas británicas, el libro fue traducido a seis lenguas. Se dice que, en el transcurso de unos cuantos años, el autor recibió por su obra 30,000 dólares (1992: 102-103).

Se sostenía que la ciudad había sido descubierta por dos exploradores, los señores Huertis, “acaudalado norteamericano de ascendencia hispanocubana”, de Baltimore, y Hammond, “ingeniero civil” de Canadá (Comas, 1968: 105), que, entusiasmados por el relato de Stephens, emprendieron el viaje a Centroamérica. Salieron de Nueva Orleans y llegaron a Belice en otoño de 1848. Borearon las orillas del Golfo de Amatique en las cercanías de Livingston, y de ahí salieron al sudoeste hacia Copán donde llegaron en Navidad; ahí se les unió un tal Pedro Velasquez, español de San Salvador que sirvió de guía. Llegaron a Santa Cruz del Quiché, donde el 10 de abril de 1849, y después de confirmar con el cura los relatos y bocetos publicados por Stephens, partieron hacia Totonicapán, pasaron por Huehuetenango y el 19 de mayo llegaron a la cima de una gran montaña. A 9,500 metros, la mañana del 20 de mayo, con la claridad del panorama y la ayuda de un telescopio, apareció a la distancia el océano Pacífico y vestigios prehispánicos creídos dentro del estado de Chiapas; a las dos de la tarde, por fin, se alcanzaba a

---

quizá quien pueda ir a Copán y leer las inscripciones en sus monumentos. Ningún asunto más excitante y atractivo presentase a mi pensamiento, y la profunda impresión de aquella noche jamás la olvidaré. [...] [Una expedición] aumentaría 10 días a un viaje que, aun sin ellos, parecía en perspectiva ya casi aterrador; durante días la sierra podría estar cubierta de nubes; por aventurar demasiado podríamos perderlo todo; Palenque era nuestro objetivo principal y resolvimos no apartarnos de la ruta que nos habíamos trazado”. Todavía el mismo Stephens, en *Incidents of Travel in Yucatán*, publicado en español como *Viajes a Yucatán* (1986), dice: “Nuestro viaje en aquella dirección había tocado ya a su término. Estábamos en la frontera de la parte habitada de Yucatán [...] Más allá, solo existen espesas selvas que se extienden hasta el lago del Petén y aquella región de los lacandones, o indios idólatras, en donde, según he indicado en mis publicaciones anteriores, existe aquella misteriosa ciudad que jamás ha sido visitada por el hombre blanco, sino que se halla ocupada por indios precisamente en el mismo estado que tenía antes del descubrimiento de la América. [...] Estoy sin embargo muy lejos de creer, que porque nada hubiésemos oído de esas ruinas dejen realmente de existir algunas; no. Por el contrario, es muy probable que numerosos restos de ciudades existan sepultados a muy corta distancia de allí, sin que se supiese enteramente en el pueblo de Iturbide, porque en dicho pueblo no había un solo individuo que hubiese oído hablar jamás de las ruinas de Xlabpak, que acabábamos de visitar, y cuya primera noticia la adquirieron de nosotros” (1986: 159-160).

ver, dice Comas, “lo que evidentemente era una ciudad habitada y con riqueza de monumentos, de grandes dimensiones y de carácter egipcio”, y a no más de veinticinco leguas de Ocosingo. La bajada por ese lado de la sierra era imposible, así que regresaron al pueblo de Aguamasinta, mientras Velasquez iba a Quetzaltenango por armas, municiones e indios. Regresó hasta el mes de julio.

Los hechos se conservaron a través del relato de Velasquez, quien apareció después de duras penurias, solo, abandonado, en San Salvador en 1850 (Comas, 1968: 8-10). Comas dice que entraron a la ciudad llamada Iximaya, urbe de vastas proporciones, amurallada y con un foso a su alrededor:

[...] Llena de templos, estatuas gigantescas y todos los símbolos del paganismo; donde la gente todavía practicaba el culto al sol como dios; donde se conservaban intactos (sin ninguna influencia del mundo exterior) los hábitos, costumbres, soberanía y simplicidad primitiva de los peruanos en los días de Pizarro, combinados con la magnificencia y civilización asirias; y donde los sacerdotes herederos de Kaana estaban aislados de los otros habitantes, manteniendo en secreto para los fines del paganismo, sus ritos y ceremonias; donde el pueblo estaba confinado, ni buscando ni permitiendo cualquier comunicación o intercambio con la raza blanca de la cual estaban separados de un lado por la alta e intransitable sierra que presentaba un obstáculo aparentemente insuperable, mientras que por otro los llanos desolados y las intrincadas selvas cerraban por completo el paso hacia el mundo civilizado; una ciudad donde habían penetrado anteriormente otros hombres blancos extraviados, pero de donde ninguno regresó jamás (Comas, 1968: 8-10).

Hammond murió atravesado por una lanza al penetrar por primera vez las enormes murallas, y a Huertis, para su desgracia, lo traicionó su impaciencia y, en un intento frustrado de escape, fue asesinado. Velasquez, con más obstinación y voluntad, se ganó la confianza de los captores y, después de observar sus costumbres, su vida cotidiana, sus creencias, escapó con los dos niños descendientes de la casta de sacerdotes casi extinta, pues sólo se casaban entre ellos, que dedicaban su vida a Kaana, su principal dios. Los niños eran reverenciados con afecto y devoción por todos los habitantes de Iximaya. Brunhouse, en su libro *En busca de los mayas: los primeros arqueólogos*, anexa algunos datos dignos de mención:

La ciudad de 85,000 habitantes, que hablaba un dialecto maya, se extendía sobre una superficie de más de 30 km<sup>2</sup>, protegida por una muralla de 18 m de altura. ¡Sus avenidas estaban bordeadas por gigantescas estatuas de los antiguos reyes de Asiria y sus descendientes aztecas! [...] Los jinetes nativos, que patrullaban los alrededores para

mantener a los intrusos a distancia, usaban túnicas azul subido y amarillas, portaban largas lanzas de puntas metálicas y llevaban jaurías de fieros sabuesos. Tras atemorizar a estos soldados con modernas armas de fuego, Hammond, Huertis y Velasquez los derrotaron, pero luego los trataron con honor e insistieron en ser llevados a la ciudad. Allí disfrutaron de la libertad de aquel lugar. Hammond, quien había sido herido en la lucha, fue atendido; Huertis estudió los edificios, y Velasquez gradualmente despertó el interés de Vaalpeor, un joven nativo de la *élite*, por el mundo exterior y lo indujo a participar en un plan de escape. Al poner en marcha el proyecto de huida, Vaalpeor llevó consigo a dos chiquillos, que estaban a su cuidado; eran los únicos sobrevivientes de una antigua y venerada casta sacerdotal, los kaanas (Brunhouse, 1992: 105-106).

Rápidamente, después de llegar a San Salvador en 1850 y partir hacia Estados Unidos, Velasquez se apresuró a publicar el panfleto que nos ocupa con claras intenciones lucrativas: *Crónicas de una asombrosa expedición en América Central*, que bajo el ambiente propicio de Estados Unidos causó gran expectación. El doctor J. Mason Warren publicó un artículo científico en 1851, y para julio de 1852 ya se les exponía con gran éxito en Filadelfia (Comas, 1968: 12). El panfleto fue reproducido por tres compañías distintas en Nueva York, posteriormente en Londres, Ámsterdam y París (Brunhouse, 1992: 105).<sup>2</sup>

Se encuentran Máximo y Bartola en Inglaterra en junio de 1853. El respetado doctor y anatomista británico Richard Owen (1804-1892) los examinó y, al parecer, Velasquez los acompañó. Además de las exhibiciones cotidianas, el 4 de julio se les presentó ante la Corte Británica con la asistencia de la reina Victoria y del príncipe Alberto; el 6 de julio fueron examinados en la Sociedad Etnológica de Londres y, a partir de ahí, los análisis se volvieron frecuentes por parte de los eruditos. En esas fechas surgieron rumores sobre un probable casamiento entre ellos por un pastor anglicano, a pesar de que Velasquez había afirmado que eran hermanos y que su edad —según Owen— oscilaba entre los 11 y 17 años, él, y los 7 y 11 años, ella. En 1855 se les ubicó en París, donde fueron estudiados en la Academia de Medicina; viajaron por Europa Central y el 26 de diciembre de 1855 se mostraron ante los reyes de Prusia (Comas, 1968: 13). La lista de expertos que los estudiaron —citados por Comas— va desde J. Mason Warren (Estados Unidos, 1851), R. Cull (Londres, 1853), R. Owen (Londres, 1853), Leubuscher (Alemania, 1856), Reid (Londres, 1854), Saussure (París, 1853), Guérin (París, 1853), Longpérier (París, 1854),

---

<sup>2</sup> La mayor cantidad de detalles mencionados por Brunhouse, en comparación con los señalados por Comas, se debe a que aquél sí logró consultar el primer texto de Velasquez directamente; su localización archivística aparece en la división por autor que incluye al final (1992: 194-195). Una de las ediciones posteriores del panfleto, original en francés, se encuentra actualmente en la Biblioteca Nacional en la Ciudad de México.

Serres (París, 1855), Baillarger (París, 1855), Peisse (París, 1855), Broca (París, 1874-1875), Ranke (Munich, 1896), Birkner (Alemania, 1898), Virchow (Berlín, 1866, 1891, 1901), Hamy (París, 1874-1875), Topinard (París, 1874-1875), Mayer (1855-1856), hasta el mismo Alexander von Humboldt (1856). En cuanto a instituciones científicas, los estudiaron desde la Sociedad Etnológica de Londres, en Inglaterra y la Academia Nacional de Medicina, la Academia de Ciencias y la Sociedad de Antropología de París, en Francia, hasta, en Alemania, la Sociedad Berlinesa de Antropología, Etnología y Prehistoria, la Sociedad Alemana de Antropología, la Sociedad de Historia Natural de la Renania Prusiana y de la Westfalia, la Sociedad del Bajo Rin y el Instituto Antropológico de Alemania. Son diecisiete las revistas importantes a las que alude Comas (1968: 23-25),<sup>3</sup> quien reproduce también varios dibujos que se realizaron de Máximo y Bartola (ver imágenes 5, 6 y 7).

Existen dos desafortunadas lagunas documentales en la obra de Juan Comas. La primera desde mediados de 1850 hasta 1875, cuando aparecen algunas notas de su exposición ante la Sociedad de Antropología de París y, la segunda, hasta 1891, cuando fueron analizados en Alemania, y su presencia en octubre de 1896 en festividades y el Instituto de Antropología de Múnich. De hecho, Comas quizá desconoció en físico folletos posteriores con información diferente e incluso con el apunte falso de Jhon Sthepens [sic] como autor, como el existente sin fecha en la Biblioteca Nacional en la Ciudad de México; este documento anunció en su frontispicio, en perfecto francés:

A su Alteza Real, monseñor el Príncipe Alberto, protector de la ciencia y promotor de todo lo que se informe sobre los conocimientos e intereses de la humanidad, este esbozo sucinto sobre la historia de los aztecas humildemente dedicado con la expresión de sentimientos de profundo respeto y extrema gratitud.

Más adelante aclara:

Estas sorprendentes criaturas hasta la fecha se han presentado ante los soberanos de Europa, a continuación nombrados: la Reina de Inglaterra, el Príncipe Alberto y todos los

---

<sup>3</sup> Las revistas son: *The American Journal of the Medical Sciences* (Filadelfia); *Monthly Journal of Medical Science* y *Journal of the Ethnological Society of London*, ambas en Londres, Inglaterra; *Bulletin de l'Académie National de Médecine*, *Compte-Rendu de l'Académie des Sciences*, *Bulletins de la Société d'Anthropologie de Paris*, *Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, *Gazette de Médicale de Paris*, *Le Moniteur des Hôpitaux*. *Journal des progrès de la Médecine et de la Chirurgie Pratiques*; *L'Athenaeum Français*. *Revue universelle de la Littérature, de la Science et des Beaux-Arts*, y *Revue d'Ethnographie* (todas de París, Francia); *Archiv für Ethnologie* (Braunschweig, Alemania); *Zeitschrift für Ethnologie* (en Berlín, Alemania); *Correspondenz-Blatt der Deutschen Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte*, *Froriep's Notizen aus dem Gebiete der Natur und Heilkunde Verhandlungen der Berliner Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte y Verhandlungen des Naturhistorischen Vereins der Preussischen Rheinlande und Westphalens* (en Alemania).

miembros de la Familia Real de Inglaterra; el Emperador Napoleón, la Emperatriz Eugenia, la Condesa de Montijo, Madre de la emperatriz; el Príncipe y Princesa de Napoleón. El Rey y la Reina de Prusia, el Príncipe y Princesa de Prusia y todos los miembros de la Familia Real. El Emperador Francisco José de Austria, y la Emperatriz Elisabeth. El Rey Maximiliano y la Reina María en Baviera (Stepens, 1986: 3-5).

Con estos apuntes, es seguro que este documento se imprimió después de 1855; también existe otro folleto similar pero con ligeras variaciones (ver imagen 15), sin fecha, con una introducción explicativa, nuevos dibujos de estelas y monolitos que persuadían aún más sobre el comparativo entre Máximo y Bartola con antigüedades mexicanas (ver imágenes 16 y 17), pero, sobre todo, gráficos sobre la aventura, los aconteceres y la escapatoria de Iximaya (ver imágenes 18, 19, 20 y 21), y al final las anotaciones de Richard Owen con fecha de 1853 (ver imagen 22). Varió incluso en el título porque, a diferencia del impreso en Nueva York en 1850, sí se explicita el nombre de Máximo y Bartola: *Illustrated Memoir of an Eventful Expedition into Central America; Resulting in the Discovery of the Idolatrous City of Iximaya, in an unexplored region; and the possession of two Remarkable Aztec Children, Maximo, (The Man), & Bartola (The Girl), Descendants and Specimens of the Sacerdotal Cast, (now nearly extinct) of the Ancient Aztec Founders of the Ruined Temples of that Country, Described by John L. Stephens, Esq., and other Travellers. Translated from the Spanish of Pedro Velasquez of San Salvador (Velasquez, s.f.).*

No obstante el éxito, después de un trabajo del médico y patólogo alemán Rudolf L. Virchow (1821-1902) en 1901, se les perdió totalmente la pista, y Máximo y Bartola, después de una vida rodeada de circos, *managers* y ferias, transportados en jaulas y tratados como bestias, no se sabe bien dónde murieron ni en qué condiciones (Comas, 1968: 13-14).

A pesar de la fascinación pública, desde un primer momento el relato de Velasquez fue tomado con reservas. A través de fuentes indirectas, testimonios de los científicos y periódicos, Comas trata de reconstruir el itinerario y, en medio de las contradicciones y lagunas, obtiene algunas conclusiones. Llega a saber, a través de una documentación citada por el militar y anticuario francés Adrien Longpérier (1816-1882), que un tal general Various, gobernador político y militar del departamento de San Miguel, en El Salvador, en un recorrido por el distrito de Usulután se encontró con un amigo de supuesto origen nicaragüense, Raimundo Selva, a quien después de llegar a un pueblo llamado Jacotal le mostraron, previa intermediación, a dos niños hermanos que llamaban la atención por su enanismo y rasgos físicos poco comunes; al proseguir el viaje, el gobernador le insinuó que era posible ofrecer a la madre una compensación económica si alguien capaz pudiera encargarse de exhibirlos en Europa; viendo la oportunidad, Selva logró llegar, gracias a la ayuda del gobernador, a un acuerdo provechoso.

Partió entonces hacia el puerto de San Juan de Nicaragua acompañado de los infantes, “un lobo, un ciervo blanco y dos monos titís”, con la intención de unirse al gran circo Barnum de los Estados Unidos; sin embargo, una revuelta contra los ingleses en el puerto provocó que fuera tomado prisionero y sometido a cincuenta latigazos que diezmaron su salud; apareció con prontitud un norteamericano, que no se sabe bien cómo se unió al viaje y llevó entonces a los niños a su destino. El individuo, movido por el éxito de los microcéfalos —confesaría más tarde Raimundo Selva—, se negaría a reconocer a éste como legítimo depositario; indignado, después de solicitar a Various y a la madre documentos en los que le confirieran el poder de propietario, Selva emprendió el viaje hacia Nueva York para iniciar un proceso judicial.

Según el periodista y observador de la medicina contemporánea, Louis Peisse (1803-1880), citado por Comas, Various trató de alcanzar a Raimundo Selva en Nueva York, donde descubrió que éste había vendido a los niños en 18,000 dólares y había despilfarrado el dinero en La Habana. Algunos datos, escritos en una carta por Various, indican que Máximo y Bartola eran hijos de mulatos y que en marzo de 1846 se les había dado el sacramento de la confirmación. En su afán por recuperar a los niños, Various citó como testigo a Félix Quiroz, quien conocía a los padres de los desafortunados y ejercía como vicepresidente de El Salvador en 1852. Se pidió la intervención de un cónsul norteamericano llamado Eduardo Wallerstein; sin embargo, los desventurados niños ya se habían convertido en objetos valiosos, cotizados, irre recuperables. Comas detectó indicios de que aún para 1856 era probable que Pedro Velasquez y Raimundo Selva fueran los propietarios, y al parecer estaban confabulados desde el principio para explotarlos, pues incluso eran cuñados. Según Peisse, en ese tiempo vendieron a un tal Morris sus derechos. De los *managers* conocidos, también se refiere a un profesor Anderson y a Nellie Marsh, aludida por Virchow en 1891 (Comas, 1968: 18-23).

Sobre este fabuloso engaño, en el folleto sin fecha conservado en la Biblioteca Nacional de la Ciudad de México, cuyo supuesto autor era Jhon Sthepens [sic], se conserva un apunte en letra manuscrita donde se verifica la falsedad sobre el origen azteca de Máximo y Bartola. Se lee en inglés:

[...] las curiosidades vivientes exhibidas desde algunos años bajo el nombre de “niños aztecas” que fueron tomados de una aldea india cercana a Coyuntepec [referido probablemente a Cojutepeque, Cuscatlan], en San Salvador, por un español llamado Silva, a quien la madre vendió por una cantidad insignificante. La historia de su origen mexicano fue una ficción increíble. Parte de una estafa... *Explorations and adventures in Honduras* by Will. V. Wells. New York 1857, p. 556 (Stepens, 1986: 1).

En efecto, el viajero y periodista nacido en Boston, Massachusetts, William Vincent Wells (1826-1876), que recaló en Honduras como cónsul norteamericano en 1849, en su libro *Explorations and adventures in Honduras: comprising sketches of travel in the gold regions of Olancho, and review of the history and general resources of Central America*, publicado por Harper en 1857, se detuvo a mencionar el caso de Máximo y Bartola en relación con un grupo aborigen de la “antigua raza azteca” radicado en Guatemala, con similitudes a las expuestas:

Se indica también en la autoridad de un caballero americano, residente en Omoa [en las cercanías de San Pedro Sula, costa de la Bahía de Honduras] durante varios años, que los descendientes de la antigua raza azteca todavía se encuentran en ese lugar. Los pocos que se saben han sido destinados como empleadas para los residentes extranjeros, y éstos están constituidos a ser de talla menuda a diferencia de cualquier otro indio en Honduras. Una pequeña tribu de ellos se dice que existe en los confines de Guatemala, de donde los pocos que se encuentran en Honduras han venido. Una de sus peculiaridades es retirarse a un lugar apartado cuando son afectados por alguna enfermedad, donde según se dice, a menudo mueren por falta de asistencia, a la cual se niegan obstinadamente. Un azteca que había vivido durante algunos años en la casa del cónsul de los Estados Unidos, Sr. Follen, se enfermó y rechazó de mala gana toda ayuda profesional, él se retiró de la vista, convencido de que su fin había llegado y que nadie debía seguirlo. Posteriormente sus restos fueron encontrados en una choza abandonada, donde se había escondido para morir. [...] El hecho más notable en relación a este tema es que la madre ha producido desde entonces un equivalente de la primera pareja, y en el momento de mi visita a Centroamérica, estaba deseosa de deshacerse de ellos con algún especulador del Norte por una consideración razonable (Wells, 1857: 556).

Sin embargo, es muy probable que tanto Velasquez como Selva no sean los verdaderos responsables de este maravilloso engaño. Brunhouse, en un estudio biográfico dedicado a Stephens, nombra a un sugerente autor intelectual: Phineas Taylor Barnum, *showman*, empresario circense, millonario, un auténtico fabricante de ilusiones que ya había expuesto en 1835 a una esclava negra, Joice Heth, que decía haber sido niñera de George Washington y contar con 161 años de edad; también a un enano (Charles Stratton) anunciado como el General Tom Thumb, y a los siameses Chang y Eng Bunker en 1842 (ver imagen 8); era dueño desde 1841 del Scudder’s American Museum de Nueva York y después fundaría el circo Barnum que se fusionaría en 1881 con el de James Bailey para crear el Barnum & Bailey Circus, bajo el lema de mostrar el “más grande espectáculo sobre la tierra”.

Resulta significativo que el gran empresario considerara el interés popular por las antigüedades centroamericanas lo suficientemente difundido para garantizar la exhibición de los dos niños y ordenar la publicación del folleto, a fin de anunciar su última novedad. El folleto revelaba algunos aspectos del conocimiento popular de la época. No hacía distinción entre la cultura azteca y la maya. Además, describía a los habitantes de Iximaya como descendientes de los antiguos asirios y a su arquitectura como egipcia, todo ello a pesar de que Stephens había insistido en que era indígena. El autor del folleto tenía cierto conocimiento de la geografía del occidente de Guatemala, pero la localización de Iximaya era un acertijo geográfico, como quizás se quería que fuera. El intento por reconstruir el vestido de la gente y los edificios de la ciudad sugiere al lector moderno el encanto artificial de un escenario hollywoodense (Brunhouse, 1992: 107).

Independientemente de la posible participación de Barnum, de su olfato comercial y de su astucia publicitaria para saber cómo llegar al gran público, la resonancia obtenida en todos los niveles, tanto en Estados Unidos como en Europa, no es digna de ignorarse. A pesar de la desconfianza simultánea y de la correspondencia de Various, el arraigo de las *Crónicas de una asombrosa expedición en América Central* en el gran público fue contundente, e incluso algunos de los médicos más prominentes de Europa sucumbieron ante el hechizo del origen fabuloso de Máximo y Bartola. El mismo William Vincent Wells creyó en la existencia de un pueblo con anomalías, aunque negó que correspondieran a aztecas intocados por la mano española. La condición de falsedad, impostura, engaño...

no tuvo la menor repercusión entre el gran público; por muchos decenios más siguió la exhibición, la explotación, de los “enanos aztecas”; pero no en la forma como pudieran serlo otros microcéfalos, liliputienses o idiotas, sino en una escala mucho mayor debido precisamente a la atracción, al espejismo, provocado por ese “origen divino” que con tanta habilidad divulgaron y mantuvieron quienes de tal “cuento” hicieron durante más de medio siglo su *modus vivendi* (Comas, 1968: 17).

De hecho, la condición de anomalía y procedencia vivificó los debates contemporáneos alrededor del origen, antigüedad, procedencia y desarrollo —o degeneración— de las razas y puso en discusión la calidad de conceptos como mestizaje, hibridación, degeneración y herencia. Los mángers lograron armar —quizá sin proponérselo— un *performance*, una simulación escénica sobre la naturaleza del hombre americano con el poder de llegar al gran público, privilegio del cual no gozaban con la misma eficiencia las instituciones científicas. En buena parte, la discusión sobre Máximo y Bartola permite asomarse al umbral del imaginario popular y científico del siglo XIX sobre los prejuicios de la naturaleza americana.



Los testimonios citados por Comas son bastante claros. Casi por consenso se aceptó que eran un caso médico de microcefalia, teratológico (estudio de las anomalías embrionarias), sin deformación craneal artificial (Warren, Owen, Peisse, Serres, Virchow, Birkner); pero también hubo quien los calificó como idiotas, imbeciles, enanos, liliputenses. Un periodista anónimo de Nueva York los llamó “apenas más altos que los imaginarios caballeros de Lilliput” (Brunhouse; 1992: 106); Horace Greeley, director del *New York Tribune*, dijo: “Estos niños son, simple y sencillamente, ediciones abreviadas o de bolsillo de la Humanidad [...]” (Brunhouse; 1992: 106). Paul Broca, pionero en el estudio de la antropología física francesa, fundador de la Sociedad Antropológica de París en 1859, de la *Revue d'Anthropologie* en 1872 y de la Escuela de Antropología de París en 1876, apuntó en 1875:

La postura adoptada por los pretendidos “aztecas” cuando desempeñan en público su papel de dioses, es precisamente la que está representada en las esculturas hieráticas de Palenque [...] Aunque Velasquez, que explota comercialmente a estos niños, no inspira ninguna confianza [...] pudiera ocurrir que tal narración no sea falsa en su totalidad. Nos dice que ambos microcéfalos eran adorados como dioses por un pueblo del interior y que, como tales, habían pasado varios años de su vida en la posición representada en uno de los dibujos de Duhouset [se refiere al explorador y dibujante francés de Persia, Duhouset, Louis Emile (1823-?)] [...] Ahora bien el examen de los músculos y articulaciones de los pretendidos “aztecas” confirma este relato (Comas, 1968: 115; Broca, 1875).

Tales anomalías en los pies y brazos hicieron pensar que eran producto de una prolongada inmovilidad, por el hábito y no por la condición teratológica; aun así —apuntó— la semejanza con las imágenes de Palenque y su procedencia de una región cercana no permitía especular que estos sacerdotes en la antigüedad fueran microcéfalos, si bien “Puede haber razas más o menos afectadas que otras por esa detención del desarrollo cerebral” (Comas, 1968: 117); según los caracteres físicos generales, deberían ser hijos de zambos (mezcla de negro e indio). El naturalista, etnólogo y médico Jules Théodore Ernest Hamy (1848-1902), fundador del Museo de Etnografía del Trocadero, miembro de la Sociedad de Antropología de París, cofundador y presidente de la Sociedad de Americanistas de París, fundador en 1882 y director de la *Revista de Etnografía*, en el mismo año de la publicación de Broca, coincidió en la conclusión al tratar de indagar en el continuo silencio que se había dado sobre “los agentes que dan origen a las razas, a la formación de variedades permanentes bajo la influencia de ciertos ambientes [...] [Traté de analizar a] los enanos microcéfalos desde el punto de vista etnológico más que como anatomista o psicólogo” (Comas, 1968: 117; Hamy, 1875).

Con este discurso se pretendió conectar, dar coherencia al origen desconocido del hombre americano al no existir consenso sobre de dónde provenían antes del encuentro hispano en 1492,<sup>4</sup> vinculado —sin decirlo explícitamente— con la historia fabulosa de Velasquez. Después de una cuidadosa descripción de los niños y de los diversos dibujos que reproducían las imágenes de Palenque (Del Río, Dupaix, Cabrera, Kingsborough, Humboldt, Stephens-Catherwood, Waldeck),<sup>5</sup> Hamy llega al siguiente desenlace:

Cabría pues suponer que lo que los artistas de Palenque representaron, junto a sus sacerdotes, son verdaderos microcéfalos y en consecuencia los individuos con tal anomalía “quizá muy común en este pueblo por el uso prolongado de un cierto tipo de deformación facial”, pudieron ser objeto entre los antiguos americanos de un culto comparable a aquel con que en gran número de pueblos contemporáneos se honra en la actualidad a idiotas y locos (Hamy, 1875).

No obstante las conclusiones de Hamy y Broca, el viajero y anticuario francés Désiré Charnay (1828-1915) pensó que fueron arrancados de una familia de esclavos; otros opinaban como la controversial traductora del libro *El origen de las especies* de Charles Darwin al francés, Clemence

---

<sup>4</sup> El enigma de la procedencia de los nativos americanos fue un debate de poderosa transcendencia en los siglos XVI al XIX, tema que ya se trató en otro lugar: véase Miguel Ángel Díaz Perera (2008; 2009: 65-110). Y, como complemento, Edmundo O’Gorman (1942 y 2004) y Matos Moctezuma (1987).

<sup>5</sup> Me refiero a las obras siguientes: “Informe del capitán don Antonio del Río: descripción del terreno y población antiguamente descubierta en las inmediaciones del pueblo del Palenque, jurisdicción de la provincia de Ciudad Real de Chapa, una de las del reino de Guatemala de la América Septentrional”, versión en manuscrito, publicado en tiempos modernos por Ricardo Castañeda Paganini, *Las ruinas de Palenque: su descubrimiento y primeras exploraciones en el siglo XVIII*, Guatemala, 1946. No obstante, en el siglo XIX este manuscrito fue impreso en 1822 con litografías de Frédérick Waldeck y un estudio introductorio de Paul Félix Cabrera en Londres, versión que fue la conocida por los anticuarios del momento. De obras referenciales del periodo, también: Guillermo Dupaix y Luciano Castañeda, *Atlas de las antigüedades mexicanas halladas en el curso de los tres viajes de la Real Expedición de Antigüedades de la Nueva España, emprendidos en 1805, 1806 y 1807*, San Ángel Ediciones S.A., México, 1978. Asimismo: Lord Edward King Vizconde de Kingsborough, *Antiquities of Mexico: comprising fac-similes of ancient Mexican paintings and hieroglyphics, preserved in the royal libraries of Paris, Berlin and Dresden, in the Imperial library of Vienna, in the Vatican library; in the Borgia museum at Rome; in the library of the Institute at Bologna; and in the Bodleian library at Oxford. Together with the Monuments of New Spain, by M. Dupaix: with their respective scales of measurement and accompanying descriptions*, Londres, 9 volúmenes, publicados entre 1830 y 1848. No debe olvidarse: Alexander von Humboldt, *Vues des Cordillères et monuments des peuples indigènes de l’Amérique*, que apareció en 1810 en Londres y París. Y de Federico Waldeck, *Viaje pintoresco y arqueológico a la Provincia de Yucatán, 1834 y 1836*, Manuel Mestre Ghigliazza (trad.), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1996 (Mirada viajera), que se publicó en origen con el sello de Bellizard Dufour et Co Editeurs, en París en el año 1838. La obra de Stephens y Catherwood ya se citó previamente.

Royer (1830-1902), que eran hijos de varias generaciones de mestizos; otros que de padre indígena y madre etíope, como también asumió el médico y físico alemán Julius von Mayer; “las opiniones se dividían [...] hubo quienes opinaban que ambos ‘aztecas’ eran ‘enanos idiotas, de una raza indígena degenerada’, o que en vez de ser microcéfalos accidentales ‘eran más bien los descendientes de una raza particular’”. (Comas, 1968: 29-30). Algunos otros llamaron a la prudencia, como el literato inglés Charles Dickens (1812-1870), que publicó un artículo titulado “A mysterious City” en la revista que él mismo dirigía, *Household Worlds*, fechado en 1851 (Brunhouse, 1992: 107). Estas conclusiones no eran improvisadas. A pesar de las contradicciones, de los acuerdos y desacuerdos, es precisamente la segunda mitad del siglo XIX la cuna y portavoz de las teorías que pretendían explicar el origen y destino de las razas. Estos individuos no estaban sólo fantaseando, improvisando sus conclusiones, estaban realmente forjando, enriqueciendo el conocimiento antropológico de su época:

El discurso en torno a la idea de que las razas estaban jerarquizadas en función de un estado de atraso o de avance que tomaba como punto de referencia la civilización occidental, se articuló a través de tres grandes ejes temáticos, referidos a lo fisiológico, lo cultural y lo lingüístico. Dentro del primero fue examinada la diversidad fisiológica del género humano por medio de conceptos extraídos de la biología y la historia natural. Dentro del segundo se estudiaron los caracteres intelectuales y morales de las razas (ideas, tradiciones, sentimientos, formas de pensamiento, actitudes inconscientes) que se transmitían de generación en generación y determinaban el “carácter de los pueblos”. Finalmente, en el contexto del tercer eje se buscó encontrar un sentido a la estructura de las lenguas y dialectos con el propósito de establecer un criterio de diferenciación entre los diversos grupos raciales. Estos ejes temáticos delimitaron los campos de estudio de lo que posteriormente se convertiría en la antropología física, la etnología y la lingüística, disciplinas que en la última parte del siglo XIX comenzaron a ser reconocidas como científicas (Horcasitas, 2000: 62).

El referente de lo civilizado fue entonces personificado por la cultura de occidente, en contraste con el infantilismo, el enanismo, la degeneración, que a su vez tenían una íntima vinculación con comportamientos como la prostitución, el alcoholismo y la mendicidad, causas e instigadores de la criminalidad, características propias de ese salvajismo latente que podía reaparecer dado el retraso de las razas. La muestra y exhibición de enanos, siameses, gigantes, de Máximo y Bartola, daban ejemplos de las desviaciones que la naturaleza siempre amenaza con exhumar al estar expuesto el hombre a condiciones climáticas nocivas —como se creyó que ocurría en el trópico— o a la constante exposición de conductas anómalas para los cuerpos. Como observó David Arnold:

resultó inevitablemente que se hicieran comparaciones entre las zonas templadas [al norte] y las tropicales [las australes] y que se trataba de descubrir hasta qué punto los pueblos no europeos que habitaban tales regiones habían sido moldeados adversamente por el clima y la enfermedad. En un grado que hoy se antoja extraordinariamente ciego e intolerante, hasta los cincuenta [del siglo XX] prevaleció entre los escritores occidentales la creencia de que los trópicos eran en sí una región impropia para la civilización, al paso que las templadas eran las idealmente propicias para ella. Uno de los supuestos fundamentales era el de que, habida cuenta de que los trópicos eran tan fecundos, las pocas necesidades de los pueblos “nativos” podían ser satisfechas con poco esfuerzo físico y mental (Arnold, 2000: 144).

No fue casualidad entonces que, en este contexto de incertidumbre, entre 1850 y 1914 se abrieran las cátedras y departamentos académicos destinados a la historia, sociología, economía, ciencia política, antropología y etnología (Wallerstein, 1999: 9-10). Surgieron eruditos con la necesidad de explicar al hombre como ser orgánico en sus rasgos animales, ante la aparición de la biología como disciplina (Coleman, 2002), y como ser cultural, lo que después marcó el destino la antropología (Harris, 1997: 8-9). En 1843 se fundó en Inglaterra la *Ethnological Society*, en Alemania en 1869 la *Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie, und Urgeschichte* y en 1842 en los Estados Unidos se instituyó la *American Ethnological Society*. En 1855, como consagración, se fundó en París una cátedra totalmente dedicada a las incipientes antropología y etnología. Con esto, los debates sobre el origen y la condición de las razas encontraron cobijo académico; en aras de la brevedad, se puede recurrir a Beatriz Urías Horcasitas quien, en su libro *Indígena y criminal*, hace una breve revisión de las tendencias que predominaban:

La *etnológica*, surgida en la primera mitad del siglo XIX, se preguntaba sobre el origen único o múltiple de la humanidad. Una primera vertiente era representada por el filósofo y precursor de la antropología francesa William Frédéric Edwards (1777-1842), fundador de la *Société d'Ethnographie*, bajo una perspectiva monogenética que dominó Europa por lo menos hasta los años setenta y creía que las diferencias podían explicarse por la influencia y el condicionamiento impuesto por el medio geográfico a las diversas ramas descendientes de la pareja original (Adán y Eva).

La *lamarckiana* sostenía que las diversas razas se definían por la transmisión de caracteres orgánicos hereditarios, estimulados a través de la influencia de agentes externos, como la educación y la mezcla racial; esto indujo a pensar que una mayor educación llevaría con el transcurso de las generaciones a modificar los comportamientos “naturales” retraídos para alcanzar civilización; uno de los autores que más propagó esta noción fue el filósofo y precursor de la sociología inglesa Herbert Spencer (1820-1903).

La *poligenética*. En 1859, siguiendo la tradición etnológica francesa inducida por William Frédéric Edwards, hubo quien propuso el origen multirracial que sostenía la idea de que, en función del medio geográfico y la adaptación de los individuos, fueron generándose “tipos” diferentes. Los principales representantes agrupados alrededor de la Sociedad de Antropología de París fueron el ya mencionado Paul Broca y el reconocido médico Paul Topinard (1830-1911). Siguiendo estos principios, ellos incitaron la medición antropométrica para fijar estos “tipos originales”; la orientación no era del todo nueva, pues ya en Alemania y Holanda médicos y naturalistas como Samuel Thomas von Sömmerring (1755-1830), Petrus Camper (1722-1789), Charles White (1728-1813) y Johann Friedrich Blumenbach (1752-1840) habían realizado ejercicios parecidos; en específico Blumenbach, después de comparaciones métricas de cráneos, clasificó el origen de la humanidad en cinco grandes grupos.

*La evolucionista*. Después de la publicación de *El origen de las especies* de Charles Darwin (1809-1882) y su propuesta de la selección natural como forma de transformación y adaptación de las especies, para explicar las razas abrevó de la tradición lamarckiana la idea de la transmisión hereditaria de caracteres orgánicos a través de factores externos —la educación—, y creía, como los defensores de la poligenética, que la naturaleza de las razas estaba vinculada a una jerarquización dada por el tiempo, estadios continuos o entremezclados de evolución —salvaje, bárbaro, civilizado—.

*La antropología biológica* tuvo sus raíces en Alemania en los inicios del siglo XX. Tomó supuestos del evolucionismo y de la eugenesia relacionada con la pureza racial, con el afán de vincular el grado de desarrollo con los comportamientos y hábitos; así, la criminalidad y el alcoholismo fueron considerados afines con la inferioridad y transmisibles por la herencia (Horcasitas, 2000: 68-76).

La explicación de la diversidad racial a la par de las razas originales daba sentido a la superioridad occidental. En este sentido, Máximo y Bartola daban una oportunidad única de comparación con el pasado prehispánico, pero al mismo tiempo con el salvajismo todavía presente en la joven nación mexicana y, en consecuencia, mostraban la incapacidad de gobernarse pocos años después de haberse independizado. Hamy no se resistió a este ejercicio que incluso refrendó en imágenes (ver imágenes 9 a 13). En el mismo comentario ya citado de 1875 dirá:

Las obras de Dupaix, Cabrera, Del Río, Kingsborough, Humboldt, Stephens, Catherwood, etcétera, apoyan en general los paralelos establecidos hasta aquí. Puedo añadir a las numerosas figuras publicadas por estos autores los excelentes dibujos del gran *Atlas* de Waldeck, así como algunos croquis representando monumentos todavía inéditos de la América Central. Todo este sorprendente conjunto sirve para reafirmar de manera singular

las ideas emitidas entre 1853 y 1856 acerca de las afinidades étnicas de estos microcéfalos y algunos de los personajes representados en los monumentos antiguos del istmo americano (Comas, 1968: 113; Hamy, 1875).

Es importante mencionar que este célebre erudito, junto con el precursor de la biología Jean Louis Armand de Quatrefages de Bréau (1810-1892), el médico León Coindet (1828-1871) y Paul Broca, entre otros, tuvieron previamente una experiencia mexicana. Las ideas esbozadas no partían de la distancia o ignorancia de no haber nunca interactuado con americanos; al contrario, pertenecieron a la Comisión Científica Franco-Mexicana (Commission Scientifique du Mexique) de 1862-1864 en el contexto del dominio de Maximiliano I y Carlota, en el llamado Segundo Imperio Mexicano de 1863 a 1867. Ante esta circunstancia, no sorprende que el especialista citado sobre diversos microcéfalos sea precisamente un americano, el cubano Luis Montané Dardé, alumno de Broca, Quatrefages y Hamy, que realizó una tesis de grado titulada “Estudio anatómico del cráneo de los microcéfalos” en 1874:

Nuestro colega L. Montané [dice Hamy] distingue solamente dos en la interesante comunicación que acaba de consagrar a la anatomía craneal de los microcéfalos. A lo sumo serían tres si combinamos las observaciones de Montané con las de sus predecesores. Máximo y Bartola, de acuerdo con lo que es posible observar a través de las partes blandas, entran en uno de esos tipos craneológicos, el que R. Owen ha dado en la figura que ilustra en su trabajo de 1856 (Comas, 1968: 107).

Montané había nacido en La Habana el 7 de abril de 1849, de padre francés y madre catalana, radicado en Francia desde los dos años. Se graduó de bachiller en Tolosa y de doctor en medicina en París, y recibió por su tesis una mención honorífica de la Facultad de Medicina y la felicitación de Broca como miembro del tribunal de tesis. “En ella dio a conocer los cráneos intermediarios y dividió los microcéfalos en clásicos y semi-microcéfalos” (“Las primeras cuatro décadas...”, 2004). Fue miembro fundador de la Sociedad Antropológica de París. En el mismo año de 1874, ya en Cuba, desarrolló una importante labor intelectual; fundó la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba en 1877; publicó un boletín; fue académico de número, honorario y de mérito, además de vicesecretario y secretario general de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana; fue fundador de la Academia de la Historia de Cuba en 1910 y tres años más tarde de la Sociedad Cubana de Historia Natural “Felipe Poey”. En sus obras existe una profunda preocupación por la antropometría y tres de sus artículos resultan curiosos: “El ídolo de la gran tierra de maya” de 1906, “El hombre fósil de Cuba” de 1911 y “El hombre prehistórico

cubano” de 1916. Lo importante aquí es que sirvió como autoridad para respaldar las ideas de Hamy sobre el pasado americano. Si bien Comas no encuentra ninguna referencia en América sobre los “niños aztecas”, es muy probable que una búsqueda más concienzuda revele lo contrario, aunque es de llamar la atención lo tardío de los artículos de Montané sobre el hombre prehistórico y maya, en 1906 y 1916 respectivamente (Marqués de Armas, 2014: 207-208). No sorprendería que dada su importancia en Cuba, y por la llegada de Máximo y Bartola en 1853 a Europa, este especialista en microcéfalos los hubiera examinado.

Hamy, como parte de la Comisión Científica Franco-Mexicana, durante su estancia en México realizó excavaciones en Mitla, y ya en Francia, con el afán de exponer objetos etnográficos almacenados, fue fundador junto con Quatrefages del Museo de Etnografía del Trocadero en 1878, del cual fue además director hasta 1908, gran promotor y traficante de antigüedades (Horcasitas, 2000: 88). Resultan interesantes las referencias que hace sobre las obras publicadas sobre el pasado prehispánico mexicano, no sólo por la mención de Dupaix, Del Río, Kingsborough, Humboldt, Stephens y Catherwood, sino por la comparación entre los perfiles de los microcéfalos y las imágenes del *Atlas* de Frédéric Waldeck, personaje polémico y oscuro. De ahí Hamy concluyó:

Las esculturas de Palenque son particularmente importantes a ese respecto. Junto a individuos sacerdotales, representados en el ejercicio de sus funciones, con cabezas aplastadas y cuyo perfil recuerda exactamente la célebre deformación usada por los toltecas, se encuentran otros cuya cabeza y cara no han sufrido ninguna deformación artificial, pero reproducen con la mayor fidelidad los rasgos observados en nuestros dos microcéfalos. Estos personajes, dibujados generalmente en actitudes muy peculiares, que Máximo y Bartola parece aprendieron a imitar bajo la dirección de su primer maestro, desempeñan en apariencia un importante papel en las manifestaciones del culto (Comas, 1968: 113).

¿Por qué prefirió Hamy hacer comparativos con las imágenes de Waldeck y no con las de Catherwood y Stephens? Waldeck era popular por sus exageraciones descubiertas y mencionadas no sólo por el mismo Stephens. William Prescott, por ejemplo, en 1841 había escrito a éste por correo:

No sabía que los edificios estuviesen tan bien ejecutados que se equipararan en ese respecto con los egipcios. Robertson [historiador escocés] los subestimó, y la desconfianza que revelaba un aire de sapiencia, por lo menos, era el lado más seguro del historiador. Empero, los viajeros franceses y españoles escriben con tal ampulosidad de glorificación, y los dibujos

de Waldeck, en particular, se asemejan tan poco a las representaciones de *Ruinas*, que yo había supuesto que había algo de exageración a este respecto. Sin embargo, nadie puede ser mejor juez que usted, que conoce bien los mejores modelos del Viejo Mundo, con los cuales compararlos (Brunhouse, 1992: 234-235).

Robert L. Brunhouse anexa una larga lista que incluye las opiniones de varios anticuarios contemporáneos. Daniel G. Brinton en 1890 desconfiaba de las litografías de Waldeck; Herbert J. Spinden consideró los dibujos de Uxmal inútiles y Alfred P. Maudslay coincidió en tal conclusión, principalmente después de ver en Waldeck imágenes de elefantes. Prescott en privado lo consideraba un charlatán (1992: 74 y 81, nota al pie de página 33).

Waldeck no era una autoridad reconocida sobre el pasado americano, y en cambio sí lo eran, en 1875, tanto Stephens como Prescott. Y, además de ellos, existía un aventurero francés que explícitamente buscaba el origen de las razas americanas, Désiré Charnay, quien también vertió su opinión sobre el destino de Máximo y Bartola. Había publicado parte de su obra para 1875 y tenía fotografías a la mano, además de que había sido partícipe con Hammy de la Comisión Científica Franco-Mexicana. Charnay había cumplido fotografiando el norte de México bajo órdenes del propio Maximiliano. Uno de sus mayores méritos fue descubrir la hermosa ciudad de Yaxchilán en 1882, a la que bautizó con el nombre de *Lorillard* en honor de su mecenas Pierre Lorillard (Ochoa, 1994: 11-16). Charnay, al principio de su libro *Ciudades y ruinas americanas*, publicado en 1863, claramente mencionó:

Hace cinco años, cuando partí en busca de estas ruinas maravillosas, mi intención era hacer un estudio profundo de ellas y tratar yo mismo el tema. [...] ¿Acaso estos monumentos no están llamados a decirnos si sus fundadores fueron nuestros contemporáneos y hermanos, o si esta tierra nueva tuvo una génesis aparte? [...] ¿Una mezcla de razas sería suficiente para explicar estas semejanzas? ¿Debe concluirse que se trata de la acción exclusiva de viejas civilizaciones y renunciar a la hipótesis de una raza original americana? (Charnay, 1994: 29-30).

¿En verdad Hamy leyó, estudió las obras de Dupaix, Del Río, Kingsborough, Humboldt, Stephens, Catherwood, Waldeck?, ¿es posible que Hamy no conociera los trabajos de Charnay? Lo interesante aquí, entonces, no son las menciones, sino las exclusiones. El debate arqueológico para 1875 ya había empezado a crear una nueva interpretación sobre el origen de las ciudades americanas. Tanto Stephens como Charnay insisten en creaciones autónomas, auténticas, sujetos que habían tenido manifestaciones civilizatorias sobresalientes pero distintas y sin conexión arquitectónica, cultural y física con los griegos o romanos. Un desprendimiento del



etnocentrismo tradicional y alejado —aunque no desprendido— de la pretensión de un origen único, degeneración parcial de los aztecas y consumida de los mexicanos contemporáneos. Hamy recurrió entonces a un discurso que ya empezaba a vencerse, excluyendo así la interpretación de ese origen auténticamente americano.

No es desmedido pensar entonces que el discurso antropológico que Hamy y compañía esbozaban, preocupados por explicar el origen de las razas pero también por mantener el predominio de la superioridad occidental, adaptó y reformuló los referentes empíricos. Aquellos individuos apelaban a algo más que a simples calificativos relacionados con la ociosidad, el robo, la simpleza o la imbecilidad de los indios; escondían referentes sobre el carácter y naturaleza del hombre americano en el contexto de ambiciones colonialistas europeas y norteamericanas.

En este sentido, por lo tanto, el caso de Máximo y Bartola es una ventana para comprender cómo se construyeron históricamente en el imaginario las diferencias y las desigualdades que abrumaron a los hombres del siglo XIX. Una impostura, un engaño que sorbió de golpe la vida de dos niños ante la indiferencia del mundo que veía normal la exposición de seres con anomalías fisonómicas y cognitivas relacionadas con la naturaleza degenerada de los americanos. Claramente, los estereotipos y prejuicios sobre el hombre americano alentaban prácticas envueltas de codicia en la lógica de una dominación de pueblos necesitados de protección y dirección ante su incapacidad racial.

Máximo y Bartola fueron víctimas del tiempo que les tocó vivir; tropiezos desafortunados de una ciencia inquieta e irrenunciable con prejuicios anegados. Una triste vida que les permitió recorrer las principales instituciones científicas, conocer a prestigiados médicos, periodistas, precursores de la etnología y la antropología. Fueron tocados y admirados por reyes y emperadores, y siempre observados por personas de múltiples nacionalidades, sabiéndose centro de una polémica fecunda, ávida de explicar lo exótico y misterioso. Logros indiscutibles y envidiables de Máximo y Bartola, si no fuera porque estuvieron siempre encerrados y fueron tratados como animales, una vida de angustia y sufrimiento sin desenlace conocido. Todo en aras de responder a la incandescente pregunta sobre el origen, descendencia y herencia de las capacidades de los pueblos bajo la clasificación jerarquizada de las razas. Todo en aras de explicar quiénes y cómo somos los seres humanos.

## Referencias

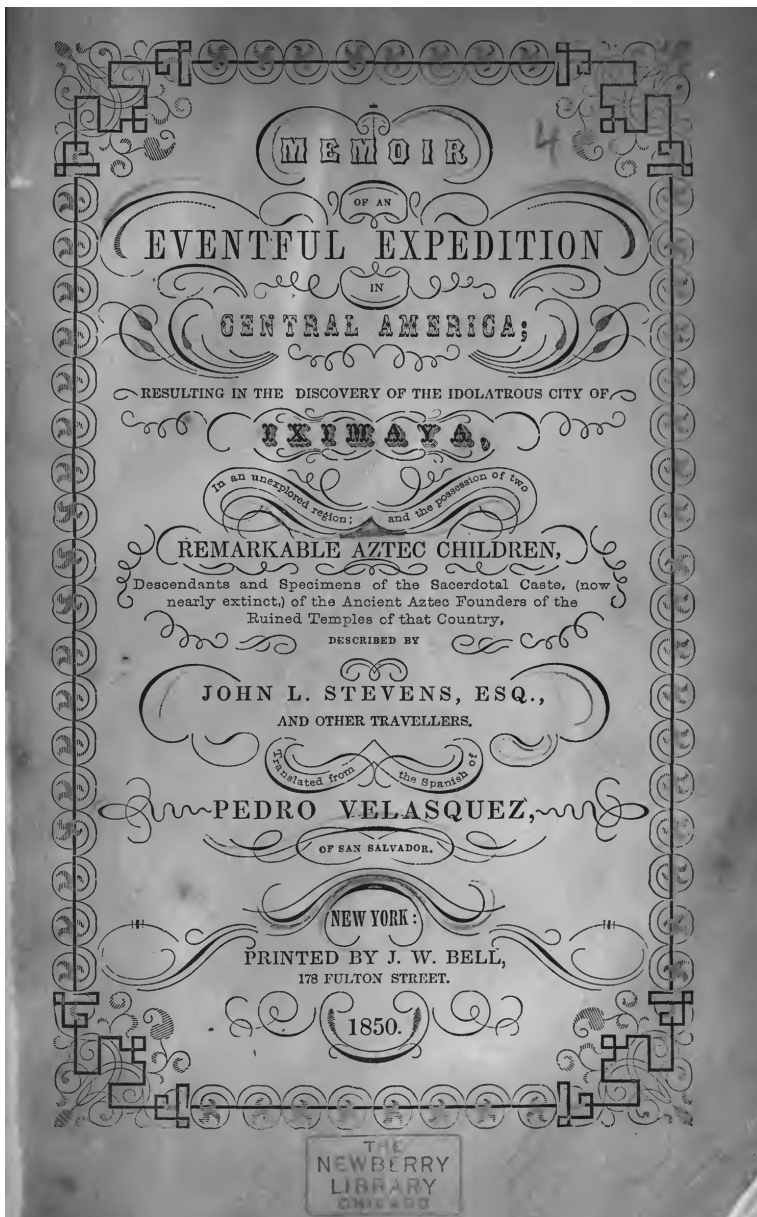
- Arnold, David (2000). *La naturaleza como problema histórico: el medio, la cultura y la expansión de Europa*. Roberto Elier (trad.). México: Fondo de Cultura Económica. (Sección de obras de ciencia y tecnología).
- Broca, Paul (1875). "Sur un enfant microcéphale vivant présenté à la Société". En *Bulletins de la Société d'Anthropologie de Paris*, II serie, t. 10, pp. 541-543.
- Brunhouse, Robert L. (1992). *En busca de los mayas: los primeros arqueólogos*. Jorge Ferreiro (trad.). México: Fondo de Cultura Económica.
- Castañeda Paganini, Ricardo (1946). *Las ruinas de Palenque: su descubrimiento y primeras exploraciones en el siglo XVIII*. Guatemala.
- Charnay, Désiré (1994). *Ciudades y ruinas americanas*. Rocío Alonzo (trad.). México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Colección Mirada Viajera).
- Coleman, William (2002). *La biología en el siglo XIX: problemas de forma, función y transformación*. Georgina Guerrero (trad.). México: Fondo de Cultura Económica / Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Breviarios, 350).
- Comas, Juan (1968). *Dos microcéfalos "aztecas": leyenda, historia y antropología*. México: Dirección General de Publicaciones, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Díaz Perera, Miguel Ángel (2008). *De viajeros y coleccionistas de antigüedades. Frédéric Waldeck en México: Historia y naturaleza del hombre americano en los albores de la modernidad*. Tesis de doctorado. Zamora, México: El Colegio de Michoacán.
- Díaz Perera, Miguel Ángel (2009). "El reino de los incapaces. Antigüedad del indio americano en el testimonio de Frédéric Waldeck y François Corroy". En Ramón Castellanos Coll (coord.), *Seis miradas al Tabasco del siglo XIX*. México: Universidad Juárez Autónoma de Tabasco.
- Dupaix, Guillermo y Luciano Castañeda (1978). *Atlas de las antigüedades mexicanas halladas en el curso de los tres viajes de la Real Expedición de Antigüedades de la Nueva España, emprendidos en 1805, 1806 y 1807*. México: San Ángel ediciones S.A.
- Harris, Marvin. (1997). *El desarrollo de la teoría antropológica: una historia de las teorías de la cultura*. México: Siglo XXI (Antropología).
- Hamy, Ernest T. (1875). "Quelques observations ethnologiques au sujet de deux microcéphales américains désignés sous le nom d'Azteques", en *Bulletins de la Société d'anthropologie de Paris*, II° Serie, t. 10, pp. 35-72.
- "Las primeras cuatro décadas de la Cátedra de Antropología en la Universidad de La Habana" (2004). En *Cuaderno de Historia de la Salud Pública*, núm. 95. Ciudad de La Habana: Oficina del Historiador del MINSAP. Disponible en: <http://www.bvs.sld.cu/revistas/his/his%2095/histo495.htm>.

- Marqués de Armas, Pedro (2014). *Ciencia y poder en Cuba. Racismo, homofobia, nación (1790-1970)*. España: Editorial Verbum.
- Matos Moctezuma, Eduardo (comp.) (1987). *Ideas acerca del origen del hombre Americano (1570-1916)*. México: Secretaría de Educación (Colección Cien de México).
- O’Gorman, Edmundo (1942). *Fundamentos de la historia de América*. México: Universidad de México. Imprenta Universitaria.
- O’Gorman, Edmundo (2004). *La invención de América: Investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir*. México: Fondo de Cultura Económica (Colección Tierra Firme).
- Ochoa, Lorenzo (1994). “Prólogo” en Désiré Charnay, *Ciudades y ruinas americanas*. Rocío Alonzo (trad.). México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Colección Mirada Viajera).
- Stephens, John L. (1841). *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatán*, t. I. Nueva York: Harper & Brothers.
- Stephens, John L. (1986). *Viajes a Yucatán* (Justo Sierra O’Reilly, trad.), t. II. Mérida, México: Gobierno del Estado de Yucatán / Instituto Editorial de Yucatán A.C.
- Sthepens, Jhon (s.f.). *Memoire Illustré d’une Expedition Remarquable dans L’Amerique Centrale*, s/e. Biblioteca Nacional de México, clasificación: G 917.28 STE.m, Cuarto piso.
- Topinard, Paul (1875). “Sur les deux microcéphales présentés à la Société”. En *Bulletins de la Société d’Anthropologie de Paris*, II<sup>o</sup> Serie, t. 10, pp. 36-39.
- Urías Horcasitas, Beatriz (2000). *Indígena y criminal: interpretaciones del derecho y la antropología en México, 1871-1921*. México: Universidad Iberoamericana: Departamento de Historia/Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Biblioteca Francisco Xavier Clavijero).
- Velasquez, Pedro (s.f.). *Illustrated Memoir of an Eventful Expedition into Central America; Resulting in the Discovery of the Idolatrous City of Iximaya, in an unexplored región; and the possession of two Remarkable Aztec Children, Maximo, (The Man), & Bartola, (The Girl), Descendants and Specimens of the Sacerdotal Cast, (now nearly extinct) of the Ancient Aztec Founders of the Ruined Temples of that Country, Described by John L. Stephens, Esq., and other Travellers. Translated from the Spanish of Pedro Velasquez of San Salvador,s/e*. Disponible en el sitio de internet de La Trobe University, Australia: <http://arrow.latrobe.edu.au/store/3/4/6/7/7/public/B17457488.pdf>. Fecha de consulta: 25 de mayo de 2015.
- Velasquez, Pedro (1850). *Memoir of an Eventful Expedition in Central America; Resulting in the Discovery of the Idolatrous City of Iximaya, in an unexplored region; and the possession of two Remarkable Aztec Children, Descendants and Specimens of the Sacerdotal Cast, (now nearly extinct) of the Ancient Aztec Founders of the Ruined Temples of that Country, Described by John L. Stevens, Esq., and other Travellers. Translated from the*

- Spanish of Pedro Velasquez of San Salvador*. Nueva York: Impreso por J. W. Bell, 178 Fulton Street.
- Vizconde De Kingsborough, Lord Edward King (1830-1848). *Antiquities of Mexico: comprising facsimiles of ancient Mexican paintings and hieroglyphics, preserved in the royal libraries of Paris, Berlin and Dresden, in the Imperial library of Vienna, in the Vatican library; in the Borgian museum at Rome; in the library of the Institute at Bologna; and in the Bodleian library at Oxford. Together with the Monuments of New Spain, by M. Dupaix: with their respective scales of measurement and accompanying descriptions*. Londres, 9 volúmenes.
- Von Hagen, Víctor (1980). *En busca de los mayas: la historia de Stephens y Catherwood*. Mario Antonio Sánchez (trad.). México: Editorial Diana.
- Von Humboldt, Alexander (1810). *Vues des Cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique*. Londres.
- Waldeck, Federico (1996). *Viaje pintoresco y arqueológico a la Provincia de Yucatán, 1834 y 1836*. Manuel Mestre Ghigliazza (trad.). México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Colección Mirada Viajera).
- Wallerstein, Immanuel (coord.) (1999). *Abrir las ciencias sociales: informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*. Stella Mastrangelo (trad.). México: Siglo XXI.
- Wells, William Vicent (1857). *Explorations and adventures in Honduras: comprising sketches of travel in the gold regions of Olancho, and review of the history and general resources of Central America*. Harper.

## Anexo de imágenes

Imagen 1. Portada de *Crónicas de una asombrosa expedición en América Central*



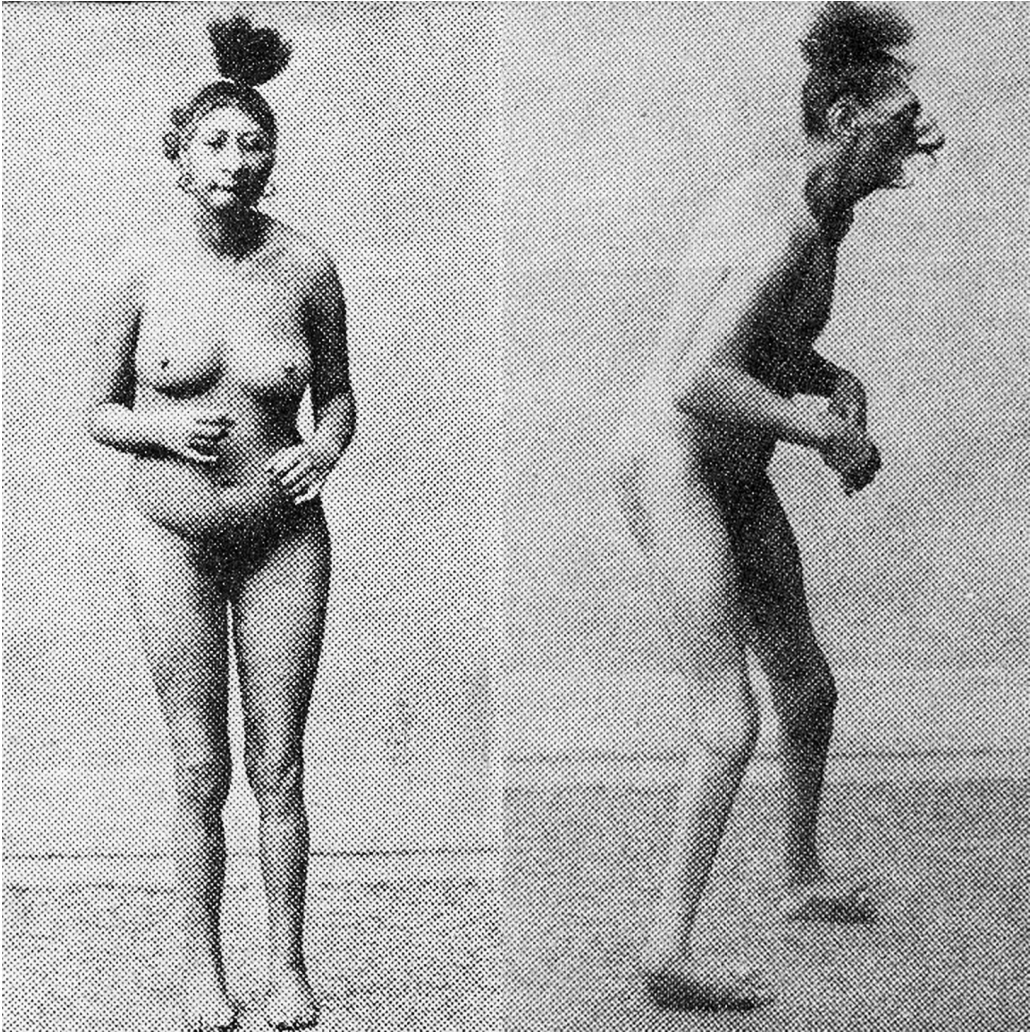
Fuente: Versión de la Universidad Francisco Marroquín.

Imagen 2. Máximo y Bartola



Fuente: The Special Collections Processing Center (SCPC) of the University of Pennsylvania's, sitio: <https://pennrare.wordpress.com/> Fecha de consulta: 10 de agosto de 2015.

Imagen 3. Fotografías de Máximo y Bartola publicadas por Virchow en 1901, *Zeitschrift für Ethnologie*



Fuente: Juan Comas, *Dos microcéfalos "aztecas": leyenda, historia y antropología*.

Imagen 4. Fotografías de Máximo y Bartola publicadas por Birkner en 1898,  
*Archiv für Anthropologie*



Fuente: Juan Comas, *Dos microcéfalos "aztecas": leyenda, historia y antropología*.



Imagen 5. Dibujo de Máximo por el doctor Dalton publicado por J.M. Warren en 1851, *The American Journal Medical Sciences*



Fuente: Juan Comas, *Dos microcéfalos "aztecas": leyenda, historia y antropología*.

Imagen 6. Dibujo de Bartola por el doctor Dalton publicado por J.M. Warren en 1851,  
*The American Journal Medical Sciences*

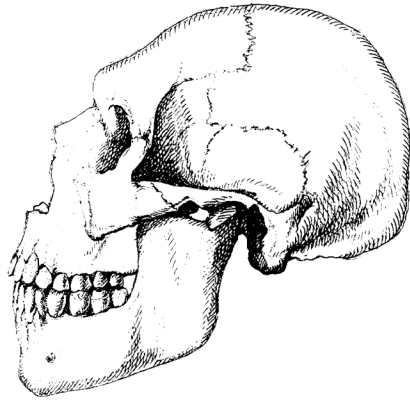


Fuente: Juan Comas, *Dos microcéfalos "aztecas": leyenda, historia y antropología*.

Imagen 7. Dibujo de Máximo en trabajo de R. Owen en 1853 y publicado en 1856



*Máximo.  
so-called Aztec boy.*



*Skull of an Idiot.  
preserved in St. Bartholomew's Hospital.*

Fuente: Richard Cull and Richard Owen, "A Brief Notice of the Aztec Race, Followed by a Description of the So-Called Aztec Children Exhibited on the Occasion", *Journal of the Ethnological Society of London*, vol. 4 (1856), p. 137.

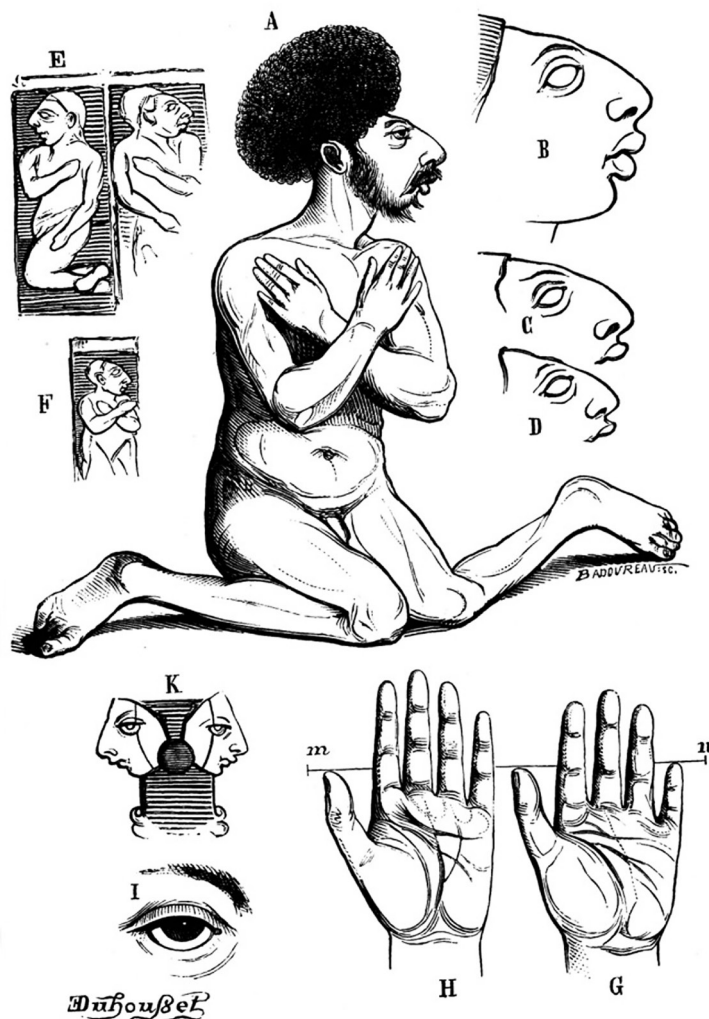
Imagen 8. Siameses Chang and Eng Bunker, 1865



Fuente: *New York Post*, 1 de noviembre de 2014.

Imagen 9. Dibujo de Máximo en la postura que en apariencia mantuvo por largo tiempo. A la izquierda, tres perfiles del Atlas de Waldeck, y a la derecha comparativo con esculturas de Palenque. Abajo, comparativo entre la mano de un europeo y la de Máximo, así como el ojo y la nariz convexa de éste, típica, según Hamy, de los aztecas a partir de un manuscrito mexicano.

Publicado por Hamy en 1875



Fuente: Ernest T. Hamy, “Quelques observations ethnologiques au sujet de deux microcéphales américains désignés sous le nom d’Azteques”, *Bulletins de la Société d’Anthropologie de Paris*, II<sup>e</sup> Série. Tomo 10, 1875, pp. 35-72.

Imagen 10. Perfil de Máximo publicado por Hamy en 1875



Fuente: Ernest T. Hamy, "Quelques observations ethnologiques au sujet de deux microcéphales américains désignés sous le nom d'Aztèques", *Bulletins de la Société d'Anthropologie de Paris*, II<sup>e</sup> Série. Tomo 10, 1875, pp. 35-72.

Imagen 11. Perfil de Bartola publicado por Hamy en 1875



Fuente: Ernest T. Hamy, "Quelques observations ethnologiques au sujet de deux microcéphales américains désignés sous le nom d'Aztèques", *Bulletins de la Société d'Anthropologie de Paris*, 11<sup>e</sup> Série. Tomo 10, 1875, pp. 35-72.

Imagen 12. Cartel sobre exhibición de Máximo y Bartola en el Palacio de Buckingham, 1853

**Extraordinary Penny Exhibition.**

**THE AZTECS!**  
A newly-discovered Tribe of Human Beings.

THE ONLY AZTECS YET INTRODUCED TO CIVILIZED WHITE PEOPLE.

Patronised by Queen Victoria, the Royal Family, and Court of Great Britain,  
On the 4th day of July, 1853, at Buckingham Palace,  
And the Emperors, Kings and Reigning Princes of every European Country, for the past 18 Years.



MAXIMO. THE BARTOLA.

**AZTECS!**

The most marvellous of all Human Beings ever seen by White people were discovered in the hitherto unexplored City of IKAMAYA, in Central America, 1849. They are totally unlike anything deemed Human—their Heads being formed like the head of an Eagle—Their Hair growing erect on the head, in form and dimensions of a huge grenadier's cap. Their frames are beautifully symmetrical, yet almost Lilliputian in size—eyes black and liquid—silky skin, of a deep olive colour—affectionate—amiable—intelligent—and pleasing in manner. THIS EXTRAORDINARY LIVING MAN and WOMAN constitute, according to the most scientific authority, the

**MOST MARVELLOUS EXISTING HUMAN PHENOMENA!**

They were formerly used by the Mayaboon Indians as living idols.  
*As they are shortly to return to America, after Eighteen Years' absence, they desire every one to see them.—They will be exhibited*

Daily at this Place, from 10 a.m. till 11 p.m.

Fuente: John-Michael Rivera, "Aztec Children", *Ecléctica*, julio-agosto de 2009. Sitio: <http://www.electica.org/v13n3/rivera.html> Fecha de consulta: 12 de abril de 2015.



Imagen 13. Anuncio sobre exhibición de Máximo y Bartola, sin fecha

**ROYAL AQUARIUM**

---

**NOW ON VIEW**

**EVERY DAY,**

From 2 p.m., till 11 o'Clock,

**THE AZTECS**

---

**THESE WONDERFUL PEOPLE**

Are the Only Two, left from a Nation of over 19 Millions.  
Hundreds of years ago. They were once a most powerful  
and prosperous race in Central America, but through  
War and degeneration, dwindled down to

**THE ONLY TWO PERSONS**

**Now on View Here.**

---

Hanson, Printer, 26, Denmark Street, Soho.

Fuente: John-Michael Rivera, "Aztec Children", *Ecléctica*, julio-agosto de 2009. Sitio: <http://www.ecléctica.org/v13n3/rivera.html> Fecha de consulta: 12 de abril de 2015.

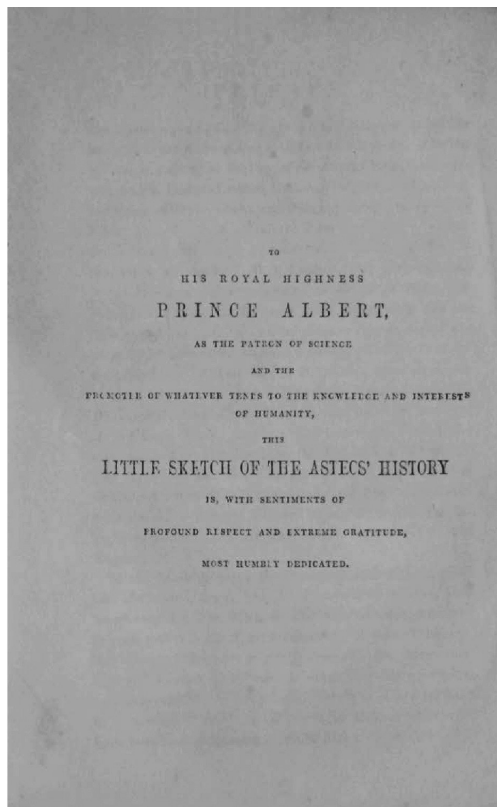
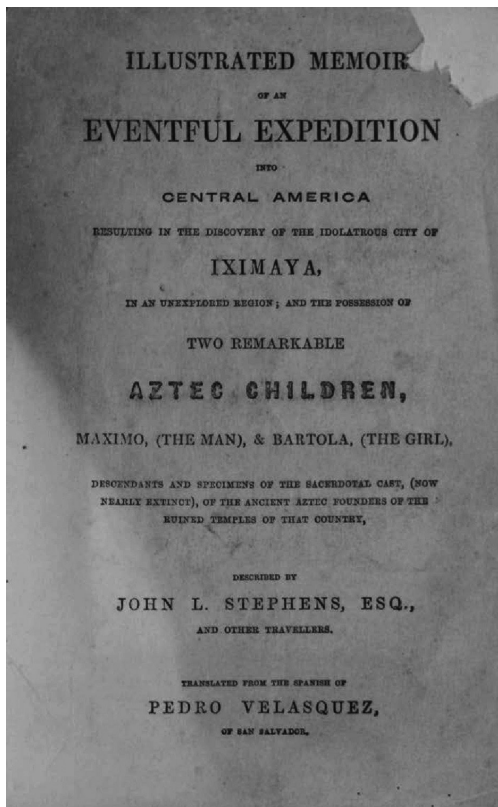
	Maximo.	Bartola.
Taille.....	135.5	131.9
Hauteur du trou auditif au-dessus du sol.....	124.7	122.7
— acromion, id. ....	113.2	116.9
— épicondyle, id. ....	88.7	80.2
— apophyse styloïde du radius, id.....	70.7	63.9
— médius, id. ....	»	49.5
— ombilic, id. ....	78.8	78.2
— pubis, id.....	68.2	66.0
— épine iliaque antérieure, id.....	78.7	74.3
— genou, id.....	37.5	33.6
— malléole, id.....	6.2	3.7
Largeur des épaules. ....	32 0	33 0
Diamètre antéro-postérieur maximum du crâne....	122	120
— — — iniaque....	118	118
— transverse.....	108	101
— biauriculaire.....	96	»
— bitemporal.....	106	100
— frontal minimum.....	74	66
Circonférence horizontale.....	396	403
Courbe iniaque.....	190	195
Hauteur de la face.....	123	»
Diamètre bizygomatique.....	104	104
— bimalaire.....	»	88
— maximum vertical de la tête.....	180	168
Verticale du nez.....	50	48
Ligne du dos du nez.....	50	47
Largeur transversale du nez aux ailes.....	33	36

**Quelques observations ethnologiques au sujet de deux microcéphales américains, désignés sous le nom d'Aztèques;**

PAR M. E.-T. HAMY.

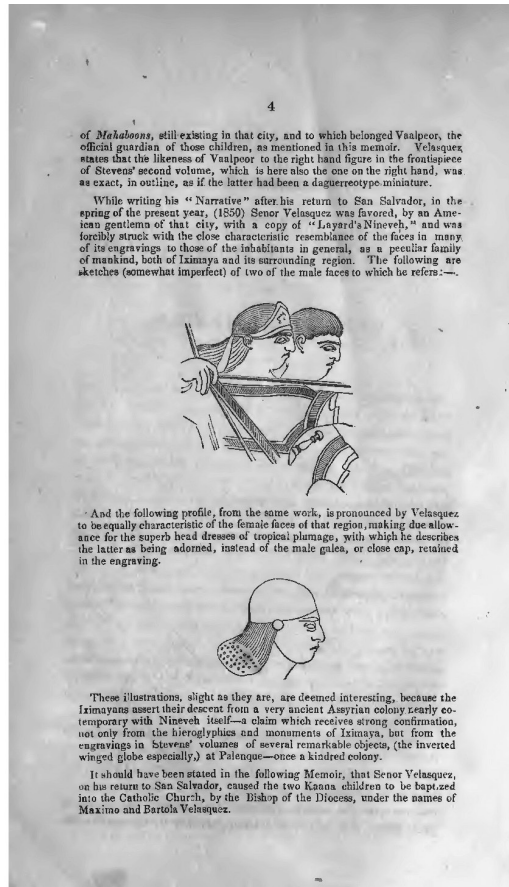
Les deux individus que l'on montre en Amérique et en Europe depuis 1850, sous le nom d'Aztèques et que M. Topinard a présentés récemment à la Société d'anthropologie de Paris, ont été pendant vingt-cinq ans l'objet de recherches assez sérieuses et de descriptions assez détaillées, pour qu'il ne soit plus permis aujourd'hui de contester l'origine pathologique du plus grand nombre des caractères exceptionnels qu'ils présentent. Maximo et Bartola (c'est sous ces noms qu'on désigne les deux sujets) sont sans aucun doute de véritables *microcéphales*. Ce diagnostic, très-facile à établir, a été nette-

Imagen 15. Portada y dedicatoria de *Crónicas ilustradas de una asombrosa expedición en América Central*, folleto posterior, sin fecha



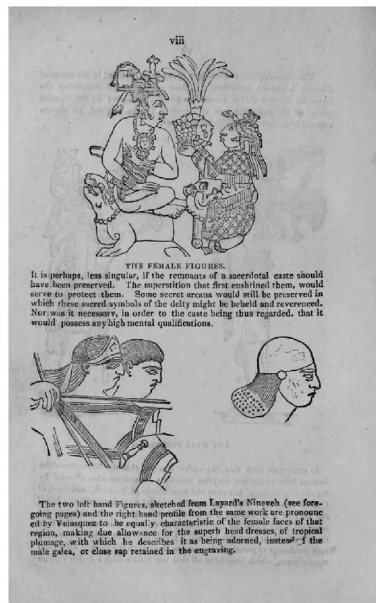
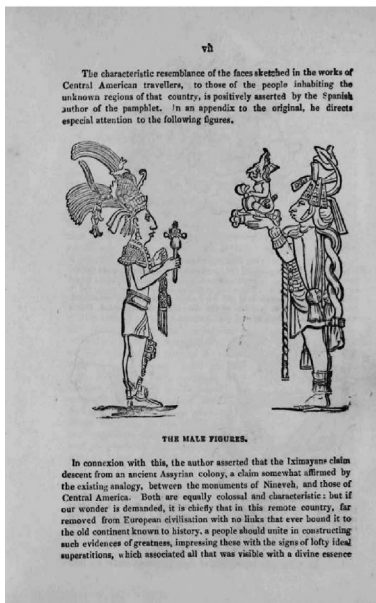
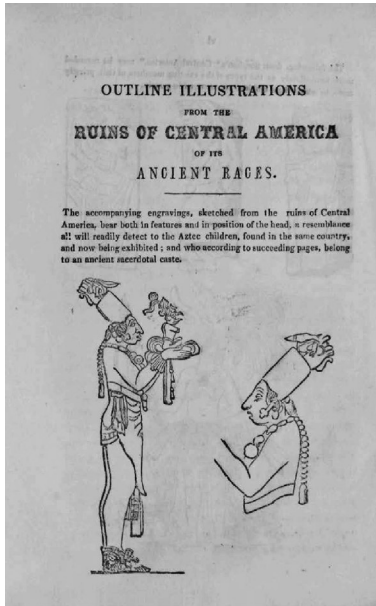
Fuente: Versión de La Trobe University, pp. 1 y 3.

Imagen 16. Imágenes contenidas en las Crónicas de una asombrosa expedición en América Central



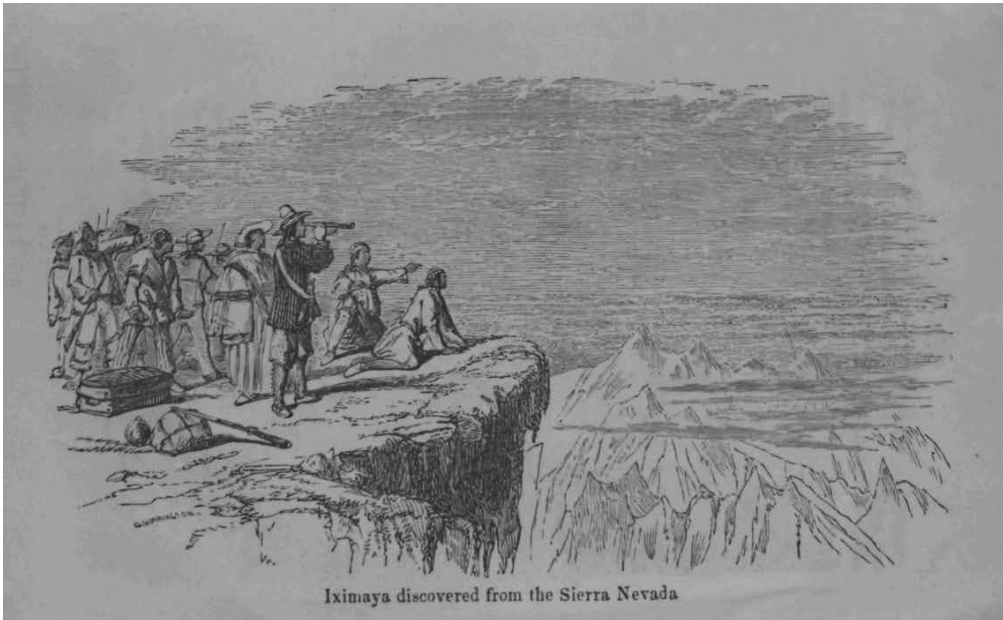
Fuente: Versión de la Universidad Francisco Marroquín, pp. 9 y 10.

Imagen 17. Imágenes contenidas en las *Crónicas ilustradas de una asombrosa expedición en América Central*

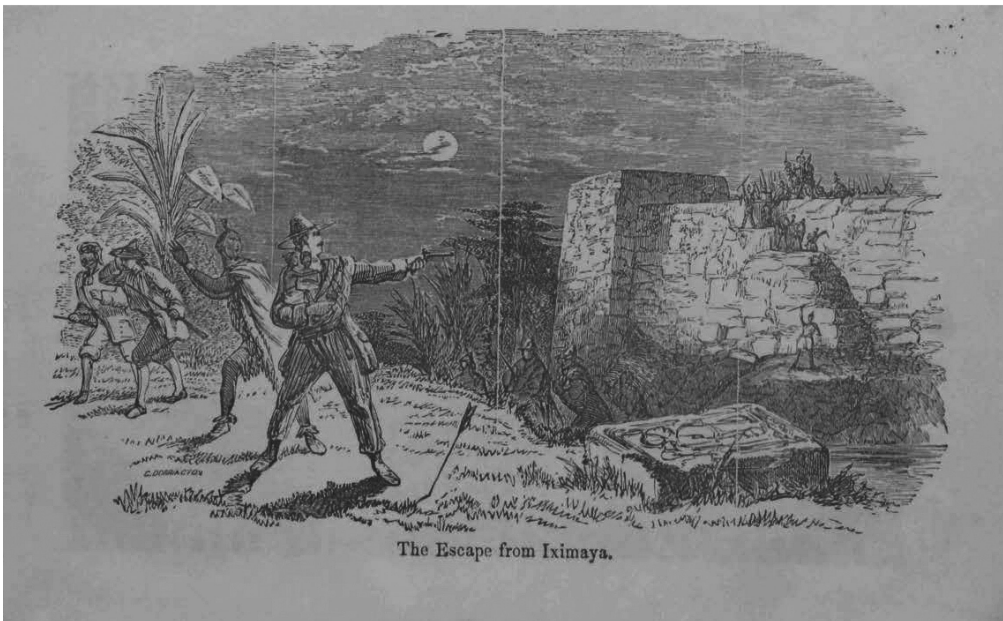


Fuente: Versión de La Trobe University, pp. 7, 8, 11 y 12.

Imagen 18. Gráficos sobre la vista de Iximaya desde la Sierra y el escape



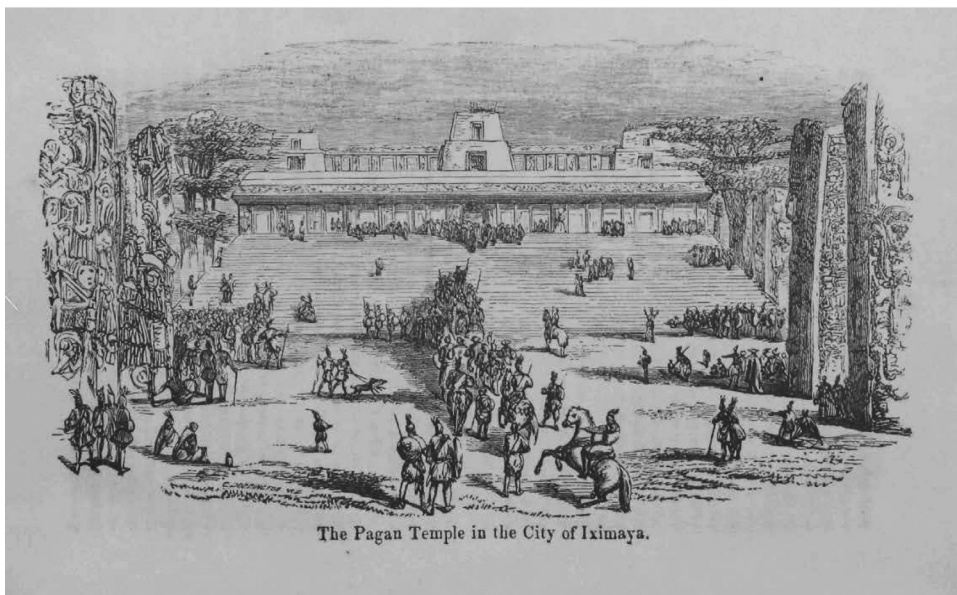
Iximaya discovered from the Sierra Nevada



The Escape from Iximaya.

Fuente: *Crónicas ilustradas de una asombrosa expedición en América Central*.  
Versión de La Trobe University, pp. 9 y 28.

Imagen 19. Culto de los *mayaboons* y templo pagano de Iximaya



Fuente: *Crónicas ilustradas de una asombrosa expedición en América Central*. Versión de La Trobe University, pp. 37 y 44.

Imagen 20. Presentación de los expedicionarios ante el emperador de Iximaya



Fuente: *Crónicas ilustradas de una asombrosa expedición en América Central.*

Versión de La Trobe University, p. 53.



Imagen 21. Última imagen del folleto con claras imágenes de Palenque representadas en Iximaya



Fuente: *Crónicas ilustradas de una asombrosa expedición en América Central*. Versión de La Trobe University, p. 60.

Imagen 22. Apuntes de Owen contenidas en el folleto

37

MEASUREMENTS OF THE AZTECS.

Taken by Professor Owen the 30th day of June, 1853, in London prior to the convening of a special Meeting of the Ethnological Society the President Sir Benjamin Brodie, and Secretary K. Cull, Esq. which was attended by all its members and by many Medical celebrities.

*BOY. (Maximo) GIRL. (Bastola)*  
17 years of age. 11 years.

	inches	lines	inches	lines
Height from sole to vertex	34	6	30	9
Length of Spinal Column	16	0	15	8
Arm (Humerus)	7	0	6	6
Ulna	5	9	5	3
Hand	4	0	4	2
Breadth of Hand	2	3	2	0
Length of Thumb	1	0	1	3
Middle Finger	2	0	2	0
Little Finger	0	11	1	3
Femur	9	3	8	6
Tibia	8	7	7	0
Foot	5	0	4	7
Circumference of Chest, under axillæ	20	5	19	7
Pelvis	17	6	17	0

The great Toe is well developed and the Foot otherwise well formed in both.

	Weight	23lbs	21½lbs.	
Circumference of Cranium (Head)	13	3	13	4
Antero-posterior diameter	4	3	4	6
Transverse diameter	3	9	3	10

From one Meatus Auditorius to the other

around the Forehead	7	6	7	2
Ditto over the Vertex	7	9	8	2
Ditto around the Occiput	5	7	5	5

From root of nose over Head to the occipital-spine

..	7	10	8	2
----	---	----	---	---

Length of nose

..	2	9	
----	---	---	--

MEASUREMENTS in Dec. 1850, by Dr. Warren, (Boston, America).  
"Dr. Warren, has been very minute in his examination."

"Boy.—Height - - - 33½ inches.  
Spine - - - 16  
Arm (humerus) - - - 6½  
Forearm - - - 5½

38

Hand, length	-	4	Breadth 2
Femur	-	9	
Tibia	-	7½	
Left lower extremity	-	17½	Foot 5 inch.
Circumference of chest	-	18½	
"    waist	-	17	
"    pelvis	-	17	
HEAD.—Circumference over hair	-	13	
Antero-posterior diameter	-	4½	
Bi-temporal diam. not quite	-	4	
From one auditory passage to other, around forehead	-	7½	
Do. over top of head	-	8	
Do. around the occiput	-	5½	
Fronto-occipital curve	-	8	
Ear	-	2	
Facial angle	-	60	

The pulse, observed at different times, varied from 80 to 100 irregular in rhythm, much increased on the slightest exertion.

GIRL.—Pulse regular, from 80 to 90. Resp. 20.

Height	-	29½ inches.
Spine	-	15½
Humerus	-	6
Ulna	-	5
Hand	-	4
Lower extremity	-	15
Circumference of chest	-	19
"    waist	-	16
"    pelvis	-	16
Head	-	13 in circumference.
Antero-posterior diameter	-	4¾
Lateral	-	3½
Over top of head, from one auditory passage to the other	-	8
Ear	-	1¾

The head of an infant at birth was as follows:

Ant.-post. diameter	-	4¾ inches.
Bi-temporal	-	1¾
Circumference	-	17¼
Over top of head from ear to ear	-	8
Occipito-frontal	-	8½

Fuente: Crónicas ilustradas de una asombrosa expedición en América Central. Versión de La Trobe University, pp. 57 y 58.



# Crónicas de una asombrosa expedición en América Central;

Descubrimiento de la fascinante ciudad de Iximaya en una región inexplorada donde se hallaron dos niños extraordinarios: los últimos ejemplares descendientes de la casta sacerdotal (casi extinta en la actualidad) de los aztecas, antiguos fundadores de los templos en ruinas de aquel país descrito por John L. Stevens y otros viajeros. Traducido del español de Pedro Velasquez, de San Salvador

Nueva York, Impreso por J.W. Bell, 178 Fulton Street. 1850

Traducción: Ulises Rodríguez Guzmán  
Revisión y comentarios: Miguel Ángel Díaz Perera

## Advertencia

*El documento traducido a continuación está fechado en 1850. Es posible que fuera el primero y, por lo tanto, inspiración de folletos similares, lo cual demuestra su valía como origen del debate sobre Máximo y Bartola. En el espíritu de mantener fidelidad al original, pero también de auxiliar al lector en la comprensión de las palabras, los lugares y, sobre todo, los errores de ubicación, así como para demostrar que hubo una muy cuidada intención de persuadir sobre la veracidad de la expedición hacia Iximaya, se anexaron datos explicativos en notas al pie de página, se colocó en cursivas lo que corresponde al supuesto diario de Pedro Velasquez y se cuidó de que la narrativa fuera más sencilla, por lo que se dividieron párrafos excesivamente largos sin demeritar la precisión en relación con el texto original. También se marcaron en cursivas las palabras en idiomas diferentes, aquellas del supuesto idioma de los nativos, y se veló por mantener los nombres propios de lugares y personas tal cual figuran en el original. La traducción fue realizada por el profesor tabasqueño y amigo Ulises Rodríguez Guzmán; los comentarios y aclaraciones son responsabilidad del firmante.*

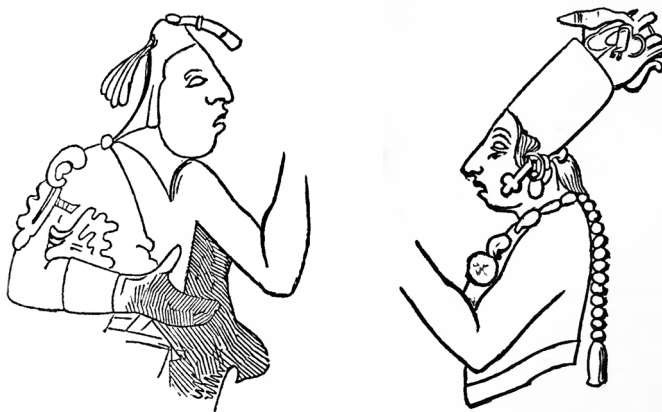
*El documento original fue publicado en 1850 por J.W. Bell y consta de 52 páginas. Fue digitalizado en 2010 y el original se encuentra en la Biblioteca Ludwig von Mises, de la Universidad Francisco Marroquín, en Guatemala (972.801 V434 CWE504), colección Siglo XXI. Se accede de manera pública y sin copyright a través del sitio: <https://archive.org/details/memoirofeventoostevguat>.*

Miguel Ángel Díaz Perera

## Ilustraciones de perfiles de las razas antiguas aún existentes en las ruinas de Iximaya, en América Central



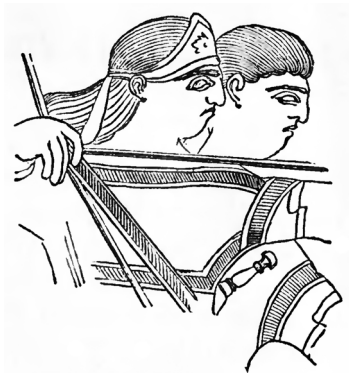
Las tres imágenes anteriores son esbozos de los grabados que figuran en la obra *América Central* de Stevens; ahí podrá consultarse el maravilloso e indiscutible parecido en cuanto a las características generales y la posición de la cabeza, si se hace una comparación particular, con los dos niños aztecas que viven, y ahora son exhibidos en Estados Unidos, de la antigua casta sacerdotal de *Kaanas* o *Emulaciones Paganas*, de los cuales aún perduran unos cuantos individuos en la recién descubierta ciudad de Iximaya (ver las siguientes *Crónicas*, pág. 64).



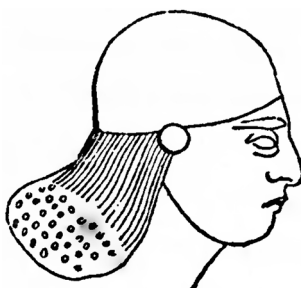
Estas dos figuras que se reproducen en la obra antes mencionada, según el señor Velasquez en un fragmento inédito de su narrativa, son “evidentemente similares”, poseedoras de un parecido excepcional a la casta sacerdotal —algo más numerosa— de *Mahaboon*, aún existente en esa ciudad y a la cual perteneció *Vaalpeor*, el tutor oficial de aquellos niños como lo refiere esta crónica. Velasquez establece que el parecido de *Vaalpeor* con la imagen de la derecha en

la portada del segundo volumen de Stevens, que aquí también se ubica a la derecha, era tan exacto en la silueta como si ésta fuera un daguerrotipo en miniatura.

Mientras escribía su “narrativa” después de retornar a San Salvador,<sup>1</sup> en la primavera del presente año (1850), un caballero estadounidense de esa ciudad le obsequió al señor Velasquez una copia de la *Nínive* de Layard,<sup>2</sup> y se sorprendió de manera excepcional por el estrecho y singular parecido de los rostros de los numerosos grabados con los rasgos de aquellos habitantes en general, como si pertenecieran a una familia particular de la humanidad, de Iximaya y su región vecina. Los bocetos que a continuación se muestran (algo imperfectos) pertenecen a dos rostros masculinos a los que él se refiere:



El siguiente perfil, en la misma obra, según Velasquez presenta un parecido excepcional con los rostros de las mujeres de aquella región debido a que porta el excelente tocado de plumaje tropical con que adornan sus cabezas, según lo describe, en lugar del yelmo varonil o casco cerrado que se observa en el grabado.



<sup>1</sup> San Salvador, actual capital de El Salvador, en las cercanías del Pacífico en Centroamérica.

<sup>2</sup> Así aparece en el original y se refiere a la obra del anticuario y diplomático británico sir Austen Henry Layard (1817-1894), titulada *Nineveh and its remains* aparecida en 1849 en dos volúmenes, producto de excavaciones en Mosul, Kuyunjik y Nimrud, ciudades asirias en las inmediaciones del río Tigris en el actual Irak. Layard fue administrador del Museo Británico y como precursor de la arqueología sobre la antigüedad publicó obras como *Discoveries among the ruins of Nineveh and Babylon* (1853) y *Early adventures in Persia, Susiana, and Babylonia* (1887), entre otras.

Estas ilustraciones, delicadas como son, se consideran interesantes porque los iximayas afirman ser descendientes de una colonia asiria muy antigua casi contemporánea a la misma Nínive, aserción que puede ser muy probable a partir no sólo de los jeroglíficos y monumentos de Iximaya, sino también de los múltiples y asombrosos grabados en objetos —en especial la esfera con alas invertidas— de Palenque, ciudad de gran linaje en otros tiempos.

Debería señalarse en las siguientes *Crónicas* que el señor Velasquez en su retorno a San Salvador consiguió que los dos niños *kaana* fueran bautizados por el obispo de esa diócesis, bajo el cobijo de la fe católica, con los nombres de Máximo y Bartola Velasquez.

## Crónicas de una asombrosa expedición en América Central

En el segundo volumen de sus viajes a América Central —ninguna obra alguna vez publicada en el país ha creado y mantenido tan alto grado de interés, ni aquí ni en el extranjero— el señor Stevens describe con entusiasmo las conversaciones que mantuvo con un padre inteligente y generoso, sacerdote católico de Santa Cruz del Quiché, antiguamente pueblo de Chajul; asimismo, escuchó de éste un emocionante relato tocante a inmensas y maravillosas antigüedades en un país cercano y que hasta ese momento eran enteramente desconocidas en el resto del mundo. El padre le habló de vastas ruinas en una región desolada y desértica, a cuatro leguas de Vera Paz, más extensas que la misma Quiché; y de una ciudad en ruinas al otro lado de la gran cadena de las Cordilleras de la cual nadie había dado cuenta.<sup>3</sup> Pero la más fascinante de todas las historias se refería a la existencia de una ciudad habitada, lejana, al otro lado de la gran sierra, extensa y poblada por indios de igual carácter y misma condición que aquellos que en general vivían en el país antes del descubrimiento del continente y de las devastadoras conquistas de los invasores.

El padre aseguraba que en sus años de juventud había escalado hasta la cúspide más alta de la serranía, a una altura de 10 a 12,000 pies; que en la cumbre desnuda se extendía ante sus ojos la inmensa planicie desde Yucatán al Golfo de México, y que además había observado en la más remota distancia “*una ciudad formidable distribuida en un gran espacio con blancas torres destellantes a la luz del sol*”. En relación con las costumbres de los nativos describe que ningún hombre blanco había conseguido llegar a esa ciudad; que los habitantes de lengua maya eran conscientes de que una raza de extranjeros había conquistado el país que los rodeaba y que por

---

<sup>3</sup> Se refiere a Verapaz, región reconocida durante la época colonial de Guatemala en la antigua Capitanía General de Guatemala que corresponde a una superficie similar a la actual Baja Verapaz, con capital en Salamá, y Alta Verapaz, con capital en Cobán, así como Santa Cruz del Quiché y Chajul, todas insertas en el macizo montañoso, cordillera con empinadas laderas de difícil acceso que los españoles no alcanzaron a conquistar y se mantuvo como zona de indios fugitivos y rebeldes; la sierra ocupa más de 16,000 kilómetros cuadrados.

esa causa asesinaban a cada hombre blanco que intentaba internarse en su territorio. Añadió que no tenían moneda u otra medida de cambio; mucho menos caballos, mulos ni otras bestias de carga domésticas excepto aves de corral; “y mantenían los gallos enterrados bajo el suelo para evitar que se escucharan sus agudos alborotos”. Advertimos que este relato acerca de sus escasos animales domésticos y de su perpetuo temor a ser sorprendidos, como se indica en este diálogo exiguo y fragmentado, es en muchos puntos contradictorio a lo descrito en aquellas expediciones venturosas que a continuación se referirán, puesto que al traspasar las murallas de su ciudad se dará más información sobre su economía y su condición interna de la que pudo haber adquirido cualquier nativo con todas las posibilidades de mantenerse en perfecta comunicación con los lugares más distantes del territorio como Quiché o Chajul.

El efecto de estas declaraciones extraordinarias del padre sobre lo que pensaba el señor Stevens, junto a las conclusiones que obtuvo finalmente de ellas, se entienden mejor en su propio lenguaje:

*“El interés que despertó en nosotros fue el más inquietante que he experimentado jamás. Una mirada a esa ciudad valía diez años de toda una vida. Si él dice la verdad, hay un lugar donde aún existen una ciudad e indios tales como los que Cortés y Alvarado descubrieron; allá habrá hombres que resolverán el misterio que persiste sobre los restos de las ciudades de América, quienes tal vez puedan ir a Copán e interpreten las inscripciones de sus pirámides. No existe ningún tema más obsesionante y atractivo que se haya presentado ante la mente de cualquier ser humano, y este sentimiento tan profundo jamás se borrará de la mía.*

*¿Será real? Ahora que reflexiono con más sobriedad, en verdad creo que hay más motivos para suponer que aquello que nos dijo el padre es cierto. Que la región a la que se refería no reconoce al gobierno de Guatemala y nunca ha sido explorada, y que ningún hombre blanco jamás ha pretendido internarse en ella; eso me llena de satisfacción. Por otros medios nos enteramos de que era visible una gran ciudad en ruinas, y supimos que una persona que había escalado hasta la cima de la sierra no tuvo la posibilidad de observar nada, pero esto ocurrió a causa de la densidad de las nubes que se posan sobre ella. De cualquier forma, el rumor en el pueblo de Chajul se ha generalizado; ha brotado la curiosidad y satisfacerla es inevitable. Tuvimos un ávido deseo de llegar a esa ciudad. Ningún hombre que no estuviera dispuesto a exponer su vida emprendería tal empresa con alguna esperanza de triunfo, permanecer exangüe uno o dos años en las fronteras del país estudiando el lenguaje y el carácter junto a los nativos, ganarse la plena confianza de alguno de ellos. Quinientos hombres podrían enfilarse directamente rumbo a la ciudad y la invasión sería más justificable que cualquiera realizada por los españoles; pero el gobierno está demasiado ocupado con sus propias guerras y el conocimiento no podría obtenerse sino al precio de la sangre. Dos jóvenes bien fornidos y*



que tuvieran el ímpetu necesario para resistir cinco años en el lugar podrían alcanzar la recompensa. Si el plan de la investigación no fuera más que una ilusión, en los escenarios salvajes de ese nuevo e inexplorado país habrá otros objetos de interés; pero si es real, además de la gloriosa emoción debida a tal novedad, ellos tendrán algo que recordar de sus vidas. Así como generalmente se magnifican los peligros, de igual manera el riesgo se descubre justo a tiempo y habrá escapatoria. Posiblemente, si se realizara algún descubrimiento, éste lo llevarían a cabo los clérigos. Si lo pretendiéramos por cuenta propia, con el desconocimiento del idioma y con los mozos que seguramente serían una molestia constante para nosotros, estaría fuera de nuestro alcance. Lo más que anhelamos es llegar a la cima de la sierra y desde allí observar a lo lejos la misteriosa ciudad, pero con algunas dificultades en el camino ante nosotros; en perspectiva, ello añadiría casi alrededor de diez días más de viaje: por cuatro días la sierra podría estar cubierta de nubes; si intentamos arriesgar demasiado podríamos perderlo todo. Palenque era nuestro mejor punto de referencia y determinamos no desviarnos del curso que habíamos concebido”. Vol. II, p. 193-196.

Sabemos ahora que los dos hombres jóvenes e intrépidos —posiblemente motivados por este pasaje en la popular obra del señor Stevens— fueron: el primero, un tal Huertis, oriundo de Baltimore, americano descendiente de padres españoles en Cuba, poseedor de una cuantiosa fortuna y que además viajó a Egipto, Persia y Siria llevado por el interés personal de registrar los monumentos antiguos; y, el otro, el señor Hammond, un ingeniero civil originario de Canadá quien por algunos años realizó estudios en Estados Unidos. Ellos acordaron emprender la peligrosa y romántica empresa, que se propusieron de manera cautelosa y trataron como caballeros.

Con una agenda específica y perfectamente equipados, incluyendo aparatos de daguerrotipo e instrumentos matemáticos, además de cincuenta fusiles de repetición en caso de que fueran necesarios como último recurso si ocurriera una confrontación armada, estos caballeros zarparon de Nueva Orleans y arribaron a Belice en el otoño de 1848. Allí se abastecieron de caballos, mulos y un grupo de diez experimentados indios y mestizos; después de seguir la ruta a través de una región salvaje, accidentada y selvática por alrededor de 150 millas en el Golfo de Amatique, se desviaron más al sureste, hacia Cobán,<sup>4</sup> donde llegaron en la mañana de Navidad, justo a tiempo para compartir el festejo y observar las peculiaridades de las ceremonias religiosas del gran festival católico en la calurosa familiaridad de aquella ciudad.

En este lugar, mientras deambulaban para recabar información y conseguir más guías para su próximo traslado a Santa Cruz del Quiché, conocieron al Sr. Pedro Velasquez, de San

---

<sup>4</sup> Amatique es en realidad una bahía al interior del Golfo de Honduras que se despliega desde la costa este de Guatemala y Belice.

Salvador, quien se presentó a sí mismo como un hombre de buena familia y educación, a pesar de ser un simple comerciante de tintas; él se encontraba en un destino intermedio, antes de volver a la capital, que por coincidencia se encontraba hacia donde se dirigía la expedición, por lo que amablemente puso a la orden de los dos viajeros americanos todo su conocimiento sobre el país, prestándoles además otros servicios útiles, por lo cual fue recibido con alegría como amigo y acompañante durante la travesía. De una copia manuscrita del diario de este caballero, el traductor obtuvo la única información conocida en Estados Unidos concerniente a los extraordinarios resultados de este viaje; en él se señala el destino de los señores Huertis y Hammond, los iniciadores de esta infortunada aventura, y de los guías, y de aquellos últimos y asombrosos especímenes de una raza *sui generis*, supuestamente hasta ahora fabulosos y extintos, que a la vez son un melancólico trofeo y única evidencia física. Así que en el futuro el público sólo podrá obtener cualquier información sobre este apasionante asunto del señor Velasquez, únicamente la que puede aportar su fragmentario documento.

Sin embargo, para no pecar por anticipado en el curso natural de esta narración, sería apropiado señalar que, antes de partir en su compañía desde Cobán, el señor Velasquez no fue informado de nada que tuviera que ver con el objetivo final del viaje por parte de sus compañeros, y mucho menos conocía aquellos volúmenes que describían los formidables vestigios de un antiguo imperio en su propia tierra, los cuales habían provocado su apasionante búsqueda.

Guiado frecuentemente por sus teorías mercantiles, las cuales al parecer le habían llevado a realizar largos viajes desde San Salvador, en el lado Pacífico de las Cordilleras, a Comyagua en el medio interior; y de ahí a Trujillo, Omoa, e Ysabal<sup>5</sup> en la Bahía y Golfo de Honduras, [Velasquez] había atravesado una gran parte del país y siempre se había visto sorprendido por la aparición inesperada de templos, pirámides y ciudades en ruinas de vasta magnitud y asombrosa mitología. Y siendo, como evidentemente parece, un hombre de inteligencia inusual y habilidades pedagógicas, indudablemente sintió, como él mismo lo afirma, una curiosidad profunda pero sin esperanza respecto a conocer el origen e historia de esas edificaciones. Incluso había visto y estudiado con empeño los numerosos y elegantes monumentos de Copán, pero no fue sino hasta que continuó con la segunda etapa del viaje de Cobán a Quiché cuando le mostraron los grabados del primer volumen de la *América Central*<sup>6</sup> de Stevens, en el cual aparecen tan fielmente detallados. Muchos de éstos le parecieron viejos conocidos, y algunos los identificó como más recientes, aquellos que habían escapado a su más rápida inspección; en este punto

---

<sup>5</sup> Trujillo y Omoa se encuentran en la ribera de la costa de Honduras; Comyagua hacia la región central; Ysabal probablemente corresponde a Izabal en el norte de Guatemala, colindante con Honduras, Belice y el mar Caribe.

<sup>6</sup> Se refiere a *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatán* publicado en 1841. Véase estudio introductorio.

definió detalles curiosos, y de inmediato lamentó la falta de tiempo para su completo estudio. Él, además, conocía al antisocial don Gregorio, de quien Stevens había recibido un trato nada hospitalario, y a muchas más personas de la cercanía de las ruinas, de quienes sabía sus nombres y estaba encantado con el parecido de sus retratos. El señor Velasquez confiesa que estas circunstancias le inspiraron una confianza desmedida en las declaraciones de los viajeros acerca de otras cuestiones; y cuando el señor Huertis le refirió la información adicional que al señor Stevens le había ofrecido el feliz, alegre y por demás inteligente viejo padre de Quiché respecto a otras ciudades en ruinas más allá de la Sierra Madre, en especial sobre la existente ciudad de los candones<sup>7</sup> soberanos, o indios no cristianizados, que supuestamente había contemplado desde una cumbre de la cadena montañosa; y cuando los señores Huertis y Hammond le dijeron que el principal objeto de esa peligrosa expedición era la exploración de esta ciudad, Velasquez añade que su entusiasmo se elevó al menos tanto como el fervor de sus compañeros y que, *“con más precipitación que prudencia, en un hombre maduro como era y que perseguía la búsqueda de beneficios comerciales, decidió unirse a la causa y ayudar a estos valientes jóvenes con su experiencia en viajes y su conocimiento sobre el comportamiento de los nativos salvajes de la región referida, y ser testigo del final de la aventura cualquiera que fuera”*.

Tomó esta resolución porque coincidieron varios hechos de los cuales sus compañeros fueron los primeros en ser informados. Él conocía íntimamente y había sido en varias ocasiones huésped del valioso cura de Quiché, de quien el señor Stevens había obtenido garantías de la existencia de la ciudad en ruinas de los antiguos aztecas, y sabía de la aún viva ciudad de los candones en un territorio no conquistado más allá de las montañas. Y se vio inducido a dar crédito a esta afirmación gracias a la más reciente y confiable crónica del padre, pues la historia del primero había sido verificada hasta el punto de convertirse en un hecho documentado. El mismo señor Velasquez durante el verano anterior se había unido a un grupo de varios extranjeros y nativos para explorar la antigua ciudad en ruinas, de prodigioso esplendor y alcance, en la provincia de Vera Paz pero a un poco más de 150 millas al este de Guatemala (en lugar de las 200 que el padre había supuesto), la cual superaba en magnificencia a cualquier otra ciudad en ruinas como las ya descubiertas en América Central o México. Se encontraba cubierta de vegetación con enormes árboles en medio de un espeso bosque, alejada de cualquier asentamiento humano y cercana al cráter de un antiguo volcán extinto en cuyas paredes perpendiculares, de 300 o 400 pies de altura, había pinturas de los nativos sobre guerras y procesiones idólatras, danzas

---

<sup>7</sup> Probablemente se refiera a los lacandones, gentilicio usado por los españoles en la época colonial para referirse a los indígenas “bárbaros” o de “montaña” que estaban ocultos en el interior de la selva de los actuales territorios de Chiapas, Guatemala y Tabasco. Este vocablo derivó en la designación de la Selva Lacandona.

y otras ceremonias, como las que se encuentran también en los monumentos arquitectónicos de los templos y que muestran un avance en las artes incomparablemente superior a todos los ejemplos precedentes. Como el buen padre probó con claridad y precisión este asunto, que conocía por sus observaciones personales, Velasquez no dudaría sobre la veracidad de un tema del que él mismo manifestó que hablaba desde la evidencia de lo que sus propios ojos habían contemplado.

Tranquilizado así el grupo, más entusiasmado que nunca por las posibilidades de éxito, continuó su viaje con nuevos ánimos. Aunque el señor Velasquez se abstenga modestamente de aludir al asunto, como ahora nosotros sabemos, no podría dudarse de que los señores Huertis y Hammond lo consideraran como una invaluable adhesión a su grupo de exploración. Él era un guía bastante confiable, conocía los dialectos de muchas de las tribus indias con las que seguramente se cruzarían, le eran familiares los principales escenarios y pueblos del trayecto, y además conocía los lugares y a las personas de quienes tal vez más tarde podrían obtener la mejor información concerniente al objetivo último de su viaje, en caso de ser necesario.

También parece, de acuerdo con un comentario secundario en su diario, que el señor Velasquez pudo haber sido su hombre de confianza durante los conflictos, en el caso de encontrar alguna ofensiva hostil durante el trayecto. Él había estado como voluntario bajo las órdenes del general Morazán durante los sanguinarios conflictos de la república, y había sido soldado en varias de las más arduas campañas durante la fiera batalla entre aquel militar y Carrera.<sup>8</sup> Así, él fue en todos los sentidos un apoyo como el que le hubieran rogado a la providencia que les enviara para completar la tan azarosa y atrevida empresa que habían proyectado e iniciado.

Desafortunadamente para el público, el diario del señor Velasquez, aunque fragmentado, es especialmente limitado en lo que concierne a los incidentes del viaje entre la capital de Vera Paz y Santa Cruz de Quiché. En este punto él parece haber asignado la tarea de anotar cada suceso casi por completo a sus dos amigos, anotaciones que probablemente se han perdido para siempre. Algunos de aquellos incidentes parecen, a pesar de su brevedad, haber sido de la más inminente y crítica importancia. El 2 de febrero de 1849 anota: “*a orillas de un brazo del río Sálamo,<sup>9</sup> por la noche atacaron alrededor de treinta ladrones indios, muchos de los cuales portaban*

---

<sup>8</sup> Se refiere a dos personajes relevantes de la historia centroamericana: el militar y político hondureño Francisco Morazán Quezada (1792-1842) que gobernó la República Federal de Centro América entre 1827 y 1838; y el militar conservador guatemalteco José Rafael Carrera y Turcios (1814-1865), mejor conocido como Rafael Carrera, que derrocó a Morazán, disolvió la República Federal de Centro América y se mantuvo como presidente vitalicio de la república de Guatemala.

<sup>9</sup> Probablemente se refiera al río Samalá que nace en el sur de Guatemala, en la sierra Madre, en el departamento de

*armas de fuego. El señor Hammond, acorralado justo en la línea de fuego, fue herido severamente en el hombro izquierdo. Nos habían perseguido seis leguas desde la hacienda rebasándonos por el norte y nos tendieron una emboscada; hubo cuatro muertos y tres heridos, de los demás no supimos nada. El desafortunado Juan, con varias heridas en el cuerpo, falleció esta mañana. Se perdieron dos mulas”.*

Después de esto, no hay nada escrito hasta el día 16, cuando llegaron a un lugar llamado San José, donde él refiere: *“Buena carne y aves de corral; el señor Huertis mucho mejor; el señor Hammond muy debilitado por una fiebre intermitente; mulas nuevas y buenas”*. Después, el 5 de marzo, en el pueblo indio de Axitzel, está escrito: *“Detenidos aquí durante cinco días; Hammond, fuerte y testarudo. Hemos acordado con Huertis que para estar fuera de peligro debemos aguardar el regreso del buen cura”*. Se encuentran pocas y sugestivas anotaciones, de forma irregular, hasta el 3 de abril, cuando él anota que el grupo llegó a salvo a Quiché y estaban a gusto acomodados en un convento. El jovial patriarca, así llamado a menudo, quien podría considerarse como el padre de la expedición aunque él lo ignoraba, parecía indefenso, si no es que pesimista, pues padecía alguna suerte de hidropesía; había perdido su acostumbrada jocosidad. Él declaró, sin embargo, que la imagen que el señor Velasquez había trazado de las ruinas a partir de su exploración el último verano le causó la misma profunda impresión que él había experimentado con anterioridad, cuando atravesó sus desoladas avenidas y solitarios palacios. Confirmó que eso ocurrió, con cada detalle, y en su narración reiteraba lo dicho; aquello que había expresado ante incrédulos e inmerecidos oídos habría *“actuado como cannabis en su vejiga”*, como sucedió ante sus ojos; y si él pudiera vivir hasta tener la oportunidad de ver publicada la descripción, tanto como para dejar callados a sus detractores, no dudaba de que aquello lo sanaría completamente y añadiría más años a su existencia. Persistía en su historia sobre la ciudad desconocida en la tierra virgen candonesa, tal como la pudo observar unos cuarenta años atrás desde la cumbre de la sierra, y prometió a los viajeros una carta para su amigo el cura de Huehuetenango para solicitarle que les procurara un guía hasta el sitio exacto donde ellos mismos pudieran contemplarla.

El padre —afirma Velasquez— cumplió esta promesa cabalmente en el transcurso de pocos días, según lo describe en su memoria, a través de un amanuense a quien dictó de una manera notable, a la vez que minuciosa y destacada, los puntos para la orientación del guía. El 10 de abril, los exploradores, que fueron todos reclutados por su buena salud y energía,

---

Tonicapán, y pasa por San Cristóbal Tonicapán y Quetzaltenango; no obstante, está considerablemente lejos de los sitios referidos en el documento.

partieron rumbo a Totonicapán, y desde ese lugar les trazamos una jornada a través de una sucesión de pequeños lugares hasta Quetzaltenango, donde permanecieron dos días, y desde ahí a través de los lugares llamados Aguas Calientes y San Sebastián hasta Huehuetenango. En esta parte de su ruta se describe un esfuerzo, peligro y agotamiento como el que nunca antes habían experimentado debido al carácter montañoso y al inhóspito clima, lo que ocasionó accidentes a los hombres y bestias y la pérdida de provisiones. No obstante, llegaron al fin a la ciudad mencionada, la cual alcanzaron justamente en la etapa más importante de su destino. Encontraron al cura y le entregaron la carta de presentación de su amigo, el padre de Quiché. Estaban algo desalentados al percibir que el cura desconfiaba un poco de la precisión de la memoria de su amigo, y les preguntó de un modo abrupto si creían en verdad en aquella visión remota de una ciudad desconocida desde la sierra puesto que, por su parte, siempre había considerado esa historia como una de las bromas más exageradas del padre, puesto que nunca había conocido persona alguna que tuviera poderes visuales semejantes a los que su amigo aseguraba poseer. *“Que la montaña era elevada, no cabía duda; pero no mucho más de la mitad de alta que como la hiperbólica memoria de su reverendo amigo la había concebido, y él temía mucho que el padre, en el transcurso de cuarenta años, hubiera repetido con frecuencia una imagen de su precoz imaginación, con lujo de detalles, que valorara como una realidad”*. Esto lo dijo en un muy suave y elegante español, sin embargo, dice el señor Velasquez, *“con un aire de digno sarcasmo sobre nuestra credulidad, lo cual estuvo muy lejos de ser agradable para los hombres, que estaban a punto de romper en llanto, abatidos por el increíble esfuerzo destinado a la búsqueda de un objeto así ridiculizado y que el cura consideraba una quimera”*. De esta parte del diario del señor Velasquez, por ser interesante y cuidadosamente escrita, ofrecemos su traducción sin eliminar nada:

*“El cura, no obstante, al darse cuenta de que su frío escepticismo no nos había contagiado como esperaba, y que nosotros estábamos más enfadados que vacilantes, se ofreció para proporcionarnos guías en el transcurso de uno o dos días, que estuvieran familiarizados con muchas partes de la sierra y que, por un buen salario, él no dudaba que así fuera, favorecerían nuestras expectativas y se esforzarían por cumplir con el más importante de nuestros deseos. Nos aconsejó, sin embargo, en el mismo estilo de disuasión punzante, que lleváramos con nosotros un barómetro y un telescopio, pues esos instrumentos, especialmente el último, nos podrían ser útiles para descubrir la ciudad perdida; y que el primero no sólo nos mantendría al tanto de la altitud de la montaña, sino también de las perspectivas meteorológicas más favorables. El señor Huertis respondió que adoptaríamos tales precauciones, en efecto, y que nosotros, no obstante, le proporcionaríamos cuando retornáramos a Huehuetenango la exacta longitud y latitud del lugar*

desde donde se llevara a cabo el descubrimiento. Él estalló en carcajadas y replicó que pensaba que sería mucho más fácil proveer este tipo de informes sobre la ubicación de los lugares en donde el descubrimiento podría fallar; y, diciendo esto, ahí mismo se puso la sotana para ofrecer misa, a la que, malhumorados, asistimos en silencio.

La mañana siguiente, dos hermanos mestizos bien parecidos nos esperaban con una extensa carta de recomendación del cura; eran los guías para la región de la sierra, aquella que estaba descrita en la carta del Padre de una forma tan particular, y en cuya descripción, añadía el cura, se había tomado muchas molestias para hacerlos entender. Al interrogarlos en torno a este asunto, nos sobresaltó, y de alguna manera nos desconcertó, su apacible seguridad, en un español claro, cuando nos informaron de que ellos no solamente estaban familiarizados con los puntos de referencia, los más grandes y los más pequeños, lo cual el cura les había hecho saber, sino que muchas veces habían avistado la ciudad que nosotros buscábamos aunque nadie, sino indios de sangre pura, se habían aventurado a internarse en ella. Esto era demasiado incluso para nosotros, optimistas y confiados como éramos. Compartíamos la sospecha de que el cura había cambiado su táctica y de que nos quería jugar una broma sobre nuestra credulidad: enviarnos a errar como tontos y reírse a costillas de nuestras penas. Que él había manipulado a los dos guías para conseguir su propósito: escarmentarnos por la fuerza, pues dijo que nunca había conocido hombre alguno que hubiera visto la ciudad desconocida; él recomendaba a estos mestizos, a quienes conocía desde su niñez, puesto que manifestaban haberla contemplado desde la sierra en varias ocasiones. A pesar de ello, el señor Huertis confiaba en que los muchachos decían la verdad, mientras que el cura posiblemente no era de fiar; y a la espera de que cayera en su propia trampa, en caso de que la hubiera, le preguntó a los guías sus términos que, aunque altos, aceptó sin objeción alguna. Dijeron que nos llevaría ocho días llegar hasta la parte de la sierra que se describía en la carta, y que podríamos esperar en la cumbre muchos más días antes de que las condiciones del tiempo nos permitieran ver con claridad. Estarían listos en dos días porque apenas habían regresado de San Antonio de Guista<sup>10</sup> a través de las montañas y necesitaban descansar y reponerse. Había una franqueza y simplicidad en estos muchachos que soportaba hasta el más severo escrutinio, y nosotros sólo podíamos admitir la desnuda posibilidad de estar equivocados.

Nos llevó tres días, sin embargo, conseguir las provisiones adecuadas para permanecer quince días en nuestra morada cerca del cielo; y el cuarto día (5 de mayo) ofrecimos nuestros respetos formales al cura e iniciamos nuestro ascenso —él nos recordó que no olvidáramos enviarle el reporte de la ubicación geográfica precisa de nuestro descubrimiento—”.

---

<sup>10</sup> Probablemente se refiera a San Antonio Huista, Huehuetenango.

El diario no fue retomado sino hasta el 9 de mayo, cuando el escritor refiere: “Nuestra altitud, según el barómetro esta mañana, es de 6,000 pies sobre el valle que atravesamos hace tres días; su vista y la de las montañas que lo rodean, con sublimes abismos, incluso grotescos contornos, todo deslizándose con la puesta de sol; una de las más inquietas maravillas que antes hubiera contemplado. Los guías nos informaron de que tendríamos que ascender 3,000 pies más, señalando un gigantesco pico delante de nosotros a una distancia aproximada de siete u ocho leguas; para conseguirlo, antes tendríamos que descender y ascender una inmensa barranca (desfiladero) casi a unos mil pies de profundidad de nuestra posición actual, y de tan difícil acceso que nos costaría muchos días. La ladera de la montaña, hacia el noreste, es perfectamente plana y perpendicular por más de la mitad de su elevación entera, como si esa prodigiosa sección hubiera sido cortada por la espada de San Miguel y arrojada con su propio pie entre la multitud de cimas que se encontraban abajo. Hasta aquí el viejo padre es exacto en cada detalle”. En una nota, opuesta a esta sinopsis, escrita de forma perpendicular al margen del manuscrito, el escritor subraya: “El promedio de la anchura del llano en la cresta de la sierra (esa es la elevación donde ellos acamparon por la noche) es casi de media milla, y exhibe frente a nosotros una bella extensión de tierras ondulantes, tan lejos como nuestros ojos pueden ver. Ni aves ni bestias, tampoco insectos, habitan en tal barranca”. El 10 de mayo apunta: “al borde del abismo, podemos arrojar las más pesadas piedras y ningún sonido regresa desde el fondo”.

La próxima fecha anotada en el diario es el 15 de mayo: “Recuperado el cuerpo de Sebastiano y la carga de la mula; su hermano construye una cruz para la tumba, y no se detendrá hasta que lo derrumben la sed y el hambre. Estamos demasiado agotados como para pensar en abandonar éste, nuestro primer campamento desde que descendimos. La actual elevación, un poco por encima de aquella cumbre frente a nosotros que abandonamos el día 11, es de al menos 3,000 pies, y tendremos que escalar más aún”. El 19 a las 4 p.m. anota: “Yo mismo, el señor Hammond y Antonio estamos en la cumbre más elevada, un sendero inclinado de roca desnuda, de alrededor de 15 acres. El padre acertó nuevamente. Al señor Huertis y a los otros sólo los escuchábamos cómo ascendían con mucho valor. Altitud de 9,500 pies. Absolutamente en las nubes, y el país entero abajo, invisible. El señor Hammond ya sangra por la nariz y ningún cigarro con qué detener el fluido”. A las 10 p.m., esa misma noche, escribe: “Todos duermen cómodamente excepto yo y el señor Hammond, que irá a medir la latitud en que estamos”. Después continúa: “La latitud es de 15 grados y 48 minutos norte”. Del lado opuesto, al margen, anota: “Mal resultado de tres observaciones de diferentes astros. Intentará medir la longitud mañana”. Al día siguiente, el 20 de mayo, registra: “Una mañana brillante y propicia, y todos, excepto el pobre Antonio, gozamos de plena salud y estamos emocionados. El viento, al noreste, según la brújula, empuja en remolinos



un ondeante océano de neblina hacia la bahía de Honduras, supongo. Antonio dice que el océano Pacífico podrá verse dentro de una hora; (en este momento todavía no aparece); cada instante se aclaran más las montañas más bajas. Imaginamos que vemos el Pacífico, una tenue llanura dorada, casi elevada a nuestra altura. Podemos observar parte del estado de Chiapas con bastante claridad”. A las 12, meridiano, dice: “El señor Hammond está tomando lectura de la longitud, pero descubre una diferencia de muchos minutos entre su excelente reloj y el cronómetro, y teme que el último se haya alterado a raíz de una sacudida. Ambos, el reloj y su dueño, sin embargo, sí han sufrido grandes sacudidas, pero el cronómetro ha permanecido en medio de una gruesa cobija y no ha tenido caídas. El señor Huertis, con unos binóculos, observa las líneas y los grupo de pirámides, en Chiapas”. A la 1 p.m. asienta: “El señor Hammond reporta la longitud, 92 grados 15 minutos oeste. El valeroso Huertis se encuentra extasiado con algún descubrimiento y no se moverá del telescopio por unos instantes. No cabe la menor duda de que se trata de la ciudad perdida del padre, pues se localiza exactamente en la dirección que él mismo indicó. Antonio dice que puede vislumbrarla a simple vista, aunque con poca claridad por el momento. Yo sólo puedo ver una línea blanca recta, como una saliente rocosa de sedimento marino en una llanura superior, al menos a unas veinte leguas de distancia en medio de un vasto anfiteatro de colinas, al noreste de nuestra posición hacia el estado de Yucatán. Este es sin duda el lugar que el padre vio, y puede ser una gran ciudad”.

A las 2 p.m. dice: “;Todas las dudas han sido despejadas! La hemos observado a través de la lente, con tanta claridad que parece que estuviera a unas cuantas leguas de distancia, clara y deslumbrante para el ojo desnudo. Es sin lugar a dudas una ciudad rica y monumental, de vastas dimensiones, dentro de altas murallas fortificadas, de tres o cuatro millas cuadradas, dispuesta hacia el interior al estilo egipcio, y sus cúpulas y torreones interiores poseen un rotundo aspecto oriental. A mi parecer no debe estar a más de veinticinco leguas de distancia desde Ocosingo, hacia el este, y casi en la misma latitud; y éste probablemente debe ser el punto desde donde se llegue a ella, viajando rumbo al este, aunque el curso del río Lagartos<sup>11</sup> parece llevar justamente hacia ella. Es todavía un lugar habitado, lo que es evidente por las cúpulas de sus templos o iglesias; templos católicos no pueden ser, ya que tendrían un arzobispo y serían muy bien conocidos por el mundo civilizado. Debe ser una ciudad pagana altamente protegida que se libró de ser conquistada por su remota posición geográfica; retirada, emancipada y siendo en soledad el centro de la gente de sus alrededores. Puede que ahora la ciudad se abra a la luz de la verdadera fe”.

---

<sup>11</sup> Río fronterizo también conocido como río Lagartero que tiene nacientes entre México y Guatemala (departamento de Huehuetenango) y confluye con la corriente del Nentón y del Azul para, poco antes de desembocar en el vaso de la Angostura, dar vida junto con el Cuilco (o San Miguel) al río Grijalva, nombrado en ese fragmento como río Grande de Chiapas.

Iniciaron su descenso ese mismo día y por la noche descansaron en el mismo lugar en que habían acampado anteriormente, un estrecho refugio de la sierra. Ahí, al borde de un peligroso barranco con el que inevitablemente se toparon, revisaron los planes para sus futuras acciones. Finalmente acordaron que los señores Huertis y Hammond, acompañados por Antonio y los arrieros, en la medida en que pudieran convencer a estos para continuar la expedición, deberían seguir la travesía hasta llegar al fondo de la barranca, en su curso hacia el noreste, en la que, de acuerdo con Antonio, el río Lagartos se abastece de agua y un pueblo grande está asentado junto a sus orillas, el cual habían visto a unas cinco leguas de distancia. Mientras, el señor Velasquez volvería a trazar su antigua ruta por el camino de Huehuetenango a Quetzaltenango, donde habían depositado los excedentes de sus armas y municiones, además de reclutar un poderoso grupo de indios que sirvieran de guardias en un eventual ataque por parte de los pobladores de esa región inexplorada donde estaban resueltamente obligados a volver. Mientras tanto, Antonio debía regresar a casa en Huehuetenango, aguardaría la llegada de Velasquez con su grupo armado proveniente de Quetzaltenango, y los conduciría por las montañas al pueblo en las planicies, donde Huertis y Hammond permanecerían hasta que ellos llegaran. Al parecer al señor Velasquez le habían provisto de una fuerte cantidad para el reclutamiento de servicios, y a la vez, el señor Huertis también le suministró a Antonio una suma bastante considerable, además de la paga que tenía estipulada, medios que usaría además para ofrecer misas por el reposo del alma de su desdichado hermano.

De las aventuras de los señores Huertis y Hammond durante el largo periodo antes del retorno de Velasquez no sabemos nada en absoluto; tampoco conocemos los posibles sucesos más destacados de sus actividades en ese mismo lapso anotado en su diario. La próxima fecha es el 8 de julio, cuando lo hallamos de vuelta sin percances con *“casi todos los hombres prometidos”* en un pueblo indio llamado Aguamasinta, donde sus ansiosos compañeros estaban contentísimos de recibirle, y donde *“habían obtenido información valiosísima con respecto a los planes más adecuados para alcanzar su objetivo final”*. Después de esto, les seguimos el rastro sólo en breves apuntes, por unos cuantos días, en el tortuoso curso de Lagartos, donde se cierra el diario de manera abrupta y definitiva. El resto del relato sobre la expedición fue escrito por el señor Velasquez de memoria, después de su regreso a San Salvador, mientras revivía los emocionantes sucesos y escenas que describía, sostenido por los sentimientos que los inspiraron originalmente. Como este documento tan interesante será traducido por la prensa pública tan pronto como se obtenga el consentimiento del actual propietario, el autor de este panfleto de lo que menos se lamenta es del muy limitado uso del mismo al que ahora se ve restringido —lo cual no consiste más que en llevar a cabo un mero compendio y resumen de

tales incidentes, que serían útiles para explicar el origen y posesión de aquellos especímenes *sui generis* de la humanidad, el hermano y la hermana aztecas, que en estos momentos se exhiben en Estados Unidos. De los párrafos introductorios nos tomamos la libertad de citar al pie de la letra lo siguiente:

*“Nuestra latitud y longitud eran ahora 16° 42° N y 91° 35° O,<sup>12</sup> así que el asombroso anfiteatro de colinas, que formaba tres cuartos del contorno oval de las accidentadas cumbres a pocas leguas ante nosotros, rodeaba con toda probabilidad el misterioso objeto de nuestros ansiosos e inciertos trabajos. Los pequeños grupos de indios que nos habíamos cruzado en el curso del día evidentemente se sobresaltaron y mostraron una absoluta extrañeza; se tornaron pasivos e involuntariamente hospitalarios, y mantuvieron una dura y aprehensiva reserva en la mayoría de sus respuestas a nuestras preguntas. Hablaban un dialecto extraño del maya que nunca había escuchado con anterioridad, lo cual me causó grandes dificultades para entenderlo a pesar de que muchos de los indios mayas de nuestro grupo de expedición lo comprendían con familiaridad y lo hablaban con fluidez. Por ellos nos enteramos de que jamás habían visto hombres de nuestra raza, pero sí un hombre de la clase del señor Hammond, de complexión fuerte, rubicundo, de patillas rojizas, que había sido sacrificado y comido por los macbenachs, o sacerdotes de Iximaya, la gran ciudad entre las colinas, hacía treinta lunas. Nuestros intérpretes expusieron que la palabra ‘Iximaya’ significa ‘Gran Centro’, y que ‘Macbenach’ se traduce como ‘un Gran Hijo del Sol’. Por el momento resolví emplear todo mi tiempo en aprender más el dialecto de aquellos hombres, pues decían que esta lengua la hablaban los pobladores de Iximaya y sus alrededores. Me pareció que aquello era simplemente una corrupción provinciana, o típica de la localidad, del extenso cuerpo de la lengua maya, la cual ya conocía, así que en el curso de la conversación del día siguiente me di cuenta de que podía aprenderlo con mucha facilidad.”*

A raíz de esta circunstancia el autor está probablemente endeudado con la vida. Otro día, los decididos exploradores se acercaron al circuito montañoso donde se sitúa Iximaya y la encontraron confiada, de una máxima grandeza, en el centro de una llanura perfectamente a nivel, con un diámetro de alrededor de cinco leguas, a una distancia de apenas dos leguas de donde habían partido. Al pie de todas las montañas, elevándose sobre sus costados y extendiéndose casi una milla hacia dentro sobre la llanura, había un bosque verde oscuro de árboles colosales y floridos arbustos que la abrazaban cual guirnaldas; mientras el valle exhibía grandes extensiones de cultivos, protegidos por palizadas monótonas y regulares en tamaño

---

<sup>12</sup> Tales coordenadas corresponden a las cercanías del margen derecho del río Jataté a una distancia aproximada de 60 kilómetros de Ocosingo.

y forma. *“Grandes manadas de ciervos, ganado y caballos se observaban en los claros del bosque, sueltos por la llanura, que estaba incluso salpicada de alojamientos con bajos techos de piedra, en pequeños grupos o aldeas separados. Ricas zonas boscosas de formas irregulares bordeadas de gigantescas palmas africanas se encontraban dispersas en el paisaje, con el firme contraste de la brillantez de los lagos cuyas aguas resplandecían entre ellos”*.

Mientras los expedicionarios, con sus cabalgaduras y equipaje, miraban fijamente esta escena, dos jinetes vestidos con brillantes túnicas azules y amarillas, con turbantes decorados con tres plumas de quetzal, se situaron ante ellos en la espesura del bosque a una distancia aproximada de doscientas yardas, en corceles de alta crianza española, acompañados por un extenso séquito de indios atléticos, igualmente bien montados, ataviados con rojas túnicas brillantes, coronados de coloridos plumajes cuidadosamente dispuestos en una banda de tela azul. Cada jinete portaba una lanza cuya punta tenía un pulido metal, y cada uno sostenía de una correa un soporte que sujetaba un sabueso de caza español. Dos líderes de la tropa, indios de gran estatura que parecían estar al mando, repentinamente dieron un rodeo con sus caballos y observaron a los intrusos fijamente con asombro. Sus seguidores evidenciaron sorpresa a la par, mas no olvidaron su rango y atavío militares, mientras los sanguinarios sabuesos se lanzaban encolerizados contenidos por sus cinchas.

*“Mientras los líderes”, apunta el señor Velasquez, “parecían determinados a examinar a cada individuo de nuestro grupo, como si calladamente debatieran sobre el inicio de una acometida inmediata, uno de los indios de los que había estado aprendiendo el dialecto dio un paso adelante e informó que eran un destacamento de guardias rurales, una muy numerosa fuerza militar, que habían sido designados desde tiempos inmemoriales, o al menos desde la invasión española, para cazar y capturar forasteros de raza extraña que fueran encontrados a un margen de doce leguas de la ciudad, y nos repitió lo que nos dijo desde un principio, que ningún hombre blanco hasta el momento había eludido su vigilancia o había abandonado vivo su ciudad. Señaló que se contaba que muchos de los conquistadores del ejército de Alvarado habían sido decapitados de esta manera y que nunca se supo más de ellos, mientras que sus cráneos y armas se encontraban actualmente en los altares de los dioses paganos. Finalmente añadió que, si deseábamos escapar de tal destino, ésta era nuestra oportunidad; que si designábamos treinta y cinco hombres con rifles podríamos destruir con facilidad el destacamento, que sumaba unos cincuenta, y asegurar nuestra retirada antes de que otros se sumaran al contingente; pero para poder conseguir esto, primero necesitábamos disparar contra las fieras, a las cuales nuestros indios observaban con sumo pavor y pánico.*

*Al instante sentí la gravedad de este consejo, que también apoyaba el señor Hammond; pero el señor Huertis, a quien como líder de la expedición estábamos obligados y solemnemente*

*comprometidos a obedecer, rechazó con firmeza la proposición. Había llegado hasta aquí para contemplar la ciudad y lo haría de cualquier forma, prisionero o no, tanto si lograba regresar alguna vez de ella como si no lo hacía; éste había sido el trato original al que había dado mi consentimiento; dijo que la tropa situada ante nosotros no era evidentemente una banda de salvajes, pero tampoco un cuerpo civilizado de hombres y buenos soldados, y que sus perros no eran animales nobles de la mejor raza que hubiera visto jamás. Y que su amigo Hammond y yo, sin embargo, temíamos ser devorados en lugar del abundante filete fino y de la carne de venado que habíamos visto en la llanura; que realmente se sentía alarmado por las leyendas de pesadilla de nuestros indios vagabundos antes de que el otro bando diera alguna muestra de hostilidad; y que podíamos sentirnos libres si deseábamos partir con tres cuartas partes del destacamento y batirnos en retirada como pudiéramos, pero que él avanzaría acompañado de Antonio y del resto del grupo hasta las puertas de la ciudad y solicitaría un recibimiento pacífico. Yo no podía más que admirar la romántica intrepidez de esta decisión, aunque dudé de su prudencia; le aseguré que estaba listo para acompañarlo y compartir el mismo destino.*

*Mientras sosteníamos esta conversación, los jefes indios tuvieron una conferencia de aparente gravedad e importancia. Tan pronto como el señor Huertis y yo acordamos avanzar hacia ellos y establecer un diálogo, se separaron sin dignarse contestar a nuestro saludo; el mayor y más engalanado galopó hacia la ciudad acompañado por una pequeña escolta, mientras el otro cruzó rápidamente frente a nosotros a la cabeza de su escuadrón y se introdujo en el bosque por la entrada más cercana del valle. Este claro en las colinas tenía escasamente un cuarto de milla de amplitud; transcurrieron pocos minutos antes de que viéramos cómo un sólo jinete la atravesara hacia el bosque en sentido opuesto. Al poco tiempo divisamos otra tropa de caballos con sus jinetes ataviados del mismo modo que los anteriores que entraban en este claro del bosque; así, era evidente que habían realizado una maniobra para impedir nuestra retirada. Las montañas que rodeaban por completo la planicie eran absolutamente perpendiculares en tres cuartas partes de su altitud, altura que por ninguna parte era inferior a mil pies; y desde muchas partes de los salvajes contornos sobresalían riscos de formas monstruosas colosales, como ondas de humo que se sumergían en el bosque. En ningún punto de este vasto e impenetrable límite había una sima o declive perceptible a través del cual pudiéramos salir a menos de que fuéramos interceptados con dureza.*

*Nuestro primer recurso consistía en retirar hacia el bosque nuestras cabalgaduras por un caudaloso arroyo que apresuraba su caída en un vado y restablecer nuestras exiguas fuerzas con alimento y descanso. En la trayectoria a través de las rocas en busca de un lugar conveniente donde el agua fuera apacible, Antonio descubrió que ésta salía de una caverna y,*

*aunque desde fuera sólo aparentaba ser una pequeña grieta, por dentro semejaba una catedral por su dimensión y solemnidad; entramos en ella y bebimos ansiosos de una espumosa cuenca que inmediatamente apareció ante nuestros enfebrecidos labios. Nuestras primeras sensaciones fueron de libertad e independencia, ambas, base de una perfecta seguridad. Pasó mucho tiempo desde que nos habíamos quedado dormidos bajo este excepcional refugio, mientras unos pocos hombres resguardaban nuestro reposo de un asalto enemigo; pero yo no tenía la menor duda de que unos cuantos agresores atentos serían suficientes para reducirnos al hambre o aniquilarnos uno a uno. Nuestra seguridad era la de una prisión, y nuestra libertad estaba limitada por sus muros. Felizmente, sin embargo, a esas alturas estos pensamientos no inquietaban a nadie. Numerosos objetos de asombro y veneración se descubrían ante nuestra mirada. Gigantescas estatuas de antiguos guerreros con sus escudos circulares, yelmos en forma de arco y armaduras cuadradas, curiosamente enmallados y adornados, permanecían de pie en alto relieve con sus graves rostros y sus miembros en orden regular como columnas alrededor de los muros de tan grandioso mausoleo. Muchas de ellas estaban situadas de acuerdo con el resplandor carmesí de la puesta de sol, que entonces inundaba la alta grieta de la caverna; y en la profunda oscuridad en la que largas filas de estatuas desaparecían totalmente de nuestra mirada se proyectó una escena a la vez misteriosa y esplendorosa. Era obviamente un asentamiento grandioso y reciente para hombres y caballos, por sus abundantes provisiones de fresco forraje que estaban acopiados, para los últimos, en pilas de piedra; también, las cenizas de múltiples fogatas mezcladas con restos de mocasines y trozos de pipas y alfarería atestiguaban la ocupación como vivienda de los primeros. Más al interior se encontraban asientos y divanes para dormir trabajados en mimbre; y en un nicho espacioso, junto a la entrada, una extensa colección de huesos de buey y ciervo, con pieles también de ambos, que habían sido recién desollados y colgados en perchas por los cuernos. Esta última evidencia de buen vivir causó más efecto en nuestros hambrientos indios que en el resto de nosotros, y una hora antes de que nos inundara la oscuridad, mientras tratábamos de conciliar nuestro primer sueño, aproximadamente una docena de nuestros hombres, que creíamos que estaban protegiendo nuestra ciudadela, trajeron cuatro ciervos exquisitos. No es necesario referir que nos levantamos con alegría ante el rico alimento que pronto probaríamos, pues no habíamos comido nada más que nuestra escasa ración de tortillas durante varios días y languidecíamos a causa de la hambruna”.*

Seductores como resultan estos pasajes, deberíamos evitarlos y apresurarnos haciendo un resumen de los acontecimientos que sucedieron. Hay, no obstante, un incidente singular que se menciona inmediatamente al anterior, que presenta una conexión demasiado importante con la catástrofe final y que no se ha tomado en cuenta hasta ahora. El señor Hammond, el

ingeniero canadiense, temiendo que la singularidad de su apariencia blanca y rubicunda en medio de una raza morena lo metiera en graves problemas, y que tal vez sería arrastrado al horrible destino de aquel hombre blanco que habían mencionado los indios, resolvió teñirse la piel de una tonalidad más oscura con una mezcla química que él mismo se había procurado como una medida de precaución antes de abandonar Estados Unidos. Con la amable asistencia de Antonio, practicó esta metamorfosis sobre su persona antes de ir a reposar: se afeitó los rojizos bigotes y su cabello claro se tornó oscuro azabache; y tan perfecto fue el disfraz, que ninguno de aquellos que habían partido a la caza de venados lo reconoció a su regreso, pero se maravillaron cuando éste se sentó para cenar y se preguntaban de dónde había salido tan singular extranjero. Velasquez afirma, sin embargo, que su nueva apariencia era tan distinta a la de cualquier ser humano en la faz de la tierra, que disminuyó muy poco la certeza de que se convertiría en un objeto de curiosidad en medio de una población nativa.

A la mañana siguiente, antes de clarear el día, de repente se oyeron en la caverna los maléficos ladridos de una manada de sabuesos; los exploradores apenas pudieron asir sus rifles antes de que muchas de las bestias sanguinarias, que irrumpieron frente a los aterrorizados guardias, saltaran sobre sus gargantas. El señor Huertis, el guía americano de la expedición, con la entereza que parece siempre haberlo distinguido, les aseguró que los rifles serían inútiles en esta batalla y que vencerían a las bestias con los largos cuchillos tan pronto como fueran apareciendo, mientras que las armas de fuego se reservarían para derrotar a sus amos. Esta carnicería de perros se realizó pero con grandes dificultades; ninguno de los expedicionarios sufrió lesiones de gravedad a causa de los filosos colmillos de las fieras; los indios se vieron alentados por una victoria que había consistido principalmente en la conquista de sus propios miedos. Estos desdichados sabuesos, así parecía, eran la avanzada de una manada, o quizá simplemente los habían soltado para reconocer la posición de los enemigos cuando los demás se mantenían en reserva, pero de éstos no se supo por algún tiempo. Mientras tanto, el señor Huertis parecía haber ideado un brillante plan. Reunió a todos los expedicionarios en el ramal oscuro de la caverna, cerca de la entrada, el cual se describió como el depósito de huesos de los animales, les ordenó colgar los rifles a sus espaldas y les requirió estar listos cuchillo en mano. Casi al instante observaron un destacamento de diez nativos sin caballos a la entrada de la caverna en una sola fila, vestidos con túnicas escarlata y armados con lanzas; pareciera que, al ver que los sabuesos habían sido asesinados y ningún rastro de los enemigos a la vista, se apresuraron a salir sin internarse más dentro de la gruta. No obstante, volvieron en pocos minutos con unos cuarenta o cincuenta hombres más, vestidos de igual forma, guiados por el más joven de los dos personajes que habían visto al mando la tarde anterior. Tan pronto como

avanzaron al interior de la gruta y percibieron la inquietud de las mulas, el señor Huertis y sus hombres salieron sigilosamente y agarraron sus caballos, que estaban atados juntos, cuidados por dos o tres hombres a los que desarmaron. A una corta distancia, sin embargo, parado en orden estaba otro escuadrón de caballos, a los cuales el señor Huertis determinó cargar al instante. Mandó a su escuadrón que montara sobre los nobles sementales que ellos mismos habían capturado, y reservar los disparos hasta que él diera la orden; él, Velasquez y Hammond se armaron con los cortos sables que habían llevado durante su marcha y dirigieron la ofensiva. Los desinformados nativos, sin embargo, no esperaban el encuentro, por lo que se dispersaron asombrados y consternados, sin duda bajo la impresión de que sus camaradas habían sido asesinados. Pero el rápido acercamiento de un destacamento mucho más numeroso —que pudo haber estado constituido por dos destacamentos de cincuenta hombres cada uno, justo el doble de los suyos— los tranquilizó y se alinearon con este poderoso refuerzo; los ciento cincuenta derrotarían a nuestro puñado de viajeros a su vertiginoso paso.

Huertis sin demora ordenó el alto a su pequeño pelotón y lo formó en dos líneas con las armas dispuestas; sin duda sintió que, a pesar de la disparidad en el número de hombres, el enemigo, armado únicamente con lanzas y pequeñas hachas, tenía una remota oportunidad de vencer a una avanzada de treintaiocho hombres —en su mayoría viejos veteranos en las sanguinarias expediciones del terrible Carrera— armados con novedosos rifles de seis cargas y largos cuchillos, sabiamente capitaneados, para apuntar a los caballos únicamente, hasta recibir nuevas órdenes. Mientras tanto, sus emplumados oponentes, en vez de usar sus lanzas como en la lucha cuerpo a cuerpo, las arrojaban por el aire a gran distancia y casi caían cerca del blanco —una infalible muestra de timidez e inexperiencia en la acción—. El desventurado señor Hammond, empero, fue herido en el torso derecho; otro del comando murió al ser atravesado por una lanza justo en las entrañas. Al instante, Huertis dio la orden de fuego; en seguida, no pocos enemigos rodaron por el suelo junto a sus caballos. Una segunda ráfaga, fulminante y bien lanzada, repercutió en la vida de muchos enemigos, mientras que los demás sobrevivientes, con actitud de gran asombro y terror, sin pensarlo dejaron caer sus armas y huyeron cual aves de corral despavoridas bajo el repentino descenso en picada de un milano.

Su dispersión fue tan extravagante y categórica, que ni dos de ellos se veían juntos en su huida por la llanura. Hombres y caballos por igual parecían impulsados por un pánico sobrenatural; ni Cortés en México, ni Pizarro en Perú, fueron jamás testigos de tal angustia ante las armas de fuego por parte de gente que por vez primera sufría esta fatalidad y sus efectos —cuando unos cientos de invasores sometieron con facilidad a miles de nativos principalmente a causa de tan horrible influencia— que ahora exhibían los iximayas. En efecto, parece que este



primitivo y aislado pueblo, al no mantener ningún tipo de relación con el resto de la humanidad, era tan ignorante como sus antecesores, incluso ajeno a la existencia de este tipo de armas; y aunque en las crónicas de sus actuales jeroglíficos haya una vaga alusión a estos artefactos en la conquista de los países vecinos a través de un tipo peculiar de trueno y relámpago, y que muchos mosquetes y pistolas españoles se hallaban en sus escasas colecciones de curiosidades extranjeras, aún así ni el más versado de sus sacerdotes tenía la menor idea de para qué estaban diseñados.

Mientras se hacía un resumen de la batalla sobre el césped en el bosque a campo abierto, la compañía desmontada, al terminar su infructuosa búsqueda de fugitivos en la caverna, emergió de ésta con todos los animales de carga y equipajes justo a tiempo para ver y oír la fiera explosión de los rifles y los efectos sobre el cuerpo entero de la roja caballería. En la escena entera, incluidos los aparejos de los caballos, con burdos y extraños atavíos que en principio no se veían, debieron haberles parecido a los aterrorizados nativos como obra de seres sobrenaturales. Y cuando el señor Huertis ordenó a su incontenible y bulliciosa plebe recobrar sus mulas, encontró a los pasmados hombres postrados sobre sus rostros, mientras otros, más dueños de sí, arrodillados sobre sus extremidades y cabizbajos, cruzaron los brazos a sus espaldas para recibir a la cadena de los prisioneros. El galante y alegre joven cacique, aunque de igual manera estaba asombrado y consternado, simplemente entregó su jabalina como un oficial lo hubiera hecho con su espada en semejantes circunstancias en una guerra civilizada. Pero con un tacto e inteligencia admirables, Huertis declinó aceptarla y se la devolvió de inmediato de la más profunda y respetuosa manera. Él a la vez le informó, a través de Velasquez, que a pesar de ser extranjeros, sus acompañantes no eran enemigos sino visitantes amistosos, quienes, tras un prolongado y difícil viaje, nuevamente proseguirían, y que deseaban la hospitalidad temporal de sus compatriotas en aquella magnífica ciudad.

El novel jefe respondió, con evidente interés y preocupación, que sus paisanos no mostraban hospitalidad hacia ningún extraño, que esto era dictado por las leyes y castigado con la muerte; que los ciudadanos sólo mantenían relación con los habitantes de los valles aledaños quienes, a su vez, por sus leyes y patriotismo, tenían la prohibición de internarse más allá de sus fronteras; que él y sus compañeros soldados tenían el privilegio de poder visitar las regiones vecinas pero con el propósito de arrestar a los intrusos (*cowana*) y de escoltar ciertos tipos de mercancías que intercambiaban con un pueblo de su misma raza en una región colindante. Añadió de un modo bastante elocuente, y Velasquez así lo creyó, en su mismo lenguaje que comprendió sólo parcialmente, que la independencia y la tranquilidad de su nación, un pueblo pacífico y feliz, dependían de estas severas restricciones por lo que, en efecto, sólo se habían

defendido así; mientras todo el país, de mar a mar, se había sometido a un yugo extranjero y había contemplado cómo sus antiguas ciudades, alguna vez pilar y centro de omnipotentes imperios, quedaban abandonadas bajo la vegetación y los templos de sus dioses eran destruidos.

Señala Velasquez que él añadió más adelante, en un tono contenido pero firme, que era verdad que sus guardias habían llevado a algunos extraños a la ciudad durante el curso de varias generaciones pero que a ninguno de ellos se les había dado la oportunidad de delatar su existencia y localización por la cruel rapacidad de la raza extranjera. Concluyó, realmente suplicándoles, ya que no podía obligarles como si fueran prisioneros, que entraran a la ciudad como amigos, como si residieran allí de por vida; les prometió esposas, hospedaje y honores; de otra manera, si ellos intentaban escapar serían tomados por sorpresa por miles de hombres armados en una flota de caballos, quienes los dominarían con rapidez por su número y se verían sometidos a un destino muy diferente.

El señor Huertis replicó, a través del mismo intérprete, que podía destruir cualquier cantidad de hombres armados sobre los caballos más rápidos antes de que se aproximaran a él, tal como su jefe ya había observado; y ya que podía emprender su salida de la ciudad cuando lo considerara necesario, entraría en ella bajo sus propios términos, como conquistador o como amigo, dependiendo de cómo fuera recibido; que ahora no había ninguna raza de conquistadores a quienes la ciudad pudiera engañar, incluso si él dispusiera hacerlo así, porque la gente del país entero, de todas las razas, vivía ahora en un estado de perfecta libertad y equidad; por lo tanto, no había necesidad de aquellas antisociales y sanguinarias leyes que aislaban al pueblo iximaya del amistoso trato con sus prójimos. Al expresarse de este modo, y sin esperar una palabra más, ordenó desmontar a su pelotón, devolver los caballos a sus dueños y marchar en fila india con sus mulas rumbo a la ciudad tal y como solían hacerlo. Sus indios cumplieron esta orden de mala gana, pero les aseguró que se trataba de una cuestión de la más alta política, con lo que pusieron en evidencia la confianza que tenían en su juicio y habilidad. Le devolvió al joven jefe su elegante corcel, el cual había caído en el lote del desafortunado señor Hammond, quien ahora yacía mal herido al cuidado del fiel Antonio. Huertis y el señor Velasquez se quedaron con los caballos que habían tomado al principio y se pusieron uno a cada lado del comandante iximaya, situando inmediatamente detrás de ellos a su amigo Hammond en uno de los divanes de mimbre de la caverna, sobre los lomos de dos mulas ayuntadas; ellos avanzaban a la cabeza de su grupo, mientras los sabuesos que habían sobrevivido seguían a las tropas atados en parejas al final del contingente.

Huertis, sin embargo, tuvo la precaución de añadir las lanzas y hachas de estos hombres a las cargas de las mulas delanteras para prevenir cualquier eventual recepción a las puertas de la

ciudad. La llegada del gran desfile debió haber sido única y pintoresca pues, según nos informa Velasquez, él lucía el uniforme militar de una compañía a la que pertenecía en San Salvador, aunque más distinguido por algunos brillantes accesorios, y coronado por un amplio sombrero y un penacho; Huertis portaba un sombrero de comandante de la armada americana con charreteras de oro; sus tiradores y muleros vestían casi todos de algodón azul con sombreros de paja, mientras la caballería de los nativos, que portaban túnicas brillantes y coronas emplumadas descritas al principio, debió completar la heterogénea variedad del cortejo. El desafortunado señor Hammond habría montado entre ellos; y su vestimenta sería tan equívoca como su nueva apariencia, pues él mismo se había ataviado con un saco escarlata al estilo de un oficial de alto rango británico, con muchas estrellas destellantes de joyería de cristal, y se protegía con un sombrero Panamá de color blanco en el cual se apiñaba una descuidada profusión de plumas de avestruz hembra teñidas de azul en las orillas.

Al rebasar el punto de la primera escaramuza se dieron cuenta de que nueve caballos y dos hombres habían sido asesinados; el último sin intenciones, además del tirador de su mismo grupo. Muchos caballos yacían heridos, luchando contra la muerte, y muchos de sus jinetes estaban sentados sobre el pasto inhabilitados por las magulladuras o heridas. Los hombres de Huertis sepultaron a su camarada en una tumba que cavaron apresuradamente con las lanzas que estaban esparcidas a su alrededor, mientras que los iximayas ponían a sus muertos y heridos sobre sus caballos y los llevaban a una villa en la llanura. Los primeros, como se pudo saber, fueron cremados al siguiente día en piras funerarias con ritos idólatras; los viajeros pudieron observar que los soldados iximayas despedían a sus muertos con expresiones de extrema sensibilidad, casi con un dolor femenino, como hombres completamente desacostumbrados a escenas de muerte violenta. Pero Velasquez destaca que durante esta ceremonia el joven comandante mostró su emoción más sentida cuando escuchó pronunciar el vocablo “iximaya” de boca de Huertis. Después pareció enloquecer y estar sometido a una gran desesperación, al darse cuenta de que la ciudad y su ubicación ya eran conocidas en el mundo exterior.

Como ya se sabía, la distancia hasta la ciudad era de alrededor de seis millas. Los exploradores se dieron cuenta de que el camino hacia ella estaba bordeado, tan lejos como la vista podía ver, en ambos lados, por una abundante y única vegetación, lo cual demostraba que pertenecían a una diligente y hábil cultura. Añil, maíz, avena, una curiosa especie de trigo, jícara, piña, tubérculos, lentejas, lino y cáñamo, algodón blanco y grana, viñedos y huertas; estos frutos, ahora maduros para la cosecha, se cultivaban en abundancia en extensos terrenos divididos de forma regular. Los pueblos, amplios y populosos, se componían sobre todo de viviendas con techos planos con anchas canaletas salientes o guarniciones que se apoyaban

sobre pesadas columnas, muchas de ellas torneadas con surcos espirales al estilo egipcio y en general rematadas en capiteles con follajes de carácter similar. Ninguna de las casas era sencilla, más bien la mayoría eran magníficas; algunas de las construcciones semejaban mezquitas y otras parecían templos rurales; algunas eran grandiosas e imponentes. Una gran cantidad de llamativas esculturas era la característica más significativa, y quizá el defecto de todas. Los habitantes, que se apretujaban en gran número al borde del camino, parecían agitados por la sorpresa y el júbilo al observar la gran cantidad de extraños aparentemente vigilados por su ejército, aunque la ausencia de armamento en éste y los cuerpos de los muertos eran un misterio que no alcanzaban a comprender. Se podía observar que la mayoría de los labradores portaban arcos y flechas, y algunas de sus mujeres llevaban en las manos lanzas oxidadas. El atavío predominante de ambos sexos era una túnica azul pálido que se ajustaba a la altura del pecho y descendía hasta las rodillas, con sandalias de ataduras cruzadas con un cordón rojo que rodeaba sus pantorrillas. Las mujeres, con pocas excepciones, tenían finas formas y el más alto perfil de la belleza nativa, con una cantidad extraordinaria de cabello negro arreglado con buen gusto y adornado con plumas y flores. En el pueblo donde llevaron a los muertos y heridos con sus parientes y amigos se oyeron tristes lamentos, hasta que la expedición se aproximó a la ciudad.

Las murallas de esta metrópoli tenían una altura de sesenta pies; estaban inclinadas hacia dentro desde los cimientos, coronadas por un parapeto que bordeaba hacia abajo sobre una curva cóncava que descansaba sobre una moldura sencilla. Evidentemente se trataba del ingente trabajo de una civilización remota pues, si bien habían sido edificadas con grandes bloques de granito, blancos y relucientes al sol, los años habían socavado ásperas grietas entre las franjas, y las alguna vez perfectas cornisas se habían ajado con el paso del tiempo. Los anales esculpidos de la ciudad registraban una antigüedad de cuatro mil años. Formaban un paralelogramo de cuatro millas de longitud y tres millas de anchura, y así rodeaban un área de cerca de doce millas cuadradas que enlazaba los puntos cardinales del horizonte con una sola puerta o propileo, a mitad del camino de cada lado. Al aproximarse a la puerta oriental, los viajeros observaron que las murallas habían sido cimentadas en una fosa o zanja profunda de unos cien pies de amplitud, casi repleta hasta el borde con abundantes aves acuáticas. Se llenaba desde las montañas y descargaba sus excedentes en los lagos del valle. Se cruzaba a través de un puente que ahora se encontraba elevado sobre la puerta; y el parapeto estaba colmado de personas que observaban la entrada de un gran número de extranjeros que jamás volverían a salir de la ciudad.

A una señal del joven jefe el puente descendió lentamente y la cabalgata atravesó el portón; pero las puertas plegadizas, que estaban construidas con bloques de piedra, curiosamente se encajaron, giraron sobre los goznes hechos del mismo material a través de un balero y un ingenioso

cuenco por encima y por abajo, sin abrirse todavía, y la caravana se detuvo sobre el puente. Sólo se veía un orificio oval menor a un rostro humano, y una oreja se aproximó a él para recibir la palabra esperada en un susurro. Una vez la dijeron se desdoblaron las puertas; entonces, ante la vista se descubrió una escena de solemne magnificencia. Era un paisaje de colosales estatuas y árboles a la vez, con una perspectiva sin fin, como se observó, la entera longitud de la ciudad hasta su puerta oriental. Increíble como era, hasta que reflexionamos sobre la antigüedad de las estatuas en el mundo oriental, Velasquez atribuye con exactitud a todos y cada uno de estos monumentos una altura similar a las murallas de la ciudad, es decir, sesenta pies, además de que todas poseían la apariencia de figuras humanas. Añade, lo cual es también prodigioso, que al menos dos de ellas eran de semblantes muy parecidos y muy poco afines en su vestimenta. Había algunos emblemas particulares en cada una, y le informaron que eran estatuas de los antiguos reyes de Asiria, originarias de antes de la fundación de Babilonia, y de sus descendientes de los imperios aztecas de este continente. Estaban situadas a sesenta pies de distancia, con un pequeño monumento de un animal mitológico entre ellas, y se decía que eran ciento quince a cada lado de la avenida que formaban, que medía ciento veinte pies de ancho. Parece que una avenida similar, pero menor, atravesaba la ciudad de norte a sur, y tenía un número proporcional de monumentos semejantes en toda su extensión; y estas dos grandiosas avenidas se extendían sobre anchas áreas de verde césped con altos árboles. Pero el traductor está entrando sin autorización en un terreno prohibido y debe abstenerse de hacerlo.

A medida que la caballería avanzaba por esta senda hacia el centro de la ciudad, la encontraron abarrotada de gente en ambos lados para contemplar un espectáculo sin precedentes y misterioso; no obstante, prevalecía un gran orden e incluso el silencio era muy profundo. La noticia de la dispersión y la masacre de sus vigías militares, a manos de un ejército extranjero que blandía armas mortales de fuego y humo, se había esparcido por toda la ciudad con exageración y terror cada vez mayores, pero la gente sabiamente había dejado este asunto en manos de las autoridades y se abandonaba a la tranquilidad de su observación personal de lo que ocurría. Al llegar al cuadrante donde confluían las dos grandiosas avenidas arriba descritas, el señor Huertis le preguntó con audacia a su guía sobre el curso futuro y el carácter de su destino. Su digno acompañante respondió que sería conducido al edificio que tenía justo frente a él, el cual se describe como singular por sus majestuosas dimensiones y estilo, donde el monarca se reunía todos los días al mediodía con sus consejeros para administrar justicia y escuchar denuncias. Mientras tanto, su agonizante camarada sería dispuesto en un lugar donde recibiría mejor atención y podría reposar, en algún departamento del edificio, mientras las mulas y el equipaje se llevarían a las bóvedas del sótano. Cuando esto se cumplió, llegó la hora de la audiencia.

El grupo entero de exploradores con el joven comandante y varios de sus subordinados fueron conducidos a un amplio y alto salón rodeado de columnas donde estaban dispuestos tres elevados asientos con doseles con cortinas de fino diseño. En uno de éstos, situado al fondo del lado oriental, el monarca tomó su lugar: un personaje de aspecto grave pero bondadoso, de alrededor de sesenta años de edad, ataviado de oro y escarlata; en el respaldo de su trono se mostraba una imagen dorada como el sol naciente, de extraordinaria grandiosidad. En el asiento situado al sur se instaló un hombre venerable de avanzada edad, no menos magníficamente vestido, y el último asiento del lado occidental fue ocupado por un funcionario de igual edad y atuendo. Alrededor del lugar, especialmente alrededor de los escalones del trono, se sentaron otros hombres de apariencia grave que vestían prendas escarlata. Huertis, Velasquez y sus nativos, que aún portaban sus rifles cargados, de los cuales no los habían privado, se apostaron a la izquierda del monarca; el joven guardián y sus soldados se colocaron a la derecha. Éste presentó al soberano su informe con honestidad y franqueza, aunque los hechos que él mencionó parecieron llenar de asombro al consejo y sembraron desconfianza en la mente del monarca. El acto completo en la narrativa de Velasquez es de gran interés, pero sólo podemos destacar brevemente que la decisión final fue que los consejeros coincidieron en que los extranjeros, por haber puesto en libertad y devolver al escuadrón de guardias después de haberse entregado ellos mismos como prisioneros, y por haber entrado en la ciudad voluntariamente de un modo pacífico, cuando con seguridad pudieron haber escapado, tenían derecho a permanecer libres dentro de los límites de la ciudad y podían eventualmente, por su voluntad pero no por obligación, reunir los requisitos para obtener los privilegios de la ciudadanía dentro de los mismos límites. Mientras tanto, mantendrían su estatus de prisioneros bajo la condición de que no hicieran uso de sus peligrosas armas ni las exhibieran para sembrar miedo entre la gente. Huertis y sus compañeros estuvieron totalmente satisfechos con esta decisión, pues no habían perdido la confianza en su posibilidad y determinación de escapar tan pronto como consiguieran alcanzar el objetivo científico de su expedición. Al abandonar el salón de la justicia observaron al veterano jefe militar, de quien se hizo una ligera mención, acompañado por otros dos hombres de rango inferior; después se supo que habían sido sentenciados a un estricto encarcelamiento. Velasquez también averiguó más tarde que las cuatro compañías de guardias ya mencionadas formaban parte de un regimiento de doscientos hombres que constituían la única fuerza militar de esta tímida y pacífica gente.

En este punto, para resumir nuestra narrativa, mostraré una breve relación de los acontecimientos finales más sobresalientes. El lugar de residencia que fue asignado a nuestros viajeros fue un ala desocupada espaciosa y de suntuosa estructura en el extremo occidental

de la ciudad, que había sido dispuesta desde tiempos inmemoriales para los supervivientes de una antigua y singular orden sacerdotal llamada *Kaanas*, los cuales, se afirmaba con claridad en sus relaciones y tradiciones, habían acompañado a la primera migración de este pueblo desde las llanuras asirias. Sus rasgos más distintivos y particulares, como ahora se ha confirmado, se trazaron en muchos monumentos esculpidos de las ruinas centroamericanas, y todavía se hallaron en más abundancia en los de Iximaya.

Como estaba prohibido por las inviolables leyes sagradas el matrimonio con personas ajenas, pero no con las de su propia casta, se fueron deteriorando tras el curso de muchos siglos hasta convertirse en individuos insignificantes, pequeños de estatura e intelectualmente imbéciles. No obstante, la comunidad iximaya los veía con gran afecto y veneración, probablemente como ejemplares de una antigua civilización casi extinta. Su posición como orden sacerdotal, se sabe ahora, no había sido la más alta durante muchos años; y si alguna vez lo fue, quizá más que aquellas imitaciones de religión y orgías dedicadas a Baco en ciertos tipos de ceremonias paganas muy populares entre las multitudes. En efecto, esto se observa en sus esculturas. Su antigua escuela u hospital, que estaría entonces vacía o desolada, ahora estaba ocupada principalmente por una orden más elevada de sacerdotes llamados *mahaboons*, quienes eran sus guardias sacerdotales legales. Con un *Yachin*, uno de los hermanos menores de la orden, de nombre Vaalpeor, un joven de intelecto y cualidades superiores, Velasquez pronto cultivó una amistad afable y secreta que fue recíproca y de confianza. Mientras, Huertis dedicaba todo su tiempo y energía a las antigüedades, jeroglíficos, etnología, ciencia, panteísmo, teogonía, artes, productos e instituciones sociales de esta desconocida ciudad y sus habitantes; los oídos de ese joven sacerdote pagano absorbían con entusiasmo las persuasivas palabras de Velasquez sobre el conocimiento de un mundo que para él era nuevo y fascinante. Si Huertis, así como sus compañeros, se había esforzado con tanta severidad y se había arriesgado demasiado por adquirir el conocimiento sobre esta ciudad y su gente, para la perspicaz inteligencia de Velasquez pronto llegó a ser claro que Vaalpeor poseía la suficiente ambición intelectual y energía para destinar el mismo esfuerzo y correr el mismo riesgo con el fin de conocer las maravillas de las ciudades y razas de las majestuosas naciones de la humanidad. En efecto, este deseo brilló de manera clara en su pecho con un fervor intenso, y cuando Velasquez le hizo ver la pronta liberación de todos los expedicionarios, junto con el mismo Vaalpeor como su compañero protegido, el aún juicioso prisionero pagano, abatido por el miedo al principio, consideró esta propuesta con satisfacción, y al final con cierto placer a pesar de las consecuencias. Sin embargo, mutuamente acordaron que mantendrían esta decisión en secreto ante Huertis hasta que madurara y tuviera éxito. Sólo había un serio obstáculo en su

difícil situación: la tutela de los niños *kaana*, pues sólo los abandonaría si perdía su propia vida, lo que no consideraron como insuperable.

Huertis, mientras tanto, para alcanzar sus propios objetivos sin contratiempos convenció a sus expedicionarios de que siguieran las costumbres de vestido y hábito de la comunidad donde vivían. La ciudad estaba totalmente rodeada por altas columnas que sostenían la explanada superior de los muros del lugar, que por abajo formaba un amplio sendero resguardado donde la gente podía pasear con tranquilidad protegida del sol y la lluvia. En estos lugares de esparcimiento, los nuevos ciudadanos caminaban a diario hasta que llegaron a familiarizarse con la mayor parte de los 85,000 habitantes de la ciudad. Huertis, por otra parte, había establecido vínculos personales y sociales; era un comensal bienvenido en las familias de más alto rango, quienes se fascinaban con la información que les proporcionaba sobre el mundo exterior; hizo cómplices secretos de la libertad entre varias personas influyentes; había visitado cada uno de los cuatro grandes templos situados en muchos de los límites de la ciudad y se amoldó a su culto pagano. Incluso, le habían admitido en algunos de los más sagrados misterios de estos templos; mientras, Velasquez, más distante y más cuidadoso en público, estaba contento por el conocimiento que recibía en las largas conversaciones en el aposento del aquejado señor Hammond, quien se precipitaba cada vez más hacia la tumba.

La terrible herida de Hammond había sanado parcialmente en el curso de varios meses; físicamente estaba agotado y agonizaba a causa de la debilidad y una fiebre intermitente. Sobre todo estaba angustiado porque no podía asistir a su amigo Huertis en su investigación y con sus dibujos para determinar el emplazamiento de la ciudad a través de las observaciones astronómicas que sus demás amigos no podían llevar a cabo. El día previo a su muerte lo visitaron algunos sacerdotes médicos quienes, al observar muchos puntos blancos sobre su piel —en el preciso lugar donde el compuesto químico con el cual se tiñó había desaparecido—, lo confundieron con *un leproso*<sup>13</sup> y ordenaron que las visitas al edificio se suspendieran. Ninguna explicación los convencería de lo contrario y su muerte les confirmó su opinión. Aprovechando esta oportunidad y bajo el pretexto de que era importante para su propia seguridad, Vaalpeor mudó a los dos huérfanos a su cargo a uno de los templos situado en la llanura, para lo cual empleó las ociosas mulas de los extranjeros con el fin de acarrear tiendas, asientos y otros voluminosos enseres para una improvisada residencia en el campo. Cabe añadir que incluyó entre ellos gran parte del equipaje de sus nuevos amigos, con una gran carga de rifles y municiones. Mientras tanto, Huertis, Velasquez y casi la mitad de su destacamento fueron recluidos con amabilidad

---

<sup>13</sup> Cursivas en el original.



en una gran habitación designada para ellos en especial. Las autoridades se hicieron cargo de sepultar a su amigo Hammond fuera de la ciudad, en un campo destinado para los leprosos.

Huertis fue entonces informado del plan de escape, mas no estaba preparado aún; tenía más daguerrotipos que tomar y muchos objetos que recolectar. La prohibición de los nueve días había concluido y el joven sacerdote, que tenía libre acceso a la ciudad todo el tiempo, apareció de nuevo ante su morada y señaló la urgencia de una pronta retirada, pues el retorno de los huérfanos sería solicitado pronto. Pero Huertis se encontraba fuera en la ciudad y no podían consultarle. Estuvo ausente el día entero y no volvió a sus habitaciones sino hasta la noche. Lo mismo ocurrió el día siguiente y Velasquez estaba profundamente alarmado. Al registrar las habitaciones en busca de sus documentos, dibujos e instrumentos, se dio cuenta de que habían desaparecido sus ocultas cartas credenciales en el país, incluidos los bienes del señor Hammond que se encontraban en el mismo lugar. Vana se había tornado su esperanza de escapar con todos sus tesoros, pero sus nativos no sabían nada de estos asuntos.

Poco después de este descubrimiento, Vaalpeor apareció con explicaciones de lo sucedido. Huertis le había confiado sus planes de escape de manera descuidada a una mujer que esperaba que lo acompañara, y ella lo había traicionado. Su ofensa, después de sus votos voluntarios y su iniciación en los sagrados misterios, era imperdonable, y de su destino no podía dudarse. En efecto, el temeroso sacerdote al fin admitió que Huertis había sido inmolado sobre el elevado altar del sol y que él mismo había presenciado la fatal ceremonia. Huertis, sin embargo, no había involucrado a ninguno de sus camaradas, cabía entonces una oportunidad para escapar. Traspasar las puertas era imposible, pero se podía descender el gran muro por la noche con ayuda de unas cuerdas y nadar por el foso sería fácil. Así lo hicieron Velasquez y quince hombres de su compañía esa misma noche; el resto ni siquiera lo intentó o fallaron: el fiel Antonio se encontraba entre estos últimos. Los fugitivos apenas llegaron al apartado refugio de Vaalpeor, y montaron sus mulas antes de que se escuchara el ladrido lejano de los sabuesos en su búsqueda y pronto irrumpieran en locos aullidos. Pero los perros estaban algo confundidos por el rastro de tantas pisadas en el punto donde los prófugos habían montado y no fueron tras las mulas hasta que los jinetes abandonaron el rumbo. Ese tiempo permitió que los fugitivos cabalgaran con mayor rapidez sobre sus ágiles monturas hasta alcanzar la entrada del valle cuando Velasquez dio un rodeo e hizo alto, pues sus perseguidores estaban cerca. Se llevó a cabo una batalla en la que muchos jinetes fueron aniquilados con gran violencia, y el joven *kaana* recibió una herida fortuita de la cual todavía tiene la cicatriz. Sería suficiente decir que los desertores al final lograron su retirada sin que se perdieran más vidas, y que al clarear el día se encontraban en una cumbre montañosa a muchas leguas de Iximaya. Unos catorce días

después arribaron a Ocosingo tras grandes tribulaciones. Aquí, Velasquez partió de mala gana con la mayoría de sus fieles nativos; en este lugar murió Vaalpeor a pesar de su gran esfuerzo y de las privaciones del viaje. Velasquez y los niños aztecas no llegaron a San Salvador sino hasta mediados de febrero, cuando los huérfanos se convirtieron en objeto del mayor interés por parte de las clases más doctas de esa ciudad. Como eran una de las más grandes curiosidades etnológicas, como criaturas vivas, que alguna vez se descubrieran entre los hombres civilizados, le aconsejaron a Velasquez que los enviara a Estados Unidos, de ahí a Europa. Ahora mismo los exhiben en nuestro país. Cuando llegaron por primera vez a Nueva York estaban temporalmente a cargo de una persona que, al ignorar su verdadero origen y raza, los exhibía como si fueran enanos; pero cuando llegó el tutor que se les designó, gracias al diario y a las narraciones del señor Velasquez, les restituyeron su carácter actual: el linaje señalado en esta publicación. Se supone que su edad es de ocho y diez años, respectivamente; ambos son vivaces, juguetones y cariñosos. Pero como especímenes de una *absolutamente única*<sup>14</sup> y casi extinta raza de seres humanos reclaman la atención de fisiólogos y de todos los hombres de ciencia.

---

<sup>14</sup> Cursivas en el original.



# **Memoir of an Eventful Expedition in Central America;**

*Resulting in the Discovery of the Idolatrous City of Iximaya, in an unexplored region: and the possession of two Remarkable Aztec Children, Descendants and Specimens of the Sacerdotal Cast (now nearly extinct) of the Ancient Aztec Founders of the Ruined Temples of that Country, Described by John L. Stevens, Esq., and other Travellers. Translated from the Spanish of Pedro Velasquez of San Salvador*

New York, Printed by J.W. Bell, 178 Fulton Street. 1850



9/6. w. 2003 for 100.00



MEMOIR

OF AN

EVENTFUL EXPEDITION

IN

CENTRAL AMERICA;

RESULTING IN THE DISCOVERY OF THE IDOLATROUS CITY OF

IXIMAYA,

In an unexplored region: and the possession of two

REMARKABLE AZTEC CHILDREN,

Descendants and Specimens of the Sacerdotal Caste, (now nearly extinct,) of the Ancient Aztec Founders of the Ruined Temples of that Country,

DESCRIBED BY

JOHN L. STEVENS, ESQ.,

AND OTHER TRAVELLERS.

Translated from the Spanish of

PEDRO VELASQUEZ,

OF SAN SALVADOR.

NEW YORK:

PRINTED BY J. W. BELL,  
178 FULTON STREET.

1850.

1189

Digitized by the Internet Archive  
in 2010 with funding from  
Universidad Francisco Marroquín

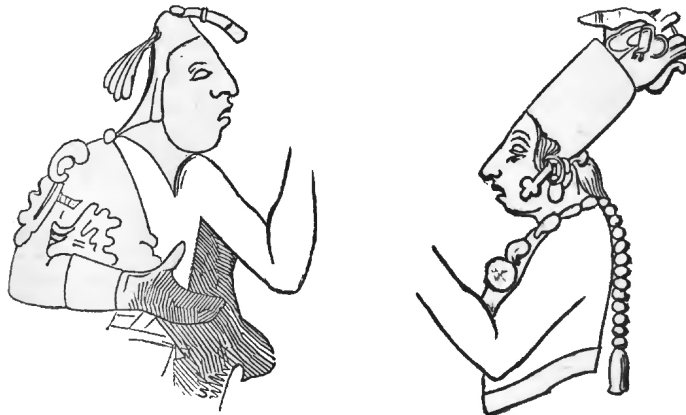
<http://www.archive.org/details/memoirofevent00stevguat>

# PROFILE ILLUSTRATIONS

FROM  
CENTRAL AMERICAN RUINS,  
OF  
**ANCIENT RACES STILL EXISTING  
IN IXIMAYA.**



The above three figures, sketched from engravings in "Stevens's Central America," will be found, on personal comparison, to bear a remarkable and convincing resemblance, both in the general features and the position of the head, to the two and living Aztec children, now exhibiting in the United States, of the ancient sacerdotal caste of *Kaanas*, or Pagan Mimes, of which a few individuals remain in the newly discovered city of Iximaya. See, the following *Memoir*, page 31.

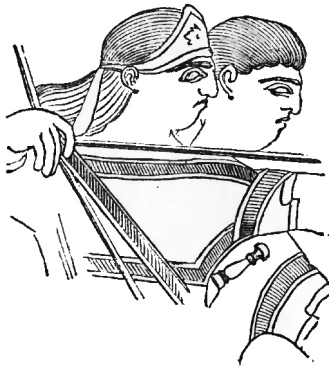


These two figures, sketched from the same work, are said, by Senor Velasquez, in the unpublished portion of his narrative, to be "irresistible likenesses" of the equally exclusive but somewhat more numerous priestly caste

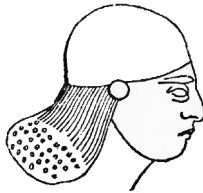


of *Mahaboons*, still existing in that city, and to which belonged Vaalpeor, the official guardian of those children, as mentioned in this memoir. Velasquez states that the likeness of Vaalpeor to the right hand figure in the frontispiece of Stevens' second volume, which is here also the one on the right hand, was as exact, in outline, as if the latter had been a daguerreotype miniature.

While writing his "Narrative" after his return to San Salvador, in the spring of the present year, (1850) Senor Velasquez was favored, by an American gentleman of that city, with a copy of "Layard's Nineveh," and was forcibly struck with the close characteristic resemblance of the faces in many of its engravings to those of the inhabitants in general, as a peculiar family of mankind, both of Iximaya and its surrounding region. The following are sketches (somewhat imperfect) of two of the male faces to which he refers:—



And the following profile, from the same work, is pronounced by Velasquez to be equally characteristic of the female faces of that region, making due allowance for the superb head dresses of tropical plumage, with which he describes the latter as being adorned, instead of the male galea, or close cap, retained in the engraving.



These illustrations, slight as they are, are deemed interesting, because the Iximayans assert their descent from a very ancient Assyrian colony nearly contemporary with Nineveh itself—a claim which receives strong confirmation, not only from the hieroglyphics and monuments of Iximaya, but from the engravings in Stevens' volumes of several remarkable objects, (the inverted winged globe especially,) at Palenque—once a kindred colony.

It should have been stated in the following Memoir, that Senor Velasquez, on his return to San Salvador, caused the two Kaana children to be baptized into the Catholic Church, by the Bishop of the Diocese, under the names of Maximo and Bartola Velasquez.

MEMOIR  
OF A RECENT  
EVENTFUL EXPEDITION  
IN  
CENTRAL AMERICA.

---

IN the second volume of his travels in Central America—than which no work ever published in this country, has created and maintained a higher degree of interest, both at home and abroad—Mr. Stevens speaks with enthusiasm of the conversations he had held with an intelligent and hospitable Padre, or Catholic priest, of Santa Cruz del Quiche, formerly of the village of Chajul; and of the exciting information he had received from him, concerning immense and marvellous antiquities in the surrounding country, which, to the present hour, remain entirely unknown to the world. The Padre told him of vast ruins, in a deserted and desolate region, but four leagues from Vera Paz, more extensive than Quiche itself; and of another ruined city, on the other side of the great traversing range of the Cordilleras, of which no account has been given. But the most stimulating story of all, was the existence of a *living* city, far on the other side of the great sierra, large and populous, occupied by Indians of the same character, and in precisely the same state, as those of the country in general, before the discovery of the continent and the desolating conquests of its invaders.

The Padre averred that, in younger days, he had climbed to the topmost ridge of the sierra, a height of 10 or 12,000 feet, and from its naked summit, looking over an immense plain, extending to Yucatan and the Gulf of Mexico, had seen, with his own eyes, in the remote distance, “a large city, spread over a great space, with turrets white and glittering in the sun.” His

account of the prevalent Indian report concerning it was, that no white man had ever reached this city; that the inhabitants, who speak the Maya language, are aware that a race of white strangers has conquered the whole country around them, and have hence murdered every white man that has since attempted to penetrate their territory. He added, that they have no coin or other circulating medium; no horses, mules, or other domestic animals, except fowls, "and keep the cocks under ground, to prevent their crowing being heard." This report of their slender resources for animal food, and of their perpetual apprehension of discovery, as indicated in this inadequate and childish expedient to prevent it, is, in most respects, contradicted by that of the adventurous expedition about to be described, and which, having passed the walls of their city, obtained better information of their internal economy and condition than could have been acquired by any Indians at all likely to hold communication with places so very remote from the territory as Quiche or Chajul.

The effect of these extraordinary averments and recitals of the Padre, upon the mind of Mr. Stevens, together with the deliberate conclusions which he finally drew from them, is best expressed in his own language.

"The interest awakened in us, was the most thrilling I ever experienced. One look at that city, was worth ten years of an every day life. If he is right, a place is left where Indians and a city exist, as Cortez and Alvarado found them; there are living men who can solve the mystery that hangs over the ruined cities of America; who can, perhaps, go to Copan and read the inscriptions on its monuments. No subject more exciting and attractive presents itself to any mind, and the deep impression in my mind, will never be effaced.

"Can it be true? Being now in my sober senses, I do verily believe there is much ground to suppose that what the Padre told us is authentic. That the region referred to does not acknowledge the government of Guatamala, and has never been explored, and that no white man has ever pretended to have entered it, I am satisfied. From other sources we heard that a large *ruined* city was visible; and we were told of another person who had climbed to the top of the sierra, but, on account of the dense clouds resting upon it, he had not been able to see anything. At all events, the belief at the village of Chajul is general, and a curiosity is aroused that burns to be satisfied. We had a craving desire to reach the mysterious city. No man if ever so willing to peril his life, could undertake the enterprise, with any hope of success, without hovering for one or two years on the borders of the country,

studying the language and character of the adjoining Indians, and making acquaintance with some of the natives. Five hundred men could probably march directly to the city, and the invasion would be more justifiable than any made by Spaniards; but the government is too much occupied with its own wars, and the knowledge could not be procured except at the price of blood.— Two young men of good constitution, and who could afford to spend five years, might succeed. If the object of search prove a phantom, in the wild scenes of a new and unexplored country, there are other objects of interest; but, if real, besides the glorious excitement of such a novelty, they will have something to look back upon through life. As to the dangers, they are always magnified, and, in general, peril is discovered soon enough for escape. But, in all probability, if any discovery is made, it will be made by the Padres. As for ourselves, to attempt it alone, ignorant of the language and with the *mozos* who were a constant annoyance to us, was out of the question. The most we thought of was a climb to the top of the sierra, thence to look down upon the mysterious city; but we had difficulties enough in the road before us; it would add ten days to a journey already almost appalling in the perspective; for days the sierra might be covered with clouds; in attempting too much we might lose all; Palenque was our great point, and we determined not to be diverted from the Course we had marked out." Vol. II, p. 193-196.

It is now known that two intrepid young men, incited probably by this identical passage in Mr. Stevens's popular work—one a Mr. Huertis of Baltimore, an American of Spanish parents, from Cuba, possessing an ample fortune, and who had travelled much in Egypt, Persia, and Syria, for the personal inspection of ancient monuments; and the other, a Mr. Hammond, a civil-engineer from Canada, who had been engaged for some years on surveys in the United States, agreed to undertake the perilous and romantic enterprise thus cautiously suggested and chivalrously portrayed.

Amplly equipped with every desirable appointment, including daguerreotype apparatuses, mathematical instruments, and withal fifty repeating rifles, lest it should become necessary to resort to an armed expedition, these gentleman sailed from New-Orleans and arrived at Balize, in the fall of 1848. Here they procured horses, mules, and a party of ten experienced Indians and *Mestitzos*; and after pursuing a route, through a wild, broken, and heavily wooded region, for about 150 miles, on the Gulf of Amatique, they struck off more to the south-west, for Coban, where they arrived on the morning of Christmas day, in time to

partake of the substantial enjoyments, as well as to observe the peculiar religious ceremonies, of the great Catholic festival, in that intensely interior city.

At this place, while loitering to procure information and guides for their further journey to Santa Cruz del Quiche, they got acquainted with Sr. Pedro Velasquez, of San Salvador, who describes himself as a man of family and education, although a trader in indigo; and his intermediate destination, prior to his return to the capital, happening also to be the same city, he kindly proffered to the two Americans his superior knowledge of the country, or any other useful service he could render them; and he was accordingly very gladly received as their friend and companion on the way. It is from a copy of a manuscript journal of this gentleman, that the translator has obtained the only information as yet brought to the United States concerning the remarkable results of the exploring expedition which he will proceed to describe, or of the fate of Messrs. Huertis and Hammond, its unfortunate originators and conductors, or of those extraordinary living specimens of a *sui generis* race of beings, hitherto supposed to be either fabulous or extinct, which are at once its melancholy trophies and its physiological attestors. And it is from Senor Velasquez alone that the public can receive any further intelligence upon this ardently interesting subject, beyond that which his manuscript imperfectly affords.

In order, however, to avoid an anticipatory trespass upon the natural sequence of the narrative, it may be proper to state, that prior to his departure in their company from Coban, Senor Velasquez had received from his fellow travellers no intimation whatever concerning the ulterior object of their journey, and had neither seen nor heard of those volumes describing the stupendous vestiges of ancient empire, in his native land, which had so strongly excited the emulous passion of discovery in their minds.

Frequently called by his mercantile speculations, which he seems to have conducted upon an extensive scale, to perform long journeys from San Salvador, on the Pacific side of the Cordilleras, to Comyagua in the mid-interior, and thence to Truxillo, Omoa, and Ysabal, on the Bay and Gulf of Honduras, he had traversed a large portion of the country, and had often been surprised with sudden views of mouldering temples, pyramids and

cities, of vast magnitude and marvellous mythology. And being, as it evidently appears, a man of unusual intelligence and scholastic acquirements, he had doubtless felt, as he states, a profound but hopeless curiosity concerning their origin and history. He had even seen and consecutively examined the numerous and ornate monuments of Copan ; but it was not until he had proceeded to the second stage of the journey from Coban to Quiche, that he was shown the engravings in the first volume of Stevens' Central America, in which they are so faithfully depicted. He recognized many of them as old acquaintances, and still more as new ones, which had escaped his more cursory inspection ; and in all he could trace curious details which, on the spot, he regretted the want of time to examine. He, moreover, knew the surly Don Gregorio, by whom Mr. Stevens had been treated so inhospitably, and several other persons in the vicinity of the ruins whom he had named, and was delighted with the *vraisemblance* of his descriptions. The Senor confesses that these circumstances inspired him with unlimited confidence in that traveller's statements upon other subjects ; and when Mr. Huertis read to him the further account of the information given to Mr. Stevens by the jolly and merry, but intelligent old Padre of Quiche, respecting other ruined cities beyond the Sierra Madre, and especially of the living city of independant Candonos, or unchristianized Indians, supposed to have been seen from the lofty summit of that mountain range, and was told by Messrs. Huertis and Hammond that the exploration of this city was the chief object of their perilous expedition, the Senor adds, that his enthusiasm became enkindled to at least as high a fervor as theirs, and that, " with more precipitancy than prudence, in a man of his maturer years and important business pursuits, he resolved to unite in the enterprise, to aid the heroic young men with his experience in travel and knowledge of the wild Indians of the region referred to, and to see the end of the adventure, result as it may."

He was confirmed in this resolution by several concurring facts of which his companions were now told for the first time. He intimately knew and had several times been the guest of the worthy Cura of Quiche, from whom Mr. Stevens received assurances of the existence of the ruined city of the ancient Aztecs,

as well as of the living city of the Candones, in the unsubjected territory beyond the mountains. And he was induced to yield credence to the Padre's confident report of the latter, because his account of the former had already been verified, and become a matter of fact and of record. He, Senor Velasquez, himself, during the preceding summer, joined a party of several foreigners and natives in exploring an ancient ruined city, of prodigious grandeur and extent, in the province of Vera Paz, but little more than 150 miles to the east of Guatamala, (instead of nearly 200, as the Padre had supposed,) which far surpassed in magnificence every other ruin, as yet discovered, either in Central America or Mexico. It lay overgrown with huge timber, in the midst of a dense forest, far remote from any settlement, and near the crater of a long extinct volcano, on whose perpendicular walls, 300 or 400 feet high, were aboriginal paintings of warlike and idolatrous processions, dances, and other ceremonies, exhibiting, like the architectural sculptures on the temples, a state of advancement in the arts incomparably superior to all previous examples. And as the good Padre had proved veracious and accurate on this matter, which he knew from personal observation, the Senor would not uncharitably doubt his veracity on a subject in which he again professed to speak from the evidence of his own eye-sight.

The party thus re-assured, and more exhilarated than ever with the prospect of success, proceeded on their journey with renewed vigor. Although the Senor modestly abstains from any allusion to the subject, in the MSS. which have reached us, it cannot be doubted that Messrs. Huertis and Hammond considered him an invaluable accession to their party. He was a guide on whom they could rely; he was acquainted with the dialects of many of the Indian tribes through which they would have to pass; was familiar with the principal stages and villages on their route, and knew both the places and persons from whence the best information, if any, concerning the paramount object of their journey, could be obtained.

It appears also, from an incidental remark in his journal, that Senor Velasquez would have been at their right hand in a fight, in the event of any hostile obstruction on their way. As a volunteer, he had held a command under Morazan, during the

sanguinary conflicts of the republic, and had been a soldier through several of the most arduous campaigns, in the fierce struggle between that general and Carrera. He was thus, apparently, in all respects, precisely such an auxiliary as they would have besought Providence to afford them, to accomplish the hazardous enterprise they had so daringly projected and commenced.

Unfortunately for the public, the Senor's journal, fragmentary throughout, is especially meagre concerning the incidents of travel between the capital of Vera Paz and Santa Cruz del Quiche. At this period, he appears to have left the task of recording them almost entirely to his two friends, whose memoranda, in all probability, are forever lost. Some of those incidents appear, even from his brief minutes of them, to have been of the most imminent and critical importance. Thus under the date of February 2nd, 1849, he says, "on the bank of a branch of the Salamo, attacked in the night by about thirty Indian robbers, several of whom had fire-arms. Sr. Hammond, sitting within the light of the fire, was severely wounded through the left shoulder; they had followed us from the hacienda, six leagues, passed us to the north and lay in ambush; killed four, wounded three; of the rest saw no more; poor Juan, shot through the body, died this morning; lost two mules."

After this, there is nothing written until the 16th, when they had arrived at a place called San Jose, where he says, "Good beef and fowls; Sr. Huertis much better; Sr. Hammond very low in intermittent fever; fresh mules and good ones." Next on the 5th of March, at the Indian village of Axitzel, is written, "Detained here five days; Hammond, strong and headstrong. Agree with Huertis that, to be safe, we must await with patience the return of the good Cura." Slight and tantalizing memoranda of this kind occur, irregularly, until April 3d, when we find the party safely arrived at Quiche, and comfortably accommodated in a convent. The jovial Padre, already often mentioned, who may be regarded as the unconscious father of the expedition, had become helplessly, if not hopelessly, dropsical, and had lost much of his wonted jocosity. He declared, however, that Senor Velasquez's description of the ruins explored the previous summer, recalling as it did his own profoundly impressed recollection of them, when he walked through their desolate avenues



and deserted palaces ; and corroborating as it did, in every particular, his own reiterated account of them, which he had often bestowed upon incredulous and unworthy ears, would "act like *cannabis* upon his bladder," as it already had upon his eyes ; and if he could but live to see the description in print, so as to silence all gainsayers, he had no doubt it would completely cure him, and add many years to his life. He persisted in his story of the unknown city in the Candone wilderness, as seen by himself, nearly forty years ago, from the summit of the sierra ; and promised the travellers a letter to his friend, the Cura of Gueguetenango, requesting him to procure them a guide to the very spot from whence they could behold it for themselves.

This promise, in the course of a few days, the Senor says, he faithfully performed, describing from recollection, by the hand of an amanuensis to whom he dictated, not only the more striking but even minute and peculiar landmarks for the guidance of the guide. On the 10th of April, the party, fully recruited in health and energy, set out for Totonicapan ; and thence we trace them by the journal through a succession of small places to Quezaltenango, where they remained but two days ; and thence through the places called Aguas Calientes, and San Sebastiano, to Gueguetenango ; this portion of their route being described as one of unprecedented toil, danger, and exhaustion, from its mountainous character, accidents to men and mules, terrific weather, and loss of provisions. Arrived, however, at length, at the town last named, which they justly regarded as an eminently critical stage of their destiny, they found the Cura, and presented him with the letter of introduction from his friend, the Padre of Quiche. They were somewhat discouraged on perceiving that the Cura indicated but little confidence in the accuracy of his old friend's memory, and asked them rather abruptly, if they thought him really serious in his belief in his distant vision of an unknown city from the sierra, because, for his own part, he had always regarded the story as one of Padre's broadest jokes, and especially since he had never heard of any other person possessing equal visual powers. "The mountain was high, it is true, but not much more than half as high as the hyperbolous memory of his reverend friend had made it, and he much feared that the Padre, in the course of forty years, had so frequently repeated a picture of his early imagination as to have,

at length, cherished it as a reality." This was said in smooth and elegant Spanish, but, says the Senor, "with an air of dignified sarcasm upon our own credulity, which was far from being agreeable to men broken down and dispirited by almost incredible toil in pursuit of an object thus loftily pronounced a ridiculous phantom of the brain." This part of Senor Valesquez' journal being interesting and carefully written, we give the following translation without abridgement:—

"The Cura, nevertheless, on finding that his supercilious scepticism had not proved so infectious among us as he expected, and that we were rather vexed than vacillating, offered to procure us guides, in the course of a day or two, who were familiar with many parts of the sierra, and who, for good pay, he doubted not, would flatter our expectations to the utmost extent we could desire. He advised us, however, in the same style of caustic dissuasion, to take with us both a barometer and a telescope, if we were provided with those instruments, because the latter, especially, might be found useful in discovering the unknown city, and the former would not only inform us of the height of the mountain, but of the weather in prospect most favorable to a distant view. Senor Huertis replied, that such precautions would be adopted, as a matter of course, and we would, moreover, furnish him, on our return to Gueguetenango, with the exact latitude and longitude of the spot from which the discovery might be made. He laughed very heartily, and rejoined that he thought this operation would be much easier than to furnish the same interesting particulars concerning the location of the spots at which the discovery might fail to be made; and saying this he robed himself for mass, which we all, rather sullenly, attended.

"Next morning, two good looking Meztitzos, brothers, waited on us with a strong letter of recommendation from the Cura, as guides to that region of the sierra which the Padre's letter had so particularly described, and which description, the Cura added, he had taken much pains to make them understand. On being questioned concerning it, they startled and somewhat disconcerted us by calm assurances, in very fair Spanish, that they were not only familiar with all the land-marks, great and small, which the Cura had read to them, but had several times seen the very city of which we were in search, although none but full-blooded Indians had ever ventured on a journey to it. This was rather too much, even for us, sanguine and confiding as we were. We shared a common suspicion that the Cura had changed his tactics, and resolved to play a practical joke upon our credulity—to send us on a fool's errand and laugh at us for our pains. That he had been tampering with the two guides for this purpose, struck us forcibly; for while he professed never to have known any man who had seen the distant city, he recommended these

Meztitzos, as brothers, whom he had known from their boyhood, they declared they had beheld it from the sierra on various occasions. Nevertheless, Senor Huertis believed that the young men spoke the truth, while the Cura, probably, did not; and hoping to catch him in his own snare, if such had been laid, asked the guides their terms, which, though high, he agreed to at once, without cavil. They said it would take us eight days to reach the part of the sierra described in the letter, and that we might have to wait on the summit several days more, before the weather would afford a clear view. They would be ready in two days; they had just returned across the mountains from San Antonio de Guista, and needed rest and repairs. There was a frankness and simplicity about these fine fellows which would bear the severest scrutiny, and we could only admit the bare possibility of our being mistaken.

“It took us three days, however, to procure a full supply of the proper kind of provisions for a fortnight's abode in the sky, and on the fourth (May 5th,) we paid our formal respects to the Cura, and started for the ascent—he not forgetting to remind us of the promise to report to him the precise geographical locality of our discovery.”

The journal is again blank until May 9th, when the writer says, “Our altitude, by barometer, this morning, is over 6000 feet above the valley which we crossed three days ago; the view of it and its surrounding mountains, sublime with chasms, yet grotesque in outline, and all heavily gilded with the setting sun, is one of the most oppressively gorgeous I ever beheld. The guides inform us that we have but 3000 feet more to ascend, and point to the gigantic pinnacle before us, at the apparent distance of seven or eight leagues; but that, before we can reach it, we have to descend and ascend an immense barranca, (ravine) nearly a thousand feet deep from our present level, and of so difficult a passage that it will cost us several days. The side of the mountain, toward the north west, is perfectly flat and perpendicular for more than half its entire height, as if the prodigious section had been riven down by the sword of San Miguel, and hurled by his foot among the struggling multitude of summits below. So far, the old Padre is accurate in every particular.” In a note opposite this extract, written perpendicularly on the margin of the manuscript, the writer says, “The average breadth of the plain on this ridge of the sierra (that is the ridge on which they were then encamped for the night,) is nearly half a mile, and exhibits before us a fine rolling tract as far as we can see. Neither birds, beasts, nor insects,—I would

there were no such barranca!" On the tenth he says, "on the brink of the abyss—the heaviest crags we can hurl down, return no sound from the bottom."

The next entry in the journal is dated May the 15th.—"Recovered the body of Sebastiano and the load of his mule; his brother is building a cross for his grave, and will not leave it until famished with thirst and hunger. All too exhausted to think of leaving this our first encampment since we descended. Present elevation but little above that of the opposite ridge which we left on the 11th, still, at least 3000 feet to climb." On the 19th, 4 o'clock P. M., he records, "Myself, Sr. Hammond and Antonio, on the highest summit, an inclined plain of bare rock, of about fifteen acres. The Padre again right. Sr. Huertis and others just discernable, but bravely coming on. Elevation, 9,500 feet. Completely in the clouds, and all the country below invisible. Senor Hammond already bleeding at the nose, and no cigar to stop it." At 10 o'clock, the same night, he writes, "All comfortably asleep but myself and Sr. Hammond, who is going to take the latitude." Then follows, "He finds the latitude 15 degrees and 48 minutes *north*." Opposite this, in the margin, is written, "The mean result of three observations of different stars. Intend to take the longitude to-morrow." Next day, the 20th, he says, "A bright and most auspicious morning, and all, but poor Antonio, in fine health and feeling. The wind, by compass, N. E., and rolling away a billowy ocean of mist toward, I suppose, the Bay of Honduras. Antonio says the Pacific will be visible within an hour; (present time not given) more and more of the lower mountains becoming clear every moment. Fancy we already see the Pacific, a faint yellow plain, almost as elevated as ourselves. Can see part of the State of Chiapas pretty distinctly." At 12 o'clock, meridian, he says, "Sr. Hammond is taking the longitude, but finds a difference of several minutes between his excellent watch and chronometer, and fears the latter has been shaken. Both the watch and its owner, however, have been a great deal more shaken, for the chronometer has been all the time in the midst of a thick blanket, and has had no falls. S. Huertis, with the glass, sees whole lines and groups of pyramids, in Chiapas. At 1 o'clock, P.M. he records, "Sr. Hammond reports the longitude, 92 degrees 15

minutes *West*. Brave Huertis is in ecstasy with some discovery, but will not part with the glass for a moment. No doubt it is the Padre's city, for it is precisely in the direction he indicated. Antonio says he can see it with his naked eye, although less distinctly than heretofore. I can only see a white straight line, like a ledge of limestone rock, on an elevated plain, at least twenty leagues distant, in the midst of a vast amphitheatre of hills, to the north east of our position, toward the State of Yucatan. Still, it is no doubt the place the Padre saw, and it may be a great city."

At 2 o'clock P.M. he says, "All doubt is at an end! We have all seen it through the glass, as distinctly as though it were but a few leagues off, and it is now clear and bright to the unaided eye. It is unquestionably a richly monumented city, of vast dimensions, within lofty parapetted walls, three or four miles square, inclined inward in the Egyptian style, and its interior domes and turrets have an emphatically oriental aspect. I should judge it to be not more than twenty-five leagues from Ocosingo, to the eastward, and nearly in the same latitude; and this would probably be the best point from which to reach it, travelling due east, although the course of the river Legartos seems to lead directly to it. That it is still an inhabited place, is evident from the domes of its temples, or churches. Christian churches they cannot be, for such a city would have an archbishop and be well known to the civilized world. It must be a Pagan stronghold that escaped the conquest by its remote position, and the general retreat, retirement, and centralizing seclusion of its surrounding population. It may now be opened to the light of the true faith."

They commenced their descent the same day, and rested at night on the place of their previous encampment, a narrow shelf of the sierra. Here, on the brink of the terrible ravine, which they had again to encounter, they consulted upon a plan for their future operations; and it was finally agreed that Messrs Huertis and Hammond, with Antonio, and such of the Indian muleteers as could be induced to proceed with the expedition, should follow the bottom of the ravine, in its north-east course, in which, according to Antonio, the river Legartos took its principal supply of water, and remain at a large village, adjacent to its banks,

which they had seen, about five leagues distant ; while Senor Velasquez was to retrace their late route, by way of Gueguetenango, to Guezaltenango, where all the surplus arms and amunition had been deposited, and recruit a strong party of Indians, to serve as a guard, in the event of an attack from the people of the unexplored region, whither they were resolutely bound. In the meantime, Antonio was to return home to Gueguetenango, await the return of Velasquez, with his armed party, from Guezaltenango, and conduct them over the mountains to the village on the plains, where Messrs. Huertis and Hammond were to remain until they should arrive. It appears that Senor Velasquez was abundantly supplied with solid funds for the recruiting service, and that Mr. Huertis also furnished Antonio with a liberal sum, in addition to his stipulated pay, wherewith to procure masses for the repose of his unfortunate brother.

Of the adventures of Messrs. Huertis and Hammond, in the long interval prior to the return of Velasquez, we have no account whatever ; nor does the journal of the latter contain any remarks relative to his own operations, during the same period. The next date is July the 8th, when we find him safely arrived with "nearly all the men he had engaged," at an Indian village called Aguamasinta, where his anxious companions were overjoyed to receive him, and where "they had obtained inestimable information, regarding the proper arrangement of the final purpose." After this we trace them, by brief memoranda, for a few days, on the devious course of the Legartos, when the journal abruptly and finally closes. The remaining narrative of the expedition was written by Senor Velasquez from memory, after his return to San Salvador, while all the exciting events and scenes which it describes were vividly sustained by the feelings which they originally inspired. As this excessively interesting document will be translated for the public press as soon as the necessary consent of its present proprietor can be obtained, the writer of this pamphlet the less regrets the very limited use of it to which he is now restricted—which is but little more than that of making a mere abridgement and connexion of such incidents as may serve to explain the origin and possession of those *sui generis* specimens of humanity, the Aztec brother and sister, now exhibiting to the public, in the United States. From the

introductory paragraphs, we take the liberty to quote the following, without abridgement :—

“Our latitude and longitude was now 16° 42' N. and 91° 35' W; so that the grand amphitheatre of hills, forming three-fourths of an oval outline of jagged summits, a few leagues before us, most probably inclosed the mysterious object of our anxious and uncertain labors. The small groups of Indians through which we had passed, in the course of the day, had evidently been startled by sheer astonishment, into a sort of passive and involuntary hospitality, but maintained a stark apprehensive reserve in most of their answers to our questions. They spoke a peculiar dialect of the Maya, which I had never heard before, and had great difficulty in comprehending, although several of the Mayua Indians of our party understood it familiarly and spoke it fluently. From them we learned that they had never seen men of our race before, but that a man of the same race as Senor Hammond, who was of a bright-florid complexion, with light hair and red whiskers, had been sacrificed and eaten by the Macbenachs, or priests of Iximaya, the great city among the hills, about thirty moons ago. Our interpreters stated that the word “Iximaya” meant the “Great Centre,” and that “Macbenach” meant “a Great Son of the Sun.” I at once resolved to make the most of my time in learning as much as possible of this dialect from these men, because they said it was the tongue spoken by the people of Iximaya and the surrounding region. It appeared to me to be merely a provincial corruption, or local peculiarity, of the great body of the Maya language, with which I was already acquainted; and, in the course of the next day's conversation, I found that I could acquire it with much facility.”

To this circumstance the writer is probably indebted for his life. In another day, the determined explorers had come within the circuit of the alpine district in which Iximaya is situated, and found it reposing, in massive grandeur, in the centre of a perfectly level plain, about five leagues in diameter, at a distance of scarcely two from the spot they had reached. At the base of all the mountains, rising upon their sides, and extending nearly a mile inward upon the plain, was a dark green forest of colossal trees and florid shrubbery, girding it around; while the even valley itself exhibited large tracts of cultivated fields, fenced in with palisades, and regular, even to monotony, both in size and form. “Large herds of deer, cattle, and horses were seen in the openings of the forest, and dispersed over the plain, which was also studded with low flat-roofed dwellings of stone, in small detached clusters, or hamlets. Rich patches of forest, of irregular forms, bordered with gigantic aloes, diversified the landscape

in effective contrast with bright lakes of water which glowed among them."

While the whole party, with their cavalcade of mules and baggage, were gazing upon this scene, two horsemen, in bright blue and yellow tunics, and wearing turbans decorated with three large plumes of the quezal, dashed by them from the forest, at the distance of about two hundred yards, on steeds of the highest Spanish mould, followed by a long retinue of athletic Indians, equally well mounted, clothed in brilliant red tunics, with coronals of gay feathers, closely arranged within a band of blue cloth. Each horseman carried a long spear, pointed with a polished metal; and each held, in a leash, a brace of powerful blood-hounds, which were also of the purest Spanish breed. The two leaders of this troop, who were Indians of commanding air and stature, suddenly wheeled their horses and glared upon the large party of intruders with fixed amazement. Their followers evinced equal surprise, but forgot not to draw up in good military array, while the blood-hounds leapt and raged in their thongs.

"While the leaders," says Senor Velasquez, "seemed to be intently scrutinizing every individual of our company, as if silently debating the policy of an immediate attack, one of the Maya Indians, of whom I had been learning the dialect, stepped forward and informed us that they were a detachment of rural guards, a very numerous military force, which had been appointed from time immemorial, or, at least, from the time of the Spanish invasion, to hunt down and capture all strangers of a foreign race that should be found within a circle of twelve leagues of the city; and he repeated the statement made to us from the beginning, that no white man had hitherto eluded their vigilance or left their city alive. He said there was a tradition that many of the pioneers of Alvarado's army had been cut off in this manner, and never heard of more, while their skulls and weapons are to this day suspended round the altars of the pagan gods. He added, finally, that if we wished to escape the same fate, now was our only chance; that as we numbered thirty-five, all armed with repeating rifles, we could easily destroy the present detachment, which amounted to but fifty, and secure our retreat before another could come up; but that, in order to do this, it was necessary first to shoot the dogs, which all our Indians regarded with the utmost dread and horror.

"I instantly felt the force of this advice, in which also I was sustained by Senor Hammond; but Senor Huertis, whom, as the leader of the expedition, we were all bound and solemnly pledged to obey, utterly rejected the proposition. He had come so far to see the city and see it he would, whether taken thither



as a captive or not, and whether he ever returned from it or not ; that this was the contract originally proposed, and to which I had assented ; that the fine troop before us was evidently not a gang of savages, but a body of civilized men and good soldiers ; and as to the dogs, they were noble animals of the highest blood he ever saw. If, however, I and his friend Hammond, who seemed afraid of being eaten, in preference to the fine beef and venison which we had seen in such profusion on the plain, really felt alarmed at the bugbear legends of our vagabond Indians, before any demonstration of hostility had been made, we were welcome to take two-thirds of the men and mules and make our retreat as best we could, while he would advance with Antonio and the remainder of the party, to the gates of the city, and demand a peaceable admission. I could not but admire the romantic intrepidity of this resolve, though I doubted its discretion ; and assured him I was ready to follow his example and share his fate.

“ While this conversation was passing among us, the Indian commanders held a conference apparently as grave and important. But just as Senor Huertis and myself had agreed to advance toward them for a parley, they separated without deigning a reply to our salutation—the elder and more highly decorated, galloping off toward the city with a small escort, while the other briskly crossed our front at the head of his squadron and entered the forest nearer the entrance of the valley. This opening in the hills was scarcely a quarter of a mile wide, and but a few minutes elapsed before we saw a single horseman cross it toward the wood on the opposite side. Presently, another troop of horse of the same uniform appearance as the first, were seen passing a glade of the wood which the single horseman had penetrated, and it thus became evident that a manœuvre had already been effected to cut off our retreat. The mountains surrounding the whole area of the plain, were absolutely perpendicular for three-fourths of their altitude, which was nowhere less than a thousand feet ; and from many parts of their wildly piled outline, huge crags projected in monstrous mammoth forms, as if to plunge to the billows of forest beneath. At no point of this vast impassable boundary was there a chasm or declivity discernable, by which we could make our exit, except the one thus formidably intercepted.

“ To retire into the forest and water our mules at a copious stream which rushed forth from its recesses, and recruit our own exhausted strength with food and rest, was our first necessary resource. In tracing the rocky course of the current for a convenient watering place, Antonio discovered that it issued from a cavern, which, though a mere fissure exteriorly, was, within, of cathedral dimensions and solemnity ; we all entered it and drank eagerly from a foaming basin, which it immediately presented to our fevered lips. Our first sensations were those of freedom and

independence, and of that perfect security which is the basis of both. It was long since we had slept under a roof of any kind, while here a few men could defend our repose against an assault from thousands; but it was horribly evident, to my mind, that a few watchful assailants would suffice to reduce us to starvation, or destroy us in detail. Our security was that of a prison, and our freedom was limited to its walls. Happily, however, for the present hour, this reflection seemed to trouble no one. Objects of wonder and veneration grew numerous to our gaze. Gigantic statues of ancient warriors, with round shields, arched helmets, and square breast-plates, curiously latticed and adorned, stood sculptured in high relief, with grave faces and massive limbs, and in the regular order of columns around the walls of this grand mausoleum. Many of them stood arrayed in the crimson of the setting sun, which then flamed through the tall fissure into the cavern; and the deep gloom into which long rows of others utterly retired from our view, presented a scene at once of mingled mystery and splendor. It was evidently a place of great and recent resort, both for men and horses, for plentiful supplies of fresh fodder for the latter were heaped in stone recesses; while the ashes of numerous fires, mingled with discarded mocassins and broken pipes and pottery, attested a domiciliary occupation by the former. Farther into the interior, were found seats and sleeping-couches of fine cane work; and in a spacious recess, near the entrance, a large collection of the bones, both of the ox and the deer, with hides, also, of both, but newly flayed and suspended on pegs by the horns. These last evidences of good living had more effect upon our hungry Indians than all the rest, and within an hour after dark, while we were seeking our first sleep, four fine deer were brought in by about a dozen of our party, whom we supposed to have been faithfully guarding our citadel. It is unnecessary to say that we gladly arose to the rich repast that ensued, for we had eaten nothing but our scant allowance of tortillas for many days, and were in the lassitude of famine."

Tempting as such extracts are, we must avoid them, and hasten through a summary of subsequent events. There is one singular incident, however, mentioned in the passage immediately following the above, possessing too important a connexion with the final catastrophe to be pretermitted at this place. Mr. Hammond, the Canadian engineer, fearing that the peculiarity of his appearance, as a man of fair and ruddy complexion, among a swarthy race, would subject him to great annoyance, and perhaps involve him in the horrible fate of a similar person, reported by the Indians, resolved to stain his skin of a darker hue, by means of some chemical preparation which he had precautionarily provided for this purpose, before he left the United States. With

the friendly assistance of Antonio, this metamorphosis was completed over his whole person before he retired to rest; his red whiskers were shaved off, and his light hair died of a jet black; and so perfect was the disguise, that not one of the party who went foraging for venison recognized him on their return, but marvelled, as he sat at supper, whence so singular a stranger could have come. Velasquez states, however, that his new complexion was unlike that of any human being on the face of the earth, and scarcely diminished the certainty of his becoming an object of curiosity, among an Indian population.

In the morning, about the break of day, the infernal yells of a pack of blood-hounds suddenly rang through the cavern, and the party could scarcely seize their rifles before many of the dogs, who had driven in the affrighted Indians on guard, were springing at their throats. Mr. Huertis, however, the American leader of the expedition, with that presence of mind which seems always to have distinguished him, told the men that rifles were useless in such a contest, and that the hounds must be dispatched with their long knives as fast as they came in, while the fire-arms were to be reserved for their masters. This canine butchery was accomplished with but little difficulty; none of the party received any serious injury from their fangs; and the Indians were exhilarated with a victory which was chiefly a conquest of their fears. These unfortunate dogs, it appears, were the advanced van of a pack, or perhaps merely a few unleashed as scouts to others held in reserve; for no more were seen or heard for sometime. Meanwhile, Mr. Huertis seems to have struck out a brilliant scheme. He collected his whole party into that obscure branch of the cavern, near its entrance, which has been described as a depository of animal bones, and ordering them to sling their rifles at their backs, bade them stand ready with their knives. Almost instantly, they observed a party of ten dismounted natives, in scarlet tunics, and armed with spears, enter the cavern in single file; and, it would seem, from seeing the dogs slain and no enemy in sight, they rushed out again, without venturing on farther search. In a few minutes, however, they returned with forty or fifty more, in the same uniform, headed by the younger of the two personages whom they had seen in command the previous evening. As soon as they were well advanced into the

cavern, and heard disturbing the tired mules, Mr. Huertis and his party marched quietly out and seized their horses, which were picketed close by, in charge of two or three men, whom they disarmed. At a short distance, however, drawn up in good order, was another squadron of horses, which Mr. Huertis determined instantly to charge. Ordering his whole party to mount the noble stallions they had captured, and reserve their fire until he gave the word, he, Velasquez, and Hammond, drew the short sabres they had worn on their march, and led the attack. The uninformed natives, however, did not wait the encounter, but scattered in wonderment and consternation; doubtless under the impression that all their comrades had been slain. But the rapid approach of a much larger force—which is found, eventually, to have consisted of two detachments of fifty each, being just twice their number—speedily reassured them, and falling in line with this powerful reinforcement, the whole hundred and fifty charged upon our comparative handful of travellers, at a rapid pace. Huertis promptly ordered his little party to halt, and form in line, two deep, with presented arms; and doubtless feeling that, notwithstanding the disparity of numbers, the enemy, armed only with spears and small side-hatchets, held but a slender chance of victory over a party of thirty-eight—most of them old campaigners in the sanguinary expeditions of the terrible Carrera—armed with new “six-shooting” rifles and long knives, generously commanded them to keep aim upon the horses only, until further orders. In the meantime, most of their plumed opponents, instead of using their long spears as in lance practice, threw them through the air from so great a distance that nearly all fell short of the mark—an infallible indication both of timidity and inexperience in action. The unfortunate Mr. Hammond, however, was pierced through the right breast, and another of the party was killed by being transfixcd through the bowels. At this instant Huertis gave the word to fire; and, at the next, no small number of the enemy were rolling upon the sod, amid their plunging horses. A second rapid, but well delivered volley, brought down as many more, when the rest, in attitudes of frantic wonder and terror, unconsciously dropped their weapons and fled like affrighted fowls under the sudden swoop of the kite. Their dispersion was so outrageously wild and complete that no two of them could be seen together as they radiated over the plain. The

men and horses seemed impelled alike by a preternatural panic ; and neither Cortez in Mexico, nor Pizarro in Peru, ever witnessed greater consternation at fire-arms among a people, who, for the first time, beheld their phenomena and effects—when mere hundreds of invaders easily subjugated millions of natives chiefly by this appalling influence—than was manifested by these Iximayans on this occasion. Indeed, it appears that these primitive and isolated people, holding no intercourse whatever with the rest of mankind, were as ignorant as their ancestors even of the existence of this kind of weapons ; and although their modern hieroglyphical annals were found to contain vague allusions to the use of them in the conquest of the surrounding country, by means of a peculiar kind of thunder and lightning, and several old Spanish muskets and pistols were found in their scant collection of foreign curiosities, yet, not even the most learned of their priests had retained the slightest notion of the uses for which they were designed.

While this summary conflict was enacted on the open lawn of the forest, the dismounted company in the cavern having completed their fruitless search for the fugitives, emerged from its portal with all the mules and baggage, just in time to see and hear the fiery explosions of the rifles and their effect upon the whole body of scarlet cavalry. The entire scene, including the mounted possession of their horses by uncouthly attired strangers, previously invisible, must have appeared to these terror-stricken natives an achievement of supernatural beings. And when Mr. Huertis wheeled his obstreperously laughing party to recover his mules, he found most of the astounded men prostrated upon their faces, while others, more self-possessed, knelt upon the bended knee, and, with drooping heads, crossed their hands behind them to receive the bonds of captives. Their gallant and gaily accoutred young chieftain, however, though equally astonished and dismayed, merely surrendered his javelin as an officer would his sword, under the like circumstances, in civilized warfare. But, with admirable tact and forethought, Huertis declined to accept it, immediately returning it with the most profound and deferential cordiality of manner. He at the same time informed him, through Velasquez, that, though strangers, his party were not enemies but friendly visitors, who, after a long and painful

journey, again to be pursued, desired the temporary hospitality of his countrymen in their magnificent city.

The young chief replied, with evident discomposure and concern, that his countrymen showed no hospitality to strangers, it being interdicted by their laws and punishable with death ; that the inhabitants of their city held intercourse only with the population of the surrounding valley, who were restricted alike by law and by patriotism from ever leaving its confines ; he and his fellow soldiers alone being privileged to visit the neighboring regions for the purpose of arresting intruders, (*cowana*) and escorting certain kind of merchandize which they exchanged with a people of their own race in an adjoining district. He added, with much eloquence of manner, and as Velasquez believed, of language, which he but partially understood, that the independence and peace of his nation, who were a peaceful and happy people, depended upon these severe restrictions, which indeed had been the only means of preserving it, while all the country besides, from sea to sea, had bowed to a foreign yoke, and seen their ancient cities, once the seats and centres of mighty empires, overgrown with forest, and the temples of their gods demolished.

He further added, says Velasquez, in a very subdued but significant tone, that some few strangers, it was true, had been taken to the city by its guards in the course of many generations, but that none of them had been allowed an opportunity of betraying its existence, and locality to the cruel rapacity of the foreign race. He concluded by earnestly entreating them, since he could not compel them as prisoners, to enter the city as friends, with the view of residing there for life ; promising them wives, and dwellings, and honors ; for even now, if they attempted to retreat, they would be overtaken by thousands of armed men on fleet horses, that would overpower them by their numbers and subject them to a very different fate.

Mr. Huertis rejoined, through the same interpreter, that he could destroy any number of armed men, on the swiftest horses, before they could approach him, as the chief had already seen ; and since he could enforce his exit from the city whenever he thought proper, he would enter it upon his own terms, either as a conqueror, or as a friend, according to the reception he met with ; that there was now no race of conquerors to whom the city

could be betrayed, even if he were disposed to do so, as the people of the whole country, of all races, were now living in a state of perfect freedom and equality ; and that, therefore, there was no necessity for those unsocial and sanguinary laws which secluded the Iximayans from friendly intercourse with their fellow-men. Saying which, and without waiting for further colloquy, he ordered his party to dismount, restore the horses to their owners, and march with the train of mules toward the city, in the usual style of travel. With this order, his Indians complied very reluctantly, but on assuring them that it was a matter of the highest policy, they evinced their wonted confidence in his judgment and ability. To the young chief he restored his own richly caparisoned steed, which had fallen to the lot of the unfortunate Mr. Hammond, who was now lying desperately wounded, in the care of the faithful Antonio. For himself and Senor Velasquez, Mr. Huertis retained the horses they had first seized, and placing themselves on each side of the Iximayan commander, with their friend Hammond borne immediately behind them, in one of the cane couches of the cavern, on the backs of two mules yoked together, they advanced to the head of their party, while the red troopers, followed by the surviving bloodhounds leashed in couples, brought up the rear. Huertis, however, had taken the precaution to add the spears and hatchets of these men to the burdens of the forward mules, to abide the event of his reception at the city gates. The appearance of the whole cavalcade must have been unique and picturesque ; for Velasquez informs us, that while he wore the uniform of a military company to which he belonged in San Salvador, much enhanced in effect by some brilliant additions, and crowned with a broad sombrero and plume, Huertis wore that of an American naval commander, with gold epaulettes ; his riflemen and muleteers generally were clothed in blue cotton and grass hats, while the native cavalry, in the brilliant tunics and feathered coronals, already described, must have completed the diversity of the variegated cortege. Had poor Hammond been mounted among them, his costume would have been as equivocal as his new complexion, for he had attired himself in the scarlet coat of a British officer of rank, with several blazing stars of glass jewels, surmounted by a white Panama hat, in which clustered an airy profusion of ladies ostrich feathers, dyed blue at the edges.

In passing the spot of the recent skirmish, they found that nine horses and two men had been killed, the latter unintentionally, besides the rifleman of their own party. Many other horses were lying wounded, in the struggles of death, and several of their riders were seated on the ground, disabled by bruises or dislocations. Huertis' men buried their comrade in a grave hastily dug with the spears which lay around him, while the Iximayans laid their dead and wounded upon horses, to be conveyed to a village on the plain. The former, it was found, were consumed there the next day, in funereal fires, with idolatrous rites; and it was observed by the travellers that the native soldiers regarded their dead with emotions of extreme sensibility, and almost feminine grief, like men wholly unaccustomed to scenes of violent death. But Velasquez remarks, that the strongest emotion evinced by the young chief, throughout their intercourse, was when he heard the word "Iximaya," in interpreting for Huertis. He then seemed to be smitten and subdued, by blank despair, as if he felt that the city and its location were already familiarly known to the foreign world.

As already intimated, the distance to the city was about six miles. The expedition found the road to it bordered, on either side, as far as the eye could reach, with a profuse and valuable vegetation, the result of evidently assiduous and skilful culture. Indigo, corn, oats, a curious five-eared wheat, gourds, pine-apples, esculent roots, pulse, flax and hemp, the white as well as the crimson cotton, vineyards, and fruit orchards, grew luxuriantly in large, regularly divided fields, which were now ripe for the harvest. The villages, large and populous, were mostly composed of flat-roofed dwellings with broad overhanging eaves or architraves, supported by heavy columns, often filleted over spiral flutings, in the Egyptian style, and generally terminating in foliated capitals, of the same character. None of the houses were mean, while many were superb; and of the mosque-like larger buildings, which occasionally appeared, and which were supposed to be rural temples, some were grand and imposing. A profusion of bold sculpture, was the prevailing characteristic, and perhaps defect, of all. The inhabitants, who thronged the wayside in great numbers, appeared excited with surprise and exultation, on beholding the large company of strangers apparently in the custody of their military, while the disarmed condition of



the latter, and the bodies of the slain, were a mystery they could not explain. Many of the husbandmen were observed to be in possession of bows and arrows, and some of the women held rusty spears. The predominant costume of both sexes was a pale blue tunic, gathered in at the breast and descending to the knee, with reticulated buskins, of red cord, covering the calf of the leg. The women, with few exceptions, were of fine form, and the highest order of Indian beauty, with an extraordinary affluence of black hair, tastefully disposed, and decorated with plumes and flowers. At the village where the dead and wounded were left with their relatives and friends, doleful lamentations were heard, until the expedition approached the city.

The walls of this metropolis were sixty feet high, sloping inward from the foundation, surmounted by a parapet which overhung in a concave curve and rested upon a plain moulding.— They were evidently a massive work of a remote period, for although constructed of large blocks of granitic stone, white and glittering in the sun, passing ages had corroded rough crevices between the layers and the once perfect cornices had become indented by the tooth of time. The sculptured annals of the city recorded them an antiquity of four thousand years. They formed a parallelogram four miles long and three in width, thus inclosing an area of nearly twelve square miles, and they breasted the cardinal points of the horizon with a single gate or propylon, midway on every side. On approaching the eastern gate, the travellers discovered that the foundations of the walls were laid in a deep foss or moat a hundred feet wide, nearly full to its brink and abounding with water-fowl. It was replenished from the mountains, and discharged its surplus waters into the lakes of the valley. It was to be crossed by a draw-bridge now raised over the gate; and the parapet was thronged with the populace to behold the entrance of so large a number of strangers for whom there was no return.

At a signal from the young chief, the bridge slowly descended and the cavalcade passed over; but the folding gates, which were composed of blocks of stone curiously dovetailed together, and which revolved upon hinges of the same material by a ball and socket contrivance above and below, were not yet opened, and the party were detained on the bridge. A small oval orifice

only appeared, less than a human face, and a ear was applied there to receive an expected word in a whisper. This complied with, the ponderous gates unfolded, and a vista of solemn magnificence was presented to the view. It was a vista at once of colossal statues and trees, interminable in perspective and extending, as it was found, the whole length of the city to its western gate. Incredible as it may be, until we reflect upon the ancient statuary of the eastern world, Velasquez reports each and all of these monuments as being exactly of the height of the city wall, that is, sixty feet, and all possessing the proportions of the human figure. He adds, what is equally marvelous, that no two of them were precisely alike in countenance, and very few in their sculptural costume. There was some distinctive emblem upon each, and he was informed that they were statues of the ancient kings of Assyria, from before the foundation of Babylon, and of their descendants in the Aztec empires of this continent. They stood sixty feet apart, with a smaller monument of some mythological animal between each, and were said to number one hundred and fifteen, on each side of the avenue they formed, which was one hundred and twenty feet in width. A similar but shorter avenue, it appears, crossed the city from north to south, having a proportional number of such monuments through its entire extent; and these two grand avenues ran through wide areas of green sward richly grouped with lofty trees. But the translator finds himself trespassing upon forbidden ground and must forbear.

As the cavalcade advanced through this highway to the centre of the city, they found it crowded on each side with the masses of the population assembled to behold a spectacle so unprecedented and mysterious; but the utmost order prevailed and even the silence was profound. The news of the slaughter and dispersion of their military guardians, by an army of strangers, wielding deadly weapons of fire and smoke, had already ran through every quarter of the city with increasing exaggeration and terror; but the people wisely left its investigation to their constituted authorities, and were rendered comparatively tranquil by their personal observation of its actual results. Arrived at the quadrated point where the two great avenues we have described intersect, Mr. Huertis boldly demanded of his guide the further course and character of his destination. He was an-

swered by his dignified companion, that he would be conducted to the building immediately before him, which is described as one of majestic dimensions and style, where the monarch of the nation daily assembled with his councillors, at the hour of noon, to administer justice and listen to complaints. In the meantime, his wounded friend could be placed in a state of greater ease and repose, in one of the apartments of the edifice, while the mules and baggage could be disposed of in its basement vaults. When this was accomplished the hours of audience had arrived.

The entire party of strangers, with the young chief and several of his subordinates, were then led into a large and lofty hall surrounded by columns, and displaying three raised seats covered with canopies of rich drapery and design. On the one of these, which stood at the eastern end, sat the monarch himself, a personage of grave but benignant aspect, about sixty years of age, arrayed in scarlet and gold, and having a golden image of the rising sun, of extraordinary splendor, displayed on the back of his throne. On the seat on the southern side, sat a venerable man of advanced age, not less gorgeously attired; and the seat at the western end was occupied by a functionary of similar years and costume. Around the apartment, and especially around the steps of the throne, sat other grave looking men, in scarlet robes. Huertis, Velasquez, and their Indians, still carrying their loaded rifles, of which he had not suffered them to be deprived, stood on the left side of the monarch, and the young chief and his soldiers on the right. The latter gave his statement with truth and manly candour, although the facts which he averred seemed to fill the whole council with amazement, and left a settled gloom upon the imperial brow. The whole proceeding possesses great interest in Velasquez's narrative, but we can only briefly state that it resulted in the decision, which was concurred in by the associate councillors, that the strangers having magnanimously released and restored the company of guards, after they had surrendered themselves prisoners; and having voluntarily entered the city in a peaceable manner, when they might possibly have effected their escape, were entitled to their personal freedom, within the limits of the city, and might eventually, under voluntary but indispensable obligations, become eligible to all the privileges of citizenship, within the same limits. In the mean

time, they were to be maintained as prisoners of state, on condition that they made no use of their dangerous weapons, nor exhibited them to terrify the people. With this decision, Huertis and his companions were perfectly satisfied, for the latter had undiminished confidence in his ability and determination to achieve their escape, as soon as he should have accomplished the scientific objects of his expedition. On leaving the hall of justice, they observed the elder military chief, of whom a slight mention has been made, brought in with two others of inferior rank; and it was afterwards currently reported that they had been sentenced to close imprisonment. It was also ascertained by Velasquez, that the four companies of rangers, already noticed, composing a regiment of two hundred men, constituted the whole military force of this timid and peaceful people.

From this point, our abstract of the narrative must be chiefly a brief catalogue of the most important of the concluding events. The place of residence assigned to our travellers, was the vacant wing of a spacious and sumptuous structure, at the western extremity of the city, which had been appropriated, from time immemorial, to the surviving remnant of an ancient and singular order of priesthood called Kaanas, which, it was distinctly asserted in their annals and traditions, had accompanied the first migration of this people from the Assyrian plains. Their peculiar and strongly distinctive lineaments, it is now perfectly well ascertained are to be traced in many of the sculptured monuments of the central American ruins, and were found still more abundantly on those of Iximaya. Forbidden, by inviolably sacred laws, from intermarrying with any persons but those of their own caste, they had here dwindled down, in the course of many centuries, to a few insignificant individuals, diminutive in stature, and imbecile in intellect. They were, nevertheless, held in high veneration and affection by the whole Iximayan community, probably as living specimens of an antique race so nearly extinct. Their position, as an order of priesthood, it is now known, had not been higher, for many ages; if ever, than that of religious mimes and bacchanals, in a certain class of pagan ceremonies, highly popular with the multitude. This, indeed, is evident from their characteristics in the sculptures. Their ancient college, or hospital, otherwise vacant and forlorn, was now chiefly occupied by a much higher order of priests, called Mahaboons, who were

their legal and sacerdotal guardians. With a Yachin, one of the junior brethren of this order, named Vaalpeor, a young man of superior intellect and attainments, Velasquez soon cultivated a friendly and confidential acquaintance, which proved reciprocal and faithful. And while Huertis was devoting all his time and energies to the antiquities, hieroglyphics, ethnology, science, pantheism, theogony, arts, manufactures, and social institutions of this unknown city and people, the ear of this young pagan priest was as eagerly imbibing, from the wily lips of Velasquez, a similar knowledge of the world at large, to him equally new and enchanting. If Huertis had toiled so severely, and hazarded so much, both as to himself and companions, to acquire a knowledge of this one city and people, it soon became clear to the penetrating mind of Velasquez, that Vaalpeor possessed enough both of mental ambition and personal energy to incur equal toil and risk to learn the wonders of the cities and races of the greater nations of mankind. Indeed, this desire evidently glowed in his breast with a consuming fervor, and when Velasquez, after due observation proposed the liberation of the whole expedition, with Vaalpeor himself, as its protected companion, the now consciously imprisoned pagan, horror-stricken at first, regarded the proposition with complacency, and finally, with a degree of delight, regardless of consequences. It was, however, mutually agreed that the design should be kept secret from Huertis, until ripe for success. A serious obstacle existed in his plighted guardianship of the Kaana children, whom he could abandon only with his life; but even this was not deemed insurmountable.

In the meantime, Huertis, to facilitate his own objects, had prevailed upon his entire party to conform in dress and habits with the community in which they lived. The city was surrounded on all sides by a lofty colonade, sustaining the upper esplanade of the city walls, and forming a broad covered walk beneath, in which the population could promenade, sheltered from sun and shower. In these places of general resort, the new citizens appeared daily, until they had become familiarly known to the greater part of the eighty-five thousand inhabitants of the city. Huertis, moreover, had formed domestic and social connexions; was the welcome guest of families of the highest rank, who were fascinated with the information he afforded them of the external world; had made tacit converts to liberty of many influential

persons ; had visited each of the four grand temples which stood in the centre of the several quadrangular divisions of the city, and externally conformed to their idolatrous worship. He had even been admitted into some of the most sacred mysteries of these temples, while Velasquez, more retired, and avowedly more scrupulous, was content to receive the knowledge thus acquired, in long conversations by the sick couch of poor Hammond, now rapidly declining to the grave.

Mr. Hammond's dreadful wound had but partially healed in the course of several months ; his constitution was exhausted, and he was dying of remittent fever and debility. His chief regret was that he could not assist his friend Huertis in his researches and drawings, and determine the place of the city by astronomical observations which his friends were unable to take. The day before he died, he was visited by some of the medical priesthood, who on seeing numerous light spots upon his skin, where the preparation with which he had stained it had disappeared, they pronounced him *a leper*, and ordered that all intercourse with the building should be suspended. No explanation would convince them to the contrary, and his death confirmed them in their opinion. Availing himself of this opportunity, and under the plea that it was important to their safety, Vaalpeor removed the two orphan children in his charge to one of the country temples in the plain, and the idle mules of the strangers were employed to carry tents, couches, and other bulky requisites for an unprovided rural residence. It may be added that he included among them much of the baggage of his new friends, with the greater part of their rifles and amunition. In the mean time Huertis, Velasquez, and about half of their party, were closely confined to the part of the edifice assigned for their occupation. Their friend Hammond had been interred without the walls, in a field appropriated to lepers, by the civic authorities. Huertis, was now informed of the plan of escape, but was not ready ; he had more daguerreotype views to take, and many curiosities to collect. The interdicted period of nine days having expired, the young priest, who had free access to the city at all times, again appeared at their abode and urged an early retreat, as the return of the orphan children would soon be required. But Huertis was abroad in the city and could not be consulted. He remained absent all the day, and did not return to his appartments at night. It was

so all the next day and night, and Velasquez was deeply alarmed. On searching his rooms for his papers, drawings and instruments, for secret transmittal into the country, he found them all removed, including those of Mr. Hammond which were among them. It was then vainly hoped that he had effected his escape with all his treasures, but his Indians knew nothing of the matter.

Shortly after this discovery, Vaalpeor arrived with its explanation. Huertis had made a confidant of his intended flight whom he idly hoped would accompany it, and she had betrayed him. His offence, after his voluntary vows, and his initiation into the sacred mysteries, was unpardonable, and his fate could not be doubted. Indeed, the trembling priest at length admitted that he had been sacrificed in due form upon the high altar of the sun, and that he himself had beheld the fatal ceremony. Huertis, however, had implicated none of his associates, and there was yet a chance of escape. To pass the gates was impossible; but the wall might be descended in the night by ropes, and to swim the moat was easy. This was effected by Velasquez and fifteen of his party the same night; the rest either did not make the attempt or failed, and the faithful Antonio was among them. The fugitives had scarcely reached the secluded retreat of Vaalpeor, and mounted their mules, before the low yelp of bloodhounds was heard upon their trail and soon burst into full cry. But the dogs were somewhat confused by the scent of so many footsteps on the spot at which the party mounted, and did not follow the mules until the horsemen led the way. This afforded time for the fugitives, racing their swift mules at full speed, to reach the opening of the valley, when Velasquez wheeled and halted, for the pursuers were close at hand. A conflict ensued in which many of the horsemen were slain, and the young kaana received an accidental wound of which he retains the scar. It must suffice to say, that the party eventually secured their retreat without loss of life; and by break of day they were on a mountainous ridge many leagues from Iximaya. In about fourteen days, they reached Ocosingo, after great suffering. Here Velasquez reluctantly parted with most of his faithful Indians, and here also died Vaalpeor, from the unaccustomed toil and deprivations of the journey. Velasquez, with the two Aztec children, did not reach San Salvador until the middle of February, when

they became objects of the highest interest to the most intellectual classes of that city. As the greatest ethnological curiosities, in living form, that ever appeared among civilised men, he was advised to send them to the United States, and thence to Europe; and they are at present exhibiting in this country. When they first arrived in New York, they were in the temporary possession of a person who, not knowing their true origin and race, exhibited them as dwarfs; but on the arrival of their appointed guardian, with the journal and narrative of Senor Velasquez, they were restored to their actual character, as stated in this publication. They are supposed to be respectively eight and ten years of age; and both are lively, playful and affectionate. But it is as specimens of an *absolutely unique* and nearly extinct race of mankind, that they claim the attention of physiologists and all men of science.



El insólito caso de Máximo y Bartola  
Las diferencias humanas en el imaginario del siglo XIX  
se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2016,  
con un tiraje de 1000 ejemplares  
en Imagen Gráfica  
Calle José María Morelos y Pavón, no. 211,  
Colonia Miguel Hidalgo, Sector Morelos,  
Villahermosa, Tabasco, México.  
Tel. (993) 350-22-75 y 350-22-74.

A mediados del siglo XIX viajaron por Europa como parte de un espectáculo público dos jóvenes americanos conocidos médicamente como “microcéfalos”. Más común que en la actualidad, la exhibición de enanos, siameses y gigantes en las ferias y circos despertaba la curiosidad de un público ansioso por conocer los entresijos de continentes lejanos y excitantes como África y América. Con un imaginario ávido de lo exótico, donde se creía que fieras Amazonas se escondían en las selvas tropicales y que existían ciudades perdidas de oro y plata, estos microcéfalos fueron atrapados por el hambre de conocer la naturaleza y el pasado del hombre americano que sin diferencias se calificaba como azteca.

En este contexto se ubica el folleto titulado *Memoir of an Eventful Expedition in Central America; Resulting in the Discovery of the Idolatrous City of Iximaya, in an unexplored region: and the possession of two Remarkable Aztec Children, Descendants and Specimens of the Sacerdotal Cast (now nearly extinct) of the Ancient Aztec Founders of the Ruined Temples of that Country, Described by John L. Stevens, Esq., and other Travellers. Translated from the Spanish of Pedro Velasquez of San Salvador.* Se trata del relato de una incursión al corazón de Guatemala donde existía una ciudad perdida que preservaba costumbres milenarias intocadas por la mano española, obra que se reproduce, traduce y comenta en este libro.

